

UN PUEBLO QUE DESPIERTA.



A ya para muchos años que los hombres de Estado europeos y norte-americanos, los que por su cargo estaban y están en la obligación de hacer cuanto podían y pueden por ensanchar el círculo de las relaciones comerciales de sus respectivos países, vienen dedicando una atención muy marcada á los asuntos del Celeste imperio; pero hace poco tiempo que la generalidad de las personas consagradas en Europa al estudio de las cuestiones internacionales, para tratar de ellas en las academias, en la prensa, en el libro, ó meramente en el círculo de la vida privada, han empezado á ocuparse de la materia á que nos referimos, materia que de día en día va adquiriendo mayor importancia.

Pocos ignorarán que Francia é Inglaterra en vista de las buenas y cordiales relaciones que se habían establecido entre los Estados-Unidos y China, relaciones por todo extremo favorables al comercio norte-americano, se propusieron conseguir los mismos beneficios, y como encontraran en el Gobierno imperial chino una oposición decidida á concedérselos, le hicieron la guerra, y por fuerza de armas lograron su objeto. Desde entónces la China ha ido entrando poco á

poco en relaciones más directas, frecuentes y oficiales con Europa, y á pesar de su carácter nacional, que por tantos tiempos ha sido un obstáculo, poco ménos que invencible, al trato con gentes extranjeras, y de sus recelosos gobernantes, que han hecho todo lo posible para evitar que civilizaciones extrañas penetrasen en aquel extendido imperio, vemos que, cediendo aquél y éstos de su refractario espíritu, no tienen inconveniente ya en admitir muchos usos y costumbres y muchas necesidades de la vida europea.

Antes de los hechos que en el párrafo anterior hemos citado, no habia verdaderas relaciones con la China, aunque sí con los chinos, en lo que á España corresponde gran parte de gloria, pues siempre la hay en procurar que se estrechen los lazos de amistad que deben existir entre las diferentes razas que componen la familia humana: nosotros desde tiempos muy antiguos les hemos dado hospitalidad en Filipinas, y por cierto con mucha ventaja para el bienestar de aquel archipiélago, y posteriormente los hemos admitido como trabajadores libres en la isla de Cuba, si bien por lo que respecta á este punto no hemos estado tan felices, merced á causas muy complejas.

Sin embargo del poco tiempo trascurrido desde que las naciones europeas y la república norte-americana han trabado relaciones diplomáticas y comerciales con China, es verdaderamente pasmosa la importancia que este imperio ha ganado ya y los problemas llenos de dificultades, y aún de amenazas para el porvenir, que está presentando á la consideración de los hombres de Estado.

A lo que parece no se tenia un verdadero y exacto conocimiento de las condiciones de la raza que lo ocupa: se le consideraba como muy atrasado y estacionario en todo, como muy inferior en todo á la raza europea, y por consiguiente, dispuesto á sufrir por largo período de años el ascendiente de ésta: se desconocian las grandes cualidades de inteligencia, de aptitud, de energía y de docilidad que en él concurren para el trabajo. Tan léjos están de ser vulgares, que hoy mismo vemos cuánto se preocupa la poderosa república norte-americana con los emigrados del Celeste imperio que se han esta-

blecido en ella despues del tratado de Burlingame. La raza anglo-sajona, que de tan activa, de tan trabajadora y de tan dominante se precia, y preciso es confesar que no sin que le asistan motivos justos para creerlo así, se siente de cierta manera inferior á los chinos, comprende que no puede luchar ventajosamente con ellos, y faltando de todo punto á los principios en que la libre Constitucion de los Estados-Unidos se halla basada, están tratando, nada ménos, que de tomar sérias resoluciones para evitar la competencia que el trabajo de los emigrados asiáticos hace al de los hijos del país.

En California se ha llegado hasta el punto de querer á toda costa expulsarlos á todos, despues de promulgada la extremadamente libre, más bien demagógica, Constitucion particular que desde hace poco rige aquel Estado, y si no lo han hecho ya, ha sido porque las personas pudientes del país, bien avenidas con los chinos por el amor al trabajo de que éstos dan muestras, por su sobriedad, por su vigor y por lo apacible de su carácter, se pusieron en armas para resistir la ejecucion del acuerdo.

Por lo que respecta á las naciones de Europa, no se ha contentado el Celeste imperio con unirse á ellas en relaciones diplomáticas y comerciales, sino que tambien aspira á establecerlas por medio de la guerra. Bien sabido es que habiéndose apoderado los rusos, con mejor ó peor derecho, de algunos territorios situados al Noroeste de la China, este imperio está preparándose para rechazarlos á viva fuerza, si bien es de creer que no llegarán á las manos ámbos contendientes, porque Inglaterra, como tiene mucho interés en dar salida á las inmensas cantidades de ópio que produce el Indostan, producto cuyos beneficios constituyen una parte muy importante de su presupuesto indiano, no se descuida en allanar diplomáticamente las diferencias que se presentan en la cuestion ruso-china, á fin de evitar que su comercio se resienta y de que se hagan mayores las dificultades con que lucha, á consecuencia de las repetidas y terribles hambres que se han experimentado en la India y de los inmensos gastos que le ha producido la guerra del Afghanistan.

No está ciertamente la China tan adelantada en civilización como Europa; pero va admitiendo nuestras ideas y costumbres, y como, aparte esto, la raza que puebla aquel imperio tiene, según hemos dicho, cualidades que la realzan mucho, que la hacen aparecer con una vida propia y fecunda, es necesario no prescindir de ella, como ha venido haciéndose, y estudiarla en sus diferentes aspectos y manifestaciones para saber, hasta donde sea posible, el contingente con que puede contribuir al tesoro común de la civilización y la influencia que le será dado ejercer en los negocios internacionales.

En el presente trabajo no nos hemos propuesto más que exponer un resumen de las doctrinas religiosas, morales y filosóficas de los chinos, porque en dichos tres órdenes de ideas es donde está mejor representado, más gráficamente desarrollado el espíritu de un pueblo: las demás manifestaciones de la vida de éste son resultado de aquéllas; sin embargo, haremos algunas breves indicaciones preliminares.

Se distinguen los chinos por su carácter pacífico y humano y por sus afables maneras. La más distinguida y hasta exagerada urbanidad campea en todas sus acciones. Su destreza y su constancia para los trabajos industriales los ha hecho célebres desde tiempos muy antiguos, así como su sobriedad y su activo genio. Tienen mucho de sencillos y de modestos en sus costumbres de la vida privada, pero no en las solemnidades y ceremonias de la pública: en éstas se permiten una ostentación y un fausto que pasan de límite. Cuando se les habla hay que evitar cuidadosamente toda palabra, todo acto que pueda trascender á imposición. Por sus cualidades especiales son inclinados naturalmente á la política y á la diplomacia: son muy astutos, sagaces y reservados. Se han creído siempre muy superiores á los pueblos educados en la civilización europea, pero esta debilidad, hija de un espíritu patriótico poco ilustrado, va cediendo ante los hechos, pues ya saben que si han querido mejorar su ejército y su marina, obtener ciertas comodidades y ventajas que ellos no conocían y con las que se encuentran muy bien hallados, han tenido que recurrir á Europa ó á los Estados-Unidos. El

interés les domina poderosamente; es un vicio nacional, pero no cabe duda en que tambien los lleva á ser muy trabajadores. El respeto á la autoridad paterna, á los superiores, á los poderes públicos es grande, y ellos entre sí se consideran mucho (1).

No se han aprovechado todavía bastante de los duros escarmientos que han recibido de los europeos en cuanto se refiere á organizacion militar (2). Han comprado buques de coraza y buenos fusiles, pero no saben sacar partido de estos recursos, porque les falta conocimiento del arte militar: aunque han llevado oficiales franceses é ingleses para que los instruyan, los han despedido al poco tiempo porque desconfiaban de ellos: ahora, sin embargo, parece que piensan de otra manera, y de seguro, más pronto ó más tarde, entrarán de lleno á participar de las ventajas de la vida europea, como se está viendo en el Japon. En cuanto á uniformes militares y táctica, han usado alternativamente del sistema inglés, del francés y del aleman, pero no los han aprovechado: les falta disciplina: los oficiales saben poco y el ejército está mal retribuido, de manera que realmente no está formado más que de bandas irregulares: á pesar de esto, y por lo que toca al porvenir, se ve que á los chinos no les falta más que un hombre de relevantes prendas, que sepa sacar partido de ellos. Constituyen una poblacion numerosísima, tanto como la de Europa; son fáciles de dirigir, muy sumisos, inteligentes, sufridores de fatigas, ya nazcan de acontecimientos ó de las estaciones, y no temen el peligro (3).

(1) Prieur de Sombreuil.—*Voyages*.

(2) Captain William Gill. Narrative of a journey through and Eastern Tibet to Burmah.

(3) *The nineteenth century* acaba de publicar un trabajo muy interesante: *The future of China*, de Demetrius Charles Boulger. En resumen, es como sigue:

“El estado de China es para llamar vivamente la atencion. A pesar de sus guerras civiles, la autoridad del emperador no ha decaido. El comercio prospera de un modo notable. El trato con los europeos les ha enseñado mucho, y quieren utilizar estas lecciones interviniendo en los asuntos internacionales. Los recursos abundan y encuentran más facilidades que muchos Gobiernos eu-

I.

Los primeros chinos reconocían un Sér supremo, *Shang-ti*, autor de todas las cosas, pero sus creencias no iban acompañadas de ninguna ceremonia religiosa: con el tiempo le levantaron altares. Dos elementos constituían aquella divinidad: el *Yang* y el *Yin*. El primero ó principio masculino ó Cielo, representaba al mismo tiempo el sol, la luz, el calor, el movimiento, la fuerza y, en una palabra, todo lo que tiene un carácter de superioridad, de actividad y de perfección. El segundo, ó principio femenino ó Tierra, significaba al mismo tiempo la luna, las tinieblas, el frío, el reposo, la debilidad y, en fin, todo lo que simboliza pasividad ó imperfección. De la acción recíproca de ambos elementos resultaron todos los seres, todas las producciones de la tierra y los cinco elementos que admitía la Filosofía china, á saber: la madera, el hierro, la tierra, los metales y el agua. Estos cinco elementos entraban en la composición de todos los cuerpos, y á ellos les atribuían los chinos la facultad de producir hasta las virtudes: por ejemplo, la caridad procedía de la madera, y la justicia del hierro. Cada emperador tomaba por divisa uno de los referidos elementos, y del color de éste, hacia el de la familia real, aplicándose á practicar la virtud inherente al elemento adoptado.

ropeos para comprar buques de coraza y armas de precisión. Las rentas públicas exceden de 60 millones de libras esterlinas (1.500 millones de pesetas), y aunque pagadas en especies no metálicas, el Gobierno está siempre seguro de no salir perjudicado: sin violencia puede recaudar el doble. Los derechos de aduanas llegan á cuatro millones de libras esterlinas (100 millones de pesetas) y no suben á más porque el Celeste imperio, al contrario de muchos Estados europeos, se basta á sí mismo para muchas manufacturas y productos agrícolas. El ejército es numeroso, pero puede serlo mucho más: no está tan bien organizado como los de Europa, pero llegará á estarlo. La administración, que tampoco es muy perfecta ni muy moral, se halla en vías de arreglo."

Los chinos reconocían también una ley moral como procedente de Shang-ti, creador y regulador supremo del Universo. La había hecho conocer á los hombres, dándole al mismo tiempo las facultades necesarias para seguirla; pero como el hombre debía cumplir su destino en la tierra, aquí le alcanzaban las penas y las recompensas correspondientes á sus malos ó buenos hechos. «La razón eterna de Shang-ti ó del Cielo,» dicen los libros sagrados de la China, «hace felices á los hombres virtuosos y desgraciados á los perversos.» Como la idea de la nada es repulsiva al entendimiento humano, los chinos creían de una manera indirecta en la inmortalidad del alma, y de ello es una manifestación bien evidente las opiniones que profesaban acerca de los espíritus.

Había tres clases de ellos: los *Hien*, los *Chen* y los *Kouei*. Los primeros eran de los hombres, que después de haber practicado en vida todas las virtudes, estaban libres ya de su envoltura terrestre en el seno del Supremo Sér: los segundos, menos perfectos, tenían que expiar faltas cometidas en una vida anterior, y, en lugar de confundirse en la esencia divina, se quedaban suspendidos entre el Cielo y la Tierra, con la misión de cuidar que todos los seres cumplieran la ley de su destino. El emperador, como hijo del cielo y padre de su pueblo, era quien designaba á cada espíritu la misión que debía desempeñar, la aldea ó ciudad cuya égida le tocaba ser y la época en que le correspondía el ejercicio de su encargo.

Los *Chen* estaban considerados como verdaderos funcionarios públicos en todo: si ocurrían acontecimientos desfavorables, se les declaraba indignos é incapaces y se les degradaba públicamente llenándolos de vituperios: los *Kouei*, ó génius del mal, habían sido hombres que, por su perversa conducta en vida, ocupaban una situación intermedia entre la del hombre y la del animal.

Su misión se cifraba en hacer siempre el mal y en regocijarse de las faltas que hacían cometer á los hombres y de las desdichas que por esto les causaban. Estos seres tan llenos de perversidad, tenían su madriguera en los cenagales más inmundos y cerca de los cementerios, con cuyas emanaciones

se alimentaban. Algunas veces, burlando la vigilancia de los *Chen*, se envolvían en formas humanas: entónces el imperio era víctima de mil calamidades. Esta creencia en los espíritus se prestaba mucho al arte de la adivinación y á las prácticas de la magia, de modo que, independientemente de las extravagancias á que se entregaba el vulgo, víctima miserable de hechiceros y de charlatanes, para saber de los *Kouei* el secreto del porvenir, existía también una magia oficial, titulada ciencia de los augurios, un libro sagrado donde se encerraban las reglas para practicarla, y un funcionario público, hereditario, encargado de ponerlas en ejecución.

Sin embargo, al lado de estas groseras creencias había también un culto de razón y fiestas magníficas y solemnes en honor de Shang-ti. Como todas tenían por objeto el de atraer la bendición del cielo sobre los frutos de la tierra, ó la de darle gracias por sus beneficios, las celebraban en las épocas astronómicas del año (1). Cuatro montañas, que se suponía colocadas en los cuatro puntos cardinales, estaban consagradas á estas solemnidades. Al llegar los solsticios y los equinoccios, el emperador, acompañado de una ostentosa comitiva, se dirigía á una de aquellas montañas: en la cima levantaban un templo hecho de ramas, dentro de cuyo recinto nadie más que el emperador y los sacerdotes podía penetrar. Allí no figuraba ningún ídolo ni imagen alguna de la divinidad. El emperador hacía de Pontífice, y mientras adoraba al Sér Supremo, la muchedumbre, que se hallaba al pié ó en las laderas de la montaña, prorumpía en oraciones y cánticos religiosos.

Estas interesantes ceremonias cayeron muy pronto en desuso. Los emperadores de la China, á pesar de la especialísima protección que conceden á la agricultura, en cuyas faenas no se desdeñan de tomar parte, personalmente y á modo de ejemplo, se fueron entregando de cada vez más á la molición, y para no exponerse á la inclemencia de las estaciones y á las fatigas de los largos viajes, edificaron en la capital

(1) Véase: Origine de tous les cultes, par Mr. Dupuis.

un templo para celebrar las ceremonias del culto. A este templo fué señalado un numeroso personal de sacerdotes, los cuales aumentaron el número de ceremonias para darse mayor importancia. Los cambios en el culto coincidieron de una manera sensible con los muchos desastres que cayeron sobre el imperio. El jefe de la dinastía de *Tcheon*, ansioso de recompensar á los que le habian entronizado, les concedió grandes y casi independientes feudos, en cuya desatinada política le siguieron sus sucesores; pero como los feudatarios aspiraban á emanciparse, alzaron bandera de rebelion, se crearon cada uno un reino y con él un templo y un culto especial. La guerra continuó despues entre los rebeldes tenaz y sangrienta: el imperio padecia mucho con esto: se hallaba ya próximo á su ruina cuando aparecieron dos hombres eminentes: Lao-Tseu y Khoung Tseu (Confucio).

El libro en que se hallan contenidas las primeras doctrinas religiosas y filosóficas de los chinos lleva por título: *Y-King* ó libro de *Las Transformaciones*. Su autor, Fo-Hi, vivia tres mil trescientos sesenta y cinco años ántes de la era de Jesucristo. A él se deben los primeros rudimentos de la escritura china; tan sencillos, que todas las ideas las expresaba por medio de líneas rectas continuas (—) ó interrumpidas (— —) combinándolas de diversas maneras. Hay en dicho libro una metafísica de los números mucho más antigua que la de Pitágoras. La unidad está representada por la línea horizontal y es el fundamento del sistema numérico, la representacion de lo perfecto. Los séres son producidos en el espacio y en el tiempo segun la ley de los números, segun su combinacion, y lo mismo el movimiento de los astros y el de las estaciones. Los números impares, que tienen por base la unidad, son perfectos; y los pares, que tienen por base la dualidad, imperfectos. Un comentario al libro de que nos ocupamos dice: «El Cielo ó principio masculino, *yang*, está representado por los números uno, tres, cinco, siete y nueve: la Tierra ó principio femenino, *yin*, por el dos, cuatro, seis, ocho y diez.»

Créese, generalmente, que la doctrina de un alma inmateral, distinta del cuerpo, la de una vida futura, la de un Dios

supremo, personal y separado del mundo, está muy confusamente explicada en este libro: tal como la hemos descrito parece más bien un naturalismo fundado en las propiedades simbólicas y místicas de los números.

Después del libro de *Las Transformaciones*, el más antiguo monumento de la filosofía china es un capítulo del *Libro de los Anales* (Chou-King) titulado *Houng-fan* (*Sublime doctrina*) recibido del cielo por el gran Yu (2200 años antes de la era de Cristo, según el ministro filósofo Ki-Tseu), y desenvuelto por éste al rey Wou-Wang en 1116 antes de la misma era. En él se dice que la *Sublime doctrina* comprende nueve grandes categorías, de las cuales la quinta, ó la que corresponde á los soberanos, es el eje y centro de todas. Hé aquí el cuadro del sistema:

LOS CINCO ELEMENTOS.

1.º El agua.	Cualidades.	Humedece y desciende.	Produce.	Gusto salino.
2.º El fuego.		Quema y se levanta.		» amargo.
3.º La madera.		Se encorva y se endurece.		» ácido.
4.º Los metales.		Se funden y se trasforman.		Picante y áspero.
5.º La tierra.		Recoga las semillas y produce las cosechas		Dulce.

LAS CINCO FACULTADES.

1.º La actitud ó apostura.	Cualidades.	Grave y digno.	Produce.	El respeto.
2.º El lenguaje.		Honrado y sincero.		La estimacion.
3.º La vista.		Claro y distinto.		La ciencia.
4.º El oído.		Atento.		La habilidad.
5.º El pensamiento.		Perspicaz.		La santidad ó perfeccion.

LOS OCHO PRINCIPIOS Ó REGLAS DE GOBIERNO.

- 1.º El alimento.
- 2.º La riqueza pública.
- 3.º Los sacrificios y las ceremonias.
- 4.º El establecimiento de un ministerio encargado de la conservacion de los monumentos y de las obras públicas.

- 5.º El establecimiento de un ministerio de instruccion pública.
- 6.º Idem id. de justicia.
- 7.º El modo de acoger bien á los extranjeros.
- 8.º La organizacion del ejército.

LAS CINCO COSAS PERIÓDICAS.

- 1.º El año.
- 2.º La luna.
- 3.º El sol.
- 4.º Las estrellas, planetas y constelaciones.
- 5.º Los números astronómicos ó el calendario.

PARA EL SOBERANO.

Es el punto fijo ó el centro de accion del soberano; la regla fundamental de su conducta con respecto á la dicha del pueblo.

LAS TRES VIRTUDES.

- 1.º La verdad y la rectitud.—En tiempo de paz bastan para gobernar.
- 2.º El ejercicio severo del poder.—En tiempo de revueltas y de violencias, durante el cual no ha de haber contemplaciones.
- 3.º Ejercicio indulgente del poder.—Para aquellos hombres de elevado espíritu y de generoso carácter.

EXÁMEN DE CASOS DUDOSOS.

- 1.º Por la formacion del vapor.
- 2.º Por la disolucion del vapor.
- 3.º Por el color de las conchas de tortuga quemadas.
- 4.º Por las grietas aisladas que en ellas se presentan.
- 5.º Por las que se entrecruzan.
- 6.º Por el pronóstico de la *inmutabilidad*.
- 7.º Por el de la *mutabilidad*.

OBSERVACION DE LOS FENÓMENOS CELESTES.

1.° La lluvia.	Fenómenos felices que ocurren segun las esta- ciones.	Signo de buena conducta.	Pormenores adversos producidos por las ac- ciones viciosas.	Lluvia incesante.
2.° La temperatura.		Id. de un buen gobierno.		Sequía.
3.° El calor.		Id. de una perfecta sabiduría.		Calor continuo.
4.° El frio.		Id. de sentencias equitativas.		Frio incesante.
5.° El viento.		Id. de perfeccion		Viento constante.
6.° Las estaciones.				

LAS CINCO FELICIDADES Y LAS SEIS CALAMIDADES.

Cinco felicidades.

- 1.° Una larga vida.
- 2.° Riquezas.
- 3.° Tranquilidad.
- 4.° Amor á la virtud.
- 5.° Fin dichoso despues de haber cumplido su deber.

Seis calamidades.

- 1.° Una vida corta.
- 2.° Enfermedades.
- 3.° Pesadumbres.
- 4.° Pobreza.
- 5.° Maldad.
- 6.° Debilidad y opresion.

II.

Al segundo período de la filosofía corresponden Lao-Tseu y sus discípulos y Koung-Tseu y los suyos. El primero nació 604 años y el segundo 551 ántes de la era cristiana.

Carecemos de detalles acerca de la vida de Lao-Tseu, y en cuanto á su obra *Tao-te-King* (*El camino y la virtud*) se cree, tomando en cuenta las últimas investigaciones, segun las cuales habia mucha afinidad entre la civilizacion del imperio babilónico y el de China, que procedia de la primera (1).

Concretando á sus más breves límites la confusa doctrina

(1) Pueden verse: Legge: *The religions of China*; y Ernst Faber: *Introduction to the science of Chinese religion*.

consignada en dicho libro, resulta: que ántes del Caos, predecesor del Cielo y de la Tierra, existia un sér solitario, inmenso, silencioso, causante del Universo, cuyo nombre se ignora y al que se da el nombre de *Razon* (Tao) (1). El *Tao* es principio de todas las cosas: las gobierna sin equivocarse y sin reflexionar: todo emana de él: todo vuelve á él. No tiene principio ni fin, forma ni color. No es interior ni exterior: su estado es el reposo y su esencia el vacío. El Universo no es más que una emanacion del sér primordial, un desenvolvimiento suyo, ó más bien del no sér ó del vacío.

Como una consecuencia natural de estas doctrinas, Lao-Tseu cifra la perfeccion humana en el aniquilamiento de nuestras facultades, en la anulacion de nuestro de sér. Segun entiende, todo hombre sábio debe ahogar su actividad y reducirse al vacío de *Tao*.

Ampliando más estas ideas, veamos cómo define el primer principio.

«El camino directo ó la *Razon humana* (Tao) que puede ser seguido en los actos de la existencia, no es el *camino directo* (Tao) ó la eterna é inmutable *Razon suprema*. El nombre que puede ser nombrado no es el *Nombre* eterno é inmutable. Designado bajo el de *No sér* (ó estado negativo de todos los atributos inherentes á la existencia material), este principio supremo es la causa primordial del Cielo y de la Tierra: bajo el nombre de *Sér*, el productor de todos los seres. Por esto el eterno *No sér* experimenta el deseo de contemplar su naturaleza, imperceptible para los sentidos, su

(1) Otros traducen: Palabra: Senda: Camino. Lao-Tseu ha sido el primer filósofo de la antigüedad que declaró la imposibilidad de explicar exactamente la idea de Dios ó de la causa primera, y que todos los esfuerzos de la inteligencia del hombre no llegarán más que á demostrar la impotencia de éste para conseguir dicha explicacion. En varios lugares de su libro dice Lao-Tseu que obligado á dar un nombre á la causa primera la da uno que, si bien la define muy imperfectamente (Tao), expresa algunos de sus eternos atributos. Dios no tiene nombre en la filosofía china, carácter comun á todas las que no han adoptado una terminología religiosa. En la China no se ha presentado nunca la idea de Dios con un carácter *personal* y abstracto. El nombre de *Shang-Ti* (Supremo Emperador) lo fué de un soberano.

naturaleza maravillosa y divina, encerrándose en su naturaleza limitada, en su naturaleza corporal y fenomenal. Los dos son modos de ser del principio supremo, tienen el mismo origen, pero se diferencian en el nombre: cuando están unidas son lo indistinto y lo profundo como el azul del Cielo. Este indistinto y profundo llevado á un punto más culminante, es el origen de todas las inteligencias maravillosas.»

• «El *Tao* ó la Razon suprema en su estado de inmovilidad no tiene nombre. Es sencilla por su naturaleza, pero aunque muy sutil, nadie la puede subyugar. Hasta que no empezó á fraccionarse y á envolverse en formas corporales, no tuvo nombre. Empleando una comparacion: el *Tao* existe en el Universo y lo penetra con su sustancia como los rios y los torrentes de los valles van á confundirse en el mar.»

«Aquél á quien se mira y no se le ve recibe el nombre de *Y*: aquél á quien se escucha y no se le oye, el de *Hí*: aquél á quien se quiere y no se puede tocar, el de *Wei*. Estas tres denominaciones ó abstracciones del primer principio no pueden ser conocidas á fondo: por eso en su incomprendibilidad distinta no deben formar más que un sólo y mismo todo. La parte superior no es más brillante que las otras, y la inferior no es más oscura: es una cadena sin interrupcion que no tiene nombre. Remontándose al principio, se llega á la no existencia formal de las cosas, á lo que se llama la figura de lo que no tiene figura, á la imágen de lo que no tiene imágen. Es lo que se llama lo indeterminado, lo indistinto, *el Sér* y *el No sér* á un tiempo mismo. Recorriendo los eslabones de la cadena se ve que no tiene principio ni fin.»

«El que se consagra al *Tao* ó Razon suprema de los tiempos antiguos, para estudiar las existencias corporales de nuestros dias, podrá conocer el primitivo comienzo, el primitivo principio de las cosas: esto es lo que se llama la sucesion indefinida de la *Razon suprema*.»

«Es necesario esforzarse para llegar al último grado de la incorporeidad, para adquirir la mayor inmovilidad posible ó la inmovilidad absoluta. Todos los séres aparecen en la vida sin cesar y vemos que se suceden unos á otros. Estos séres corporales revisten á su aparicion diferentes formas exterior-

res, pero todos ellos *vuelven á su raíz, á su principio*. Volver á la raíz, al principio, significa entrar en la *inmovilidad absoluta*. Entrar en la inmovilidad absoluta significa *devolver el mandato*. Devolver un mandato, significa hacerse *eterno é inmutable*. Saber que uno es eterno é inmutable, es como saber que *es esclarecido*..... sabiendo uno que es eterno é inmutable contiene, encierra, por esto, todos los séres. Abrazando todos los séres en un cariño comun, se hace uno justo y equitativo para todos. Siendo justo y equitativo para todos, se poseen los atributos de la soberanía. Participando de los atributos de la soberanía, nos indentificamos con el *Tao* ó Razon suprema. Identificados con la Razon suprema, nos hacemos eternos..... El *Tao* es como el santuario de todos los séres: es el tesoro del hombre virtuoso y el recurso del malvado» (1).

Así como respecto del primer principio reconocia Lao-Tseu dos naturalezas, la *incorpórea* ó divina, y la *incorpórea* ó fenomenal, con relacion al hombre encontraba tambien dos naturalezas, de las cuales la *material*, que se recibe por trasmision, contiene el principio *ígneo*, el principio *luminoso* de la inteligencia, el cual sirve como de medio: llámase *hoen* el principio inmaterial y *phe* el material. No hay acuerdo entre los filósofos chinos acerca de la manera de explicar estos dos principios. Los discípulos de Confucio entienden que *hoen* es la parte sutil del primer principio masculino *yang*, cuando está separado del cuerpo, y *phe* la del principio femenino *yin*. Esta fué creada primeramente: despues el *hoen*, que corresponde á nuestra alma.

Parece deducirse de la doctrina de Lao-Tseu que el principio inmaterial conserva largo tiempo su personalidad: otras veces que se confunde en la Razon suprema, así que abando-

(1) Estos párrafos y otros que siguen están tomados de *Tao-Te-King*. Véase la traduccion francesa de Pauthier. Lao-Tseu siguió en sus lucubraciones filosóficas el método *á priori*, tomando por base una primera causa, la *Unidad primordial*. No se olvide que los filósofos de aquella edad no separaban las ideas de los sugetos, y que no tenian el concepto que nosotros tenemos de las ideas abstractas destituidas de realidad.

na el cuerpo y ha cumplido dignamente con su misión. «El que no ha perdido nada de su naturaleza propia,» dice *Tao-te-King*, «goza de una larga existencia. El que muere y no ha perecido completamente, conserva por largo tiempo un principio de vida.» Esto lo entienden los comentadores en el sentido de que el principio material desaparece, mas no así el inmaterial, ó en el de que no hay absorción de la individualidad en el *Tao*, porque dicha individualidad no perece por completo.

Por lo que se refiere á la moral, Lao-Tseu cree que así como para la *Razon suprema* el estado *incorpóreo, inmaterial* y de *inmovilidad* es el más perfecto, debe suceder lo mismo en el hombre, y por lo tanto, que ha de dirigirse á prescindir lo más posible de su estado corporal sobreponiéndose á sus sentidos, anulándolos, entregándose á la inacción, á la inmovilidad, para identificarse, ya en esta vida, con la *Razon suprema*. La personalidad humana debe desaparecer para dejar el campo libre al principio inmaterial. «El santo practica la inmovilidad,» dice, y «hace ocupacion de no ocuparse en nada. Encuentra sabor en lo que no lo tiene. Para él las cosas grandes son tan insignificantes como las pequeñas; la carestía como la abundancia. *Recompensa las injurias con beneficios.*» (1)

La política de Lao-Tseu corre parejas con su moral. Como para él la felicidad consiste en la indiferencia, en estar libre, por completo, de todas las pasiones que atormentan á los demás hombres, el que se halla en tal situación se ve exento de todo temor, de todo placer, de todo pesar y de todo sufrimiento. Para llegar al colmo del orden y de la felicidad, es necesario que los príncipes y los funcionarios públicos den ejemplo de menosprecio hácia las riquezas y los honores: de otro modo enseñarian mal al pueblo, pues querría imitarlos.

(1) Hé aquí algunas de las máximas morales de Lao-Tseu:

—Al hombre virtuoso debemos tratarle como á tal y al que no lo es también. Hé aquí la sabiduría y la virtud.

—Al hombre sincero y fiel debemos tratarle como á hombre sincero y fiel, y al que no lo es como si lo fuera.

Los súbditos deben carecer de instrucción para que no tengan deseos, para que vivan tranquilos.

Los discípulos de Lao-Tseu fueron corrompiendo poco á poco la doctrina del maestro, pero ninguno llevó sus exageraciones más allá que Lich-Tsse. «¿A qué incomodarse por nada,» decía, «mientras me dure la existencia terrenal? Mi cuerpo no es mio. Yo no soy más que un habitante de él y debo dejarlo cuando me llegue el momento de confundirme en el grande abismo. ¿A qué he de mortificarme interesándome en los trabajos de la vida que tanto deleitan á los demás hombres? Aprovechémonos de los bienes que el cielo nos depara hoy y dejemos que el mañana cuide de sí mismo.»

Al contrario de Lao-Tseu, Confucio sigue en la exposicion de su doctrina el método analítico ó *á posteriori*. Preocupado con el perfeccionamiento del hombre, de su naturaleza y de su bienestar, y dejando á un lado las ideas puramente especulativas, que él consideraba como inaccesibles á la razon humana y como resueltas por la tradicion y por los escritos de los santos, sus predecesores, cuyas huellas trataba de seguir, toma por base la individualidad humana, y por punto de partida los fenómenos del mundo visible que caen bajo la accion de los sentidos. Confucio fué quien reflejó con más verdad el modo de ser del pueblo chino. Los habitantes del Celeste imperio son religiosos; su inteligencia es grande, pero carecen de facultades imaginativas. Su carácter es excelente, son fáciles de gobernar, pero carecen de entusiasmo. No son susceptibles de dejarse arrastrar á la perpetracion de esos espantosos crímenes á que tan inclinados se muestran los individuos de las razas arya y semítica; pero tampoco son capaces de los grandes hechos que éstos acometen y llevan á cabo en alas de su génio emprendedor y atrevido: todo en aquéllos es órden y regularidad.

En lugar del peligroso quietismo de Lao-Tseu, nos presenta Confucio una filosofía que exige la accion, una filosofía más acomodada á las necesidades y facultades del hombre. Reconoce un principio universal, origen de todos los séres, pero

guarda un silencio completo acerca de la Creacion. Nada dijo con respecto á sus creencias en una vida futura, ni con respecto á la naturaleza de Shang-Ti; de modo, que por tal motivo fué tachado, injustamente, de ateo: en sus estudios se limitó al mundo que le rodeaba. Segun su opinion, el hombre es producto del *Yang* y del *Yin*, que á medida de su naturaleza asisten al padre y á la madre en el acto de la generacion. Estas fuerzas, que hacen del hombre un sér viviente, tienen un período de desarrollo y otro de decaimiento hasta que llega la muerte. Entónces, la sustancia celeste sube al cielo, la vitalidad animal se confunde en el fluido aéreo y la sustancia húmeda vuelve al seno de la tierra. La insensibilidad y la nada aguardan al hombre en la tumba: despues de esta vida no debe esperar otra cosa. Sin embargo de lo desesperante de tales doctrinas, que parecen eximir del cumplimiento de ningun deber, Confucio admite una moral, una regla de conducta obligatoria para todos los hombres, y que como el pensamiento, del cual es un atributo obligado, es consecuencia y natural desenvolvimiento de la organizacion.

Confucio era hombre más práctico que pensador. «Que hablen los hechos,» decia, «en lugar de las palabras; las ideas realizadas nos convencen más que las teorías.» Segun él, «la soledad hace al hombre ambicioso y egoista, temeroso ó débil. Las facultades de que está dotado le han sido concedidas para vivir en sociedad, y la más grande de ellas es la de ganar los corazones. ¡Talento especial, ciencia sublime, que creemos patrimonio de pocos y que sin embargo es don de toda la humanidad, porque la humanidad es el mismo hombre!; tener más humanidad que sus semejantes, es ser más hombre que ellos y hacerse digno de gobernarlos.»

Las doctrinas que más distinguen á Confucio son relativas á la moral y á la política.

Hé aquí algunas de ellas:

«La ley del *Grande Estudio* (1) ó del estudio propio de los hombres sensatos, de los filósofos prácticos, consiste en des-

(1) Uno de los libros clásicos de la China.

arrollar y hacer lucir el *principio luminoso* de la razón que hemos recibido del cielo, en tender á la mejora de los hombres y en enseñarles que su destino final existe en la perfección ó soberano bien.» Por *principio luminoso*, dice uno de los intérpretes que se significa el que recibe el hombre del cielo, y que siendo *inmaterial*, *inteligente* y no oscurecido por las pasiones, constituye el principio racional en todos los hombres y deja sentir un influjo sobre todas las acciones de la vida.

«El *mandato* del cielo se llama naturaleza *racional* ó *moral*. El principio que nos encamina á la conformidad de nuestras acciones con la naturaleza racional se llama *vía directa*, *razón*. El sistema de la razón se llama: sistema de los *deberes* ó *Instituciones sociales*. «*La vía recta, la razón natural*,» dice uno de los comentadores, «es de tal manera obligatoria, que no nos debemos separar de ella ni un sólo instante. Si no fuera así, no sería regla de conducta inmutable.» «*La vía recta, la razón*,» dice otro, «es el principio, el motivo que debe impulsarnos en todos los actos de la vida. Esta facultad activa, esta virtud intrínseca lo son para todas las naturalezas, cuya facultad y virtud tienen su asiento en el principio inteligente. No hay ningún sér que no las posea, ni tiempo, ni circunstancia alguna en que no haya sucedido así, y por eso no podemos separarnos de ellas ni en un punto, ni un sólo instante. Si pudiéramos separarnos, ¿de qué modo obraríamos conforme á nuestra naturaleza? Por eso el principio inteligente del hombre superior está en constante vigilancia con respecto á las doctrinas que no han sido proclamadas ó de las que se han olvidado, refiriéndolas siempre á la *razón celeste* para no apartarse de ella en nada.»

El filósofo chino profesaba la creencia que lo *perfecto*, lo *verdadero*, libre de toda mezcla, es la ley del cielo: el perfeccionamiento que consiste en hacer toda clase de esfuerzos para descubrir y observar la ley celeste, el verdadero principio del mandato del cielo, la ley del hombre.

«El hombre superior está en todas las circunstancias de la vida, exento de preocupaciones y de obstinación, y no obra sino en justicia.»

«Debe ser lento en palabras y rápido en la acción.»

«No os aflijais de ser desconocidos de los hombres, pero sí de no conocerlos.»

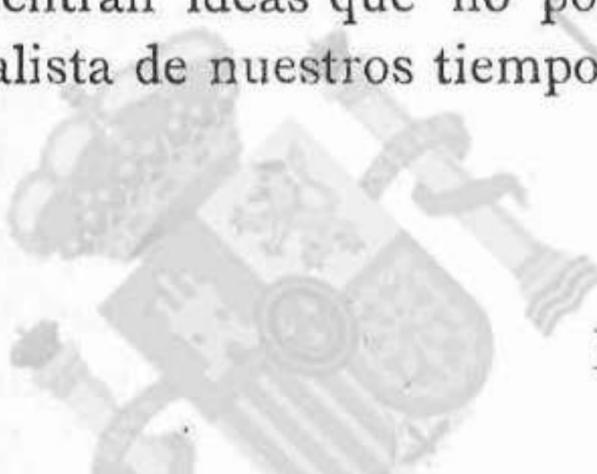
«El príncipe que quiera ser obedecido y que sus súbditos respeten las leyes, debe procurar que no las ignoren. Querer que sean buenos sin tomarse el trabajo de instruirlos, es un absurdo y una injusticia» (1).

La doctrina de Confucio, si se exceptúan sus sutilezas metafísicas, se adaptaba más al espíritu positivo de los chinos; por eso fué acogida más pronto que la de Lao-Tseu: con todo, los sectarios de esta última llamados *Tao-Sse* (doctores de la razón), supieron hacerla popular mezclando lo maravilloso á las exageradas abstracciones del maestro. Las ciencias ocultas, las prácticas del éxtasis, los exorcismos y la adivinación fueron los medios que emplearon para la propaganda, refiriéndolos en gran parte á las creencias supersticiosas de los chinos con respecto á los *Chen* y á los *Kouei*. La historia de la vida real de Lao-Tseu les pareció demasiado sencilla (2), y la llenaron de leyendas, hasta el punto que, después de hacer pasar al maestro por una série de encarnaciones, lo revistieron de todos los atributos de la divinidad. Además le suponen autor de una multitud de creencias supersticiosas, habiendo llegado por este camino á convertir el sistema filosófico del maestro en una religion con sus templos y sacerdotes; pero el culto no se dirige al sér primitivo que admitia Lao-Tseu, sino á los espíritus de esa religion tan llena de ceremonias extravagantes.

(1) Véase: Chavannes de la Girandiere, *Les chinois pendant une période de 4458 años* y Pauthier: *Les livres sacrés de l'Orient*. Para los cuatro libros clásicos de la China, colaboraron Confucio y sus discípulos, entre ellos Meng-Tseu, el más notable de todos. Este desarrolló la doctrina del maestro con más talento y más elocuencia que los otros. Hé aquí una síntesis de ella: «El carácter del hombre es naturalmente bueno. No hay ningun hombre que no sea naturalmente bueno, como no hay ninguna corriente que no se dirija de por sí hácia abajo. Oponiéndola un obstáculo, la hareis remontar á su origen ó saltar por encima del inconveniente. ¿Direis que esto es obrar segun su naturaleza? Así sucede con los hombres: tambien pueden verse obligados á hacer el mal.»

(2) Decian que su madre lo habia llevado en el seno ochenta y un años, y que al nacer tenia el pelo blanco como el de un anciano.

Los Tao-Sse admiten penas y recompensas para las acciones de los hombres, segun que hayan sido buenas ó malas: las primeras no pasan de este mundo, tales como la disminucion de la existencia, las calamidades, la miseria: algunas veces, sin embargo, se experimentan más allá de la tumba, porque á tenor de lo que dice el libro de *Las Penas y las Recompensas*, el hombre desciende al otro mundo y queda sujeto á una de las tres carreras desgraciadas, que se llaman *San-tou*; es decir, que puede ser convertido en bestia de carga, en demonio famélico, ó ir al infierno, de cuyo infierno nada más dicen los libros de los Tao-Sse. En éstos se encuentra tambien, como entre los politeistas, la propension á suponer en Dios las mismas pasiones de los hombres. Creen que la justicia no preside siempre en la distribucion de las penas y de las recompensas, y que así como éstas recaen en los descendientes de quienes las han merecido, con aquéllas sucede lo mismo. Por más extraño que parezca, dadas las anteriores doctrinas, debemos advertir que en el libro de *Las Penas y las Recompensas*, perteneciente á esta secta, se encuentran ideas que no podria rechazar el más exigente moralista de nuestros tiempos.



III.

Réstanos hablar del *budhismo*, que fué introducido en China el año 65 de nuestra era.

El emperador Ming-Ti envió comisionados á la India para que le trajesen libros y manuscritos budhistas, y tanto prosperó la nueva secta, que la mayor parte del pueblo chino se hizo prosélito de ella. Este hecho nada tiene de notable; lo uno porque ni el *confucianismo* ni el *taouismo* (doctrina de Lao-Tseu), podian satisfacer los instintos espirituales de aquel pueblo, segun le es dado sentirlos, y lo otro porque el pueblo chino ha sido siempre muy tolerante en materia de religion.

Hemos dicho que el *budhismo* procedía de la India, y así es la verdad. Fué expulsado de allí al cabo de mil años de lucha contra la religion de los brahmanes. No reconoce más que un sér en el mundo, pero en dos estados: el activo y el pasivo. Su existencia verdadera y real es en el segundo: para concebirla lo despojan de movimiento, de accion, de pensamiento y de cuerpo; en una palabra, de todos los atributos que significan existencia, y por eso lo llaman el *vacío* ó la *nada*. En el estado activo es el origen de todas las cosas pero entónces no goza más que una existencia aparente, porque todo lo que tiene forma, color ó movimiento, es un fenómeno sin realidad, una ilusion de nuestros sentidos ó de nuestra mente.

Al lado del sér único, el *budhismo* admite una multitud de divinidades secundarias, y las coloca en los diversos mundos que pueblan el espacio. Estos dioses ocupan moradas tanto más excelsas cuanto su naturaleza es más perfecta, pero tales séres sobrenaturales no son verdaderamente dioses, sino almas de santos que por la perfeccion á que llegaron fueron á vivir en regiones celestiales: de ellas han de volver á la tierra sujetándose á muchas trasmigraciones ántes de confundirse en la nada. Siendo la nada, segun las ideas *búdlicas*, la única existencia real y verdadera, el hombre debe hacer todo cuanto pueda para desprenderse de los lazos de la materia, por medio de la contemplacion y del ascetismo, á fin de merecer la suprema nada. Es necesario que atraviese un gran número de existencias ántes de que logre verse libre de la podredumbre de la materia: Sakio-Mouni, fundador del *budhismo*, tuvo que pasar por quinientas trasformaciones ántes de ser anonadado y unido al vacío.

El *budhismo* reconoce diferentes grados de santificacion, entre los cuales el más elevado es el de los budhas: así que se llega á este grado, el hombre deja de vivir sometido á la ley de las trasformaciones. Aunque todos los hombres pueden llegar á la dignidad de *budhas*, pocos lo logran. No se conocen más que siete, aunque ha habido más. Sakio-Mouni es el sétimo: el que ha de sucederle para restaurar sus doctrinas cuando el mundo las haya dado al olvido, aparecerá

dentro de cinco mil seiscientos sesenta millones de años bajo el nombre de *Maitreyia*.

A tenor de la doctrina de Sakio-Mouni, el hombre recibirá el premio ó el castigo de sus virtudes ó vicios despues de muchas trasformaciones que terminarán en la nada; pero no pareciendo esto bastante á los *bonzos* ó sacerdotes, han inventado un lugar de castigos que sobrepuja en crueldad á todo lo que puede figurarse la imaginacion más sombría. El *budhismo*, como todas las religiones panteistas que ven la divinidad en cuantos séres pueblan la naturaleza, se distingue por su inagotable é ilimitada caridad á todo lo que existe; por eso prohíbe matar ó hacer sufrir á los séres vivientes (1).

La doctrina de Budha (Sakio-Mouni), puede reducirse á los siguientes términos: «Estais sujetos actualmente á la ley de la trasmigracion. Despues de vuestra muerte, renaceis en otros cuerpos más ó ménos nobles, segun vuestra mejor ó peor conducta, y esta série de evoluciones, á que están sometidos los mismos dioses, no concluirá jamás: yo os traigo el medio de evitar tan dura suerte, y es el de reduciros á la nada.»

Sin embargo de tan desconsoladoras conclusiones, la predicacion de Sakio-Mouni alcanzó un éxito portentoso. Como en la India estaba dividida la sociedad en castas, ó clases distinguidas y clases que no lo eran, siendo imposible para los hombres de éstas pasar á aquéllas, resultaba con la nueva doctrina que, practicando la virtud y tendiendo á reducirse á la nada, todos eran iguales dentro de ella, y únicamente se distinguian por su grado de perfeccion moral. El sistema de castas moria así, y por eso cuando le afeaban á Sakio-Mouni su conducta, respondia: «Mi ley es una ley de gracia para todos; en ella caben los pobres y los infortunados.» Los medios que empleaba Sakio para convertir al pueblo, eran la predicacion y, segun las leyendas, los milagros. La predicacion era un hecho desconocido hasta entónces en Oriente.

(1) *Introduction á l'histoire du Bouddhisme indien* por Mr. Eugene Bourmonf, y *Chinese buddishm by*, Joseph Edkins.

La religión, la moral y la política en China, han estado principalmente representadas por las cuatro grandes personalidades que hemos citado: Fo-Hi, Lao-Tseu, Confucio y Budha. Después de Yango-Tseu, último discípulo de Confucio, que floreció á principios de la era cristiana, hubo un período de más de mil años, durante el cual las guerras, así interiores como exteriores de que fué víctima la China, y el cambio de dinastías, no dejaban libertad á los espíritus para dedicarse libremente á las especulaciones filosóficas. Entre los años 960 y 1119 de la era cristiana, apareció ya una importante escuela dedicada á la explicación de las doctrinas de Fo-Hi, y demás antiguos sábios. A la par de ésta, se creó otra de discípulos de Confucio, cuyo objeto fué el de llenar el vacío que su maestro habia dejado con respecto á la parte puramente religiosa, en que sin duda alguna, llevaban grandes ventajas los Teo-Sse ó seguidores de Lao-Tseu y los budhistas. Para ello se basaron principalmente en el *Libro de las transformaciones*, del cual hemos hablado al principio de este artículo. De sus teorías resulta que el *Tai-Ki* (así llaman á la causa eficiente y primera), representa la sustancia absoluta, primitiva, y el estado en que se encontraba cuando la época precedente á toda manifestación en el espacio y en el tiempo: que el *Tai-Ki* posee una fuerza ó energía latente que toma el nombre de *Li* y otras veces el de *Tao*, razón, causa eficiente ó formal, cuando se revela en el tiempo y en el espacio, y que esta revelación está representada por dos accidentes: *el movimiento y el reposo*, ó por *Yang y Yin*, los cuales, si bien no son más que el *Tai-Ki*, bajo diferentes modos, han dado origen á los cinco elementos, y éstos á todos los seres del universo.

Con respecto al hombre, estas escuelas siguen la opinión de que no hay en el mundo otra inteligencia como la suya; que es divina y que procede de la primera causa. Con el *Li*, ó principio racional, coexiste el *Khi*, ó principio material, y además el *Yang*, ó el movimiento y la luz, y el *Yin*, ó el reposo ó las tinieblas: constituyen el primero la mente y la ciencia, y el segundo la forma y la sustancia corporal: entre los dos la *vida*, y la separación de los dos la *muerte*. El sábio

debe conformarse en su conducta moral á los eternos principios de moderacion, rectitud, humanidad y justicia, y al mismo tiempo abstenerse de todo deseo, para gozar de reposo y tranquilidad perfecta. Sus virtudes han de estar en armonía con el cielo y la tierra, y sus ideas con el sol y la luna, arreglándose, á la par, de modo que su vida esté de acuerdo con las cuatro estaciones, y sus felicidades y desdichas con los espíritus y los genios. Los espíritus (*chen*), viven en la inmovilidad, pero su naturaleza se extiende á mucho, mientras que los genios (*kouei*), son más limitados. Si el viento, la lluvia, los truenos y los rayos, se desencadenan, esto es obra de los espíritus que ejercitan su accion; cuando los meteoros cesan, se debe á los genios. Unos y otros están formados por la combinacion del principio activo *Yang*, y el pasivo *Yin*; pero lo que anima la naturaleza y llena el espacio entre el cielo y la tierra, es el soplo vital acriforme de *Tai-Ki*, soplo que tambien anima al hombre y que obra sin intervalo ni interrupcion.

Hemos dicho que el movimiento religioso y científico en China está principalmente representado por cuatro grandes personalidades; pero debemos añadir, para terminar el presente trabajo, que son muchas las escuelas filosóficas que en aquel país existen, no faltando entre ellas algunas, si bien pocas individualidades, que han dado una interpretacion más espiritualista á sus antiguos libros, bajo la influencia de los misioneros católicos.

LUIS BARTHE.





LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

DE LA

MECÁNICA QUÍMICA. (1)

III.

RELACIONES DEL CALOR CON LA AFINIDAD.

HIENEN las tendencias de las teorías que hemos examinado una característica, que á todas es propia un criterio al cual se subordinan todas sus conclusiones, de igual manera que si se tratase de moldes y plantillas á las que debiesen ajustarse los hechos y las concepciones científicas.

Extraño edificio el con tales materiales formado; conjunto deafilgranados detalles, de menudísimas y fatigosas labores; pero falta de severidad en las formas generales, de pureza en las líneas y de unidad en el conjunto. Así es la Química dentro de las teorías atómicas; coleccion de hechos, sin principio racional á qué subordinar su determinacion;

(1) Véase la página 37 de este tomo.

tejido, cuyas mallas están formadas de hilos de desigual grosor y que, si por una parte presenta seguridad y resistencia á la severa crítica, en cuanto puede traer un valioso estudio de puro detalle, por otra ofrece escasa ó ninguna resistencia á los más simples razonamientos de la crítica y así, como tela mal urdida, como edificio desproporcionado y sin plan construido, ofrece la antigua Química tan sólo colecciones y series de hechos, sin enlaces ni dependencias, sino hacinados unos sobre otros, como piedras entre las que no hay la menor trabazon.

Las tendencias del espíritu atomístico son fáciles de determinar. Se trataba, en primer lugar, de darse cuenta de la combinacion, y todas las escuelas están conformes en admitir una fuerza sustantiva, la afinidad, que reside dentro de los átomos; esto es, en los ultimatós de la materia, que, aunque no tienen ni peso ni extension, por su union dan origen á cuerpos pesados y extensos. Queríase despues determinar el valor ó la intensidad de esta fuerza en cada caso y averiguar su naturaleza, y aquí sí que hay desconformidad de criterio, variacion en el modo de juzgar, y sólo en una cosa vemos comunidad en las escuelas, es á saber; en la poca fijeza de sus conclusiones. Aun dentro de las últimas fases de la teoría atómica, ¿no se estudian diferentes teorías sobre el modo como debe mirarse á la afinidad, afirmando que es una fuerza de naturaleza eléctrica? ¿la misma teoría de las sustituciones, no se interpreta de mil maneras diversas?

Y por otra parte, separándonos de estas cuestiones y viniendo á lo más fundamental de la teoría atómica, ¿puede admitirse la combinacion de los átomos por superposicion y que luego de las colocaciones atómicas dependan las propiedades de los compuestos, como si hubiera una cierta predisposicion en la colocacion de los átomos que permitiese darnos cuenta de las propiedades de los mismos cuerpos compuestos? Aun admitiendo la existencia de ese átomo inextenso, aun suponiendo en él la polaridad eléctrica de la teoría de Berzelius, no explica esto la combinacion, ni mide la intensidad de la fuerza que en ella interviene, ni ménos determina su

naturaleza. Detengámonos breves instantes en probar estas afirmaciones.

Se concibe que si la combinación resultase de la yustaposición de los átomos, en el momento en que se llegase á ella, en el instante en que todos los átomos, de naturaleza distinta, se colocasen unos sobre otros, de modo que hubiera perfecta coincidencia, la combinación tendría lugar; sin embargo, puede esto suceder, pueden muy bien mezclarse dos gases—y contad que son los cuerpos más homogéneos y que se mezclan con más facilidad—de modo que haya una superposición y como ajuste de los átomos y no se combinan, luego hay más que meras coincidencias atómicas en el acto de la combinación; hay una energía desenvuelta, una fuerza viva, gastada ó absorbida, que es necesario tener muy en cuenta. La teoría atómica no se cuida de esto; admite que los átomos se atraen y se yustaponen, por virtud de una fuerza que reside en ellos mismos, por una energía sustantiva, muy diferente de los estados dinámicos que considera la Química moderna; los átomos en las reacciones son como hormigas que se reúnen y se separan, siempre moviéndose por propia virtud, y como si tuvieran voluntad, se dirigen al lado que más conviene, por virtud de misteriosas atracciones, que son debidas, según la teoría atómica, á estados de polaridad eléctrica. Si pensamos que una reunión de átomos de naturaleza distinta es semejante á una mezcla de cuerpos diferentes, finamente divididos, podeis concebir cómo se efectúa la combinación; suponed que acercamos un imán á una masa pulverizada, en donde haya muchas sustancias y entre ellas el hierro, claro está que este cuerpo será atraído el primero; de igual modo, siempre que tengamos muchos átomos de polaridades eléctricas diferentes y presentemos un cuerpo cualquiera, sucederá que el átomo atraído será aquel cuya polaridad ó estado eléctrico está más en oposición con el del nuevo átomo que viene á alterar el sistema; por esto los cuerpos electro-positivos atraen á los electro-negativos y de la satisfaccion mútua de las electricidades contrarias resulta la formación de los compuestos saturados; hay, por tanto, una especie de union de elementos antitéticos, enlace

de enemigos, en virtud de predisposiciones especiales, que parecen confirmar aquel dicho del poeta:

«Es atracción lo distinto
y lo semejante guerra.»

El principio establecido por Berthollet, que cuando se tienen varios cuerpos A , B , C , y por la unión de un tercero D , con uno de ellos, puede resultar un cuerpo insoluble ó volátil, se forma este cuerpo, ha sido interpretado por la teoría atómica, añadiéndole como condición el estado eléctrico de todos los cuerpos, y se establecieron los principios de las reacciones de la siguiente manera:

1.º A y B son cuerpos simples; si uno es electro-positivo y otro electro-negativo, pueden sus electricidades y sus masas combinarse y producir el cuerpo AB , que si las intensidades de sus elementos son iguales, tendrá electricidad positiva y será neutro; si no, podrá ser ácido ó básico, según predomine el elemento negativo ó el positivo.

2.º AB es un cuerpo electro-negativo, por ejemplo, porque A lo es también; si se pone en contacto con otro cuerpo C más electro-positivo que B , resultará un nuevo compuesto AC y quedará B con libertad.

3.º AC y BD son dos cuerpos de nombre diverso; pueden unirse de varios modos: (a) formando un cuerpo compuesto cuaternario, (b) cambiando un elemento positivo C con otro electro-negativo D y dando lugar á dos compuestos, uno insoluble ó volátil CD y el otro soluble AB , confirmándose siempre la ley general establecida por Berthollet.

Esta interpretación de las leyes de Berthollet, único ideal positivo que se había realizado dentro del punto de vista de la teoría atómica, cae por su base al aparecer la teoría de las sustituciones y demostrar qué cuerpos de la misma polaridad eléctrica pueden reemplazarse y combinarse; pero entonces, si se rechaza la teoría electro-química, si no se admite que el estado eléctrico de los cuerpos pueda medir sus afinidades, no debe tenerse ningún dato seguro que lleve á esta medida, ni otros indicios que arrojen alguna luz sobre el origen de la fuerza que causa la combinación.

Las teorías anteriores á la Mecánica Química parten de una base falsa y tienen un error fundamental. En primer término, hacen de la afinidad una fuerza sustantiva, una energía aparte, que sólo se manifiesta en los fenómenos químicos y despues se elevan inmediatamente á la medida de las afinidades y á la determinacion de su naturaleza, sin el estudio prévio de todas las circunstancias que acompañan al fenómeno de la combinacion, cuyo estudio es indispensable para medir la energía que en tal fenómeno interviene.

Es indudable que la cuestion de la medida de las afinidades no es más que la medida de una fuerza, y por tanto, este problema puede entrar dentro de la Mecánica; conforme á sus principios, las energías se miden por los efectos, y por los de calor, luz ó electricidad, que se producen en la combinacion, hemos de medir necesariamente la fuerza empleada en el fenómeno químico. Mas ántes de llegar á esta medida, preciso será que toquemos otros problemas importantísimos de la Química moderna; es necesario, ante todo, caracterizar y precisar lo que sea la combinacion y ver luego las relaciones que hay entre sus manifestaciones, para deducir de aquí el concepto de afinidad.

Ya hemos hecho notar, en el curso de este trabajo, la importante trasformacion que la Termodinámica ha producido en todas las ciencias naturales; ninguna de sus nociones ha dejado de modificarse y toda interpretacion de los hechos, que por un camino más ó ménos largo conduzca á ese principio de órden racional que constituye la verdadera ciencia, ha tenido necesidad de la sancion de la ley fundamental de la équivalencia y trasformacion de las fuerzas vivas. Este principio de la Termodinámica es el fundamento de nuestra moderna concepcion del mundo, él explica la trasformacion de la fuerza dentro de su unidad y demuestra la perpétua variacion de la forma y la eternidad inmutable de la fuerza, la invariabilidad de esa energía, que tan pronto es nota musical como calor, que ya se manifiesta agitando la masa de una nebulosa; como haciendo vibrar las millaradas de moléculas de un cuerpo y produciendo toda la inmensa variedad de sustancias que la Química estudia; por eso, conociendo los

efectos de esa energía, su manera de obrar y las manifestaciones exteriores que produce, es como se llega á su medida, es como pueden determinarse sus estados particulares, de un modo semejante al que se emplea en Mecánica para determinar uno de los elementos de un movimiento dado. Dedúcese de esta manera de ver las cosas la importancia del estudio de los fenómenos de la combinacion, porque acaso las relaciones que haya entre algunos de ellos pueda ponernos en camino de medir la energía que interviene en la combinacion química.

Tres órdenes de fenómenos concurren á la producción de la combinacion química, á saber: fenómenos térmicos, eléctricos y luminosos; los dos primeros se producen siempre; los últimos sólo algunas veces. La luz producida en la combinacion química sólo tiene origen en aquellas uniones de cuerpos que se efectúan de una manera muy violenta, y bajo la accion de agentes exteriores que obran con gran energía; el calor y la electricidad son fenómenos que se producen constante é invariablemente; mas, ¿de dónde vienen este calor y esta electricidad? ¿cuál es el origen de estas fuerzas vivas que intervienen en la combinacion? Antes de responder á estas preguntas, séanos permitido formular otra no ménos trascendental que ellas, y que es más fundamental todavía, dentro de la Química moderna. ¿Qué es la combinacion?

Hemos examinado ya la definicion ó concepto que las diversas escuelas de la Química, cada una dentro de su tendencia, habian formado de la combinacion, y parécenos haber puesto bien en claro cuánto de arbitrarias é hipotéticas tenían las concepciones de las escuelas atómicas, concepciones que han sido destruidas por la aplicacion de los principios de la Termodinámica al estudio del fenómeno químico. Vamos á entrar ya de lleno en este estudio, vamos á sentar las primeras bases de que debe arrancar el edificio de la Mecánica química, estableciendo el concepto fundamental de la combinacion, del cual hemos de deducir qué cosa sea la afinidad, si es que existe, y cómo se mide.

Todos los trabajos, todas las tendencias del moderno es-

píritu científico, lanzado en el camino de la investigación experimental de los hechos, puede decirse que con seguridad conducen á establecer la identidad de las fuerzas que intervienen en los fenómenos físicos y químicos. El experimento, que no es otra cosa que la medida, lleva como de la mano á establecer la equivalencia de todas las energías invertidas en los fenómenos naturales y á relacionarlas todas á una sola unidad, estableciendo de esta manera una medida comun para todos los trabajos, y ni los fenómenos de la afinidad, ni los de la cohesion, pueden dejar de entrar en la ley mecánica, que abrazando todo el conjunto de la ciencia natural, enlaza y une los hechos en apariencia más desligados y disemejantes, y entran en esta ley la afinidad y la cohesion porque ella destruye cuanto de vago y misterioso presentaban los fenómenos químicos, y colocándolos dentro de las leyes generales del movimiento, destruye tambien todo criterio que pueda atribuirlos á fuerzas abstractas. No quiere esto significar en manera alguna que hayamos llegado hasta las primeras causas de los fenómenos que observamos y medimos; muy al contrario, húyese de la investigación de las tales causas dentro del moderno criterio científico; pues es quimérico buscar aquellas determinaciones más simples y rudimentarias de la fuerza, investigar su *subtractum* y conocer cuál es el punto en que comienza esto que en su eterna inmutabilidad circula por todas partes, en eterna variacion de formas, en constante movimiento, que se cumple segun las leyes generales de la Mecánica. Para llegar á las causas primeras tendríamos que establecer conceptos absolutamente independientes de los hechos particulares y de las medidas numéricas, y como esto no puede ser, como no podemos prescindir para nada del experimento, de aquí que cuando quiere considerarse el primer origen y la razon de las cosas, se cometen peticiones de principio y se inventan explicaciones poco conformes con la realidad de los hechos, que no pueden resistir á los primeros escarceos de la crítica; buena prueba son de estos errores las escuelas que definian la afinidad como la fuerza que preside la combinacion química y es su causa. Y si al ménos la afinidad fuera algo apreciable

y capaz de medida, si al ménos hubiera un término de comparacion fijo, á que referir la mayor ó menor energía desarrollada en las combinaciones; pero no, la afinidad es una fuerza oculta, que nadie vé ni mide; pero que todo el mundo dice que comprende; no sabemos si es una fuerza primitiva, una fuerza viva ó una resultante de muchas acciones; pero á ella se refieren todos los fenómenos que no pueden comprenderse, y conforme á estas referencias se clasifican, se explican y se estudian, siempre dentro de hipótesis de átomos sin movimiento, que por propia virtud se trasladan de un lugar á otro. Y áun bueno fuera que la afinidad no tuviese más que un nombre y dentro de ella se explicase, bien ó mal, todo el conjunto de los fenómenos de la combinacion, con sus infinitas variaciones y sus diversos aspectos; pero no es esto: hay fenómenos químicos muy raros y oscuros; hay acciones desenvueltas en virtud de agentes especiales, cuyo modo de intervenir no puede conocerse, porque sin modificarse para nada, causan hondas perturbaciones; pues bien, á estos hechos se les toma en globo y sin más estudio, sin otras determinaciones ni medidas, sin legitimar, ni sus enlaces, ni sus relaciones, se les atribuye como causa una afinidad especial, una fuerza particularísima, *la fuerza catalítica*. «¿Y hay nada más arbitrario, preguntaremos con H. Saint Clair Deville, que colocar reunidos los fenómenos catalíticos que dependen de la presencia del musgo de platino ó del ácido sulfúrico concentrado, cuando ni uno ni otro cuerpo son, por decirlo así, partes integrantes en la operacion?»

En la Química actual se dejan á un lado todas las fuerzas desconocidas, cuyos efectos ni se conocen ni se miden, y sólo se atiende á la observacion y medida de lo que está al alcance de los procedimientos experimentales; por este método se estudian los hechos, sus diferencias y sus analogías, porque únicamente sus comparaciones y sus medidas pueden dar luz en la árdua y compleja cuestion de las combinaciones químicas. Hé aquí condensado todo el alcance del método experimental; gracias á él se ha hecho brotar la luz del caos en que el idealismo de los atomistas habia sumergido las explicaciones del fenómeno químico, de igual manera que entre

el conjunto de infinitos ruidos elige el artista aquél al cual ha de imprimir el aliento divino de su espíritu, trasformándole en delicada nota. El moderno método empleado en las ciencias naturales es como prisma por el que atraviesan todos los hechos mezclados de cualquier modo, se reparan un momento, para que se vean sus diferencias y sus límites, y luego se recomponen formando la unidad ó principio sintético en el que todos se unen, como la luz se descompone en sus maravillosas notas, que se dibujan un momento en preciosos colores, y cuya música se une despues en un punto de luz blanca, que es como brillante acorde en el cual está contenida toda la música del magnífico pentágrama de los colores.

Un solo principio, una sola ley experimental, ha sido el origen de todas las trasformaciones de la ciencia, hasta colocarla dentro de un critério puramente dinámico. Desde que Mayer y Joule anunciaron el principio de la equivalencia mecánica del calor, ha sido esta la medida de todos los trabajos.

Extrañas relaciones de solidaridad enlazan los fenómenos naturales; del principio fundamental de la Termodinámica, estudiado en la máquina de vapor, esto es, en donde se produce grandísima cantidad de energía, en donde se consume mucho calor, se llega á la ley de equivalencia entre calores pequeñísimos y microscópicos trabajos; pero notaré que en realidad ambos fenómenos son como uno mismo, porque en dos desaparece una cantidad de calor que se convierte en los trabajo, produciendo dos efectos diversos, primero un aumento de fuerza viva en los cuerpos que se ponen en contacto, y luego produccion de ciertos trabajos. La suma de estos dos efectos es siempre proporcional á la cantidad de calor que desaparece; mas téngase presente que los dichos efectos representan cosas distintas; al aumento de las fuerzas vivas corresponde la variacion de la energía actual de los cuerpos puestos en contacto, y á los trabajos efectuados las variaciones de la energía potencial. Dentro de estos principios tan sencillos está contenida toda la complejidad del fenómeno químico, con sus infinitas variables, porque puede reducirse, como el trabajo de la máquina de vapor, como la produccion

de un color ó de una corriente eléctrica, á una trasformacion de fuerza, á un trabajo llevado á cabo, no ya por masas inmensas, sino por la vibracion de las moléculas, que es el trabajo de esas microscópicas máquinas, construidas por la fuerza en su eterno cambio de forma. Veamos, siquiera sea por el momento en ligero bosquejo, la manera como el principio de la equivalencia de los trabajos se aplica al fenómeno químico.

El error más capital de la teoría atómica ha sido el considerar á las moléculas como perfectamente inmóviles; pero divisibles; pues estaban constituidas de un número dado de átomos, que era, por decirlo así, la última esencia, el *substractum* de la materia: hipótesis contraria á los experimentos directos y rebatida por las nociones adquiridas en el estudio espectrográfico de los gases. Los átomos están para nosotros formados realmente de partes más pequeñas, porque sólo de esta manera pueden explicarse los movimientos vibratorios de las partículas más simples y elementales; sin embargo, toda idea ó nocion de átomo debe desaparecer completamente de la ciencia, el día en que la teoría mecánica pueda ser extendida á la explicacion de todos los fenómenos naturales; hay, además, otra razon muy poderosa para rechazar estos conceptos fundamentales de la teoría atómica; hoy se admite que no es posible explicar ni concebir la combinacion química, sin la energía desarrollada por los movimientos vibratorios de las últimas partículas de la materia; ¿cómo, pues, hemos de admitir un átomo inmóvil, una molécula que no cambia de lugar, si esto nada puede decirnos de lo que sea la combinacion química? En la Química actual no se considera solamente la naturaleza y el peso de los cuerpos; esto no basta para explicar el mecanismo de las reacciones; es necesario hacer intervenir un nuevo factor, que es la energía de las moléculas y los movimientos de que están animadas, á los cuales se deben todos los trabajos llevados á cabo en las trasformaciones químicas.

La naturaleza de los movimientos moleculares es la misma que tratándose de grandes masas; por tanto, á ellos deben aplicarse los principios generales de la Mecánica. Como cual-

quier masa de dimensiones finitas, las masas moleculares poseen dos especies de movimientos; el primero de conjunto, porque comprende á la totalidad de la masa, y este movimiento se compone de dos factores, á saber: un movimiento de traslacion, en sentido de una recta, y otro de rotacion alrededor de un eje fijo ó movable; y el segundo, que se refiere á las vibraciones de cada una de las pequeñas partecillas que constituyen la masa molecular y que oscilan entre ciertos límites, sin separarse unas de otras. Ahora bien; ¿pueden concebirse estos movimientos, que son perfectamente reales, dentro de la teoría atómica? Comprendeis perfectamente que un conjunto de átomos pueda moverse en línea recta y alrededor de un eje; ¿pero concebís un átomo inmóvil oscilando? ¿Podreis comprender, que lo que es indivisible, tenga los momentos vibratorios que se observan en las partecillas de la materia, que en la Química se toman como unidades? Si esto no puede ser, es necesario admitir que los átomos no pueden estar formados de una masa única é indivisible; lo cual es tanto como rechazar lo más principal de la teoría atómica.

Para el objeto que aquí nos proponemos es necesario tener muy en cuenta estas dos especies de movimientos, porque si el primero, esto es, el de conjunto, nos explica las metamórfofis generales y más de bulto de la combinacion, el segundo es causa de los accidentes físicos del fenómeno químico y puede darnos alguna nocion sobre la produccion del calor y de la electricidad en el acto de la combinacion.

Al poner en contacto dos cuerpos de naturaleza diversa y hacer obrar sobre ellos un agente exterior lo que se hace realmente es modificar aquellos movimientos de que ambos estaban dotados; todas las vibraciones de las partes de los cuerpos tienen que variar y lo mismo los trabajos exteriores que causen; así como al calentar un cuerpo la elevacion de temperatura no es más que la medida del trabajo interior, efectuada por los movimientos vibratorios que se modifican, de igual manera en la combinacion química la variacion de esos mismos efectos debe medir la aceleracion ó la disminucion del movimiento oscilatorio de las moléculas de los cuerpos que reaccionan. Los trabajos ó efectos en que se tradu-

cen esos movimientos interiores, no hay duda que son el calor y la electricidad desarrollados en la combinación, y digo que no hay duda, porque estos mismos efectos se producen siempre á virtud de los movimientos oscilatorios de las moléculas, al ménos no hay razon que pruebe lo contrario; luego es lógico deducir que pues el calor y la electricidad sirven de medida al trabajo, segun el principio de equivalencia establecido por la Termodinámica, el trabajo de la combinación podrá medirse por las acciones físicas que produce.

Tal es la aplicacion de los principios generales de la equivalencia de los trabajos á la medida de las reacciones químicas, que no son otra cosa que trabajos llevados á cabo entre masas infinitamente pequeñas; pero el fenómeno químico, por la multitud de circunstancias que en él concurren, es muy difícil de determinar y de medir con arreglo á todas; así es que se elige una de sus manifestaciones, la más conocida y mejor estudiada, el calor.

Para formarse idea clarísima de lo que significa la nocion mecánica del fenómeno químico, tal como acabamos de expresarla, importa formarse idea clara de cómo el calor interviene en las reacciones, siquiera porque de cuanto sobre el particular digamos se ha de desprender el concepto mecánico de la combinación y el método general de la medida de las afinidades. En todos los cuerpos cada variacion, por pequeña que sea, en el movimiento vibratorio interior, implica un cambio de estado; de donde se deduce que los estados de los cuerpos son infinitos; sin embargo, podemos considerar, que deteniéndonos en un punto en el aumento de velocidad molecular, podemos señalar ciertos puntos singulares, que así debe llamarse á los estados sólido, líquido, gaseoso y radiante: esto en cuanto se refiere á las consideraciones físicas de los cuerpos. Dentro de la Química pueden considerarse de un modo análogo; pero ántes hagamos notar que el trabajo molecular, ó mejor dicho, el aumento de fuerza viva que causa los cambios de estado, se mide en las cantidades de calor que son necesarias para la produccion de esos mismos cambios; conforme á estos principios, que derivan de la equivalencia de los trabajos, puede decirse que los cambios de esta-

do químicos son debidos á un aumento ó disminucion de fuerza viva, que se acusa por un desprendimiento ó absorcion de calor, que puede medir, como en el caso del cambio de estado físico, el trabajo ejecutado. Dentro de cuyo principio caben perfectamente todas las determinaciones de los fenómenos químicos, hechas, por cierto, con más cuidado y exactitud que en las teorías atómicas, porque aquí se tienen en cuenta factores que ántes sin razon se despreciaban. En el fenómeno químico hay algo más que pesos y masas, hay movimientos y fuerzas vivas que es necesario medir, porque de ellas depende todo el mecanismo de la combinacion: de estas medidas se desprenden las relaciones del calor con la afinidad, que son la base de la Termoquímica.

Una consecuencia, de órden racional y superior, se desprende de las consideraciones que nos ha surgido la teoría dinámica del fenómeno químico; esta consecuencia es la demostracion de la unidad del Universo, que se conserva siempre en el fondo de la infinita variedad de los fenómenos. La misma elasticidad que es causa del sonido, del calor y de la luz, es el origen del fenómeno químico. La nota musical, el grado del termómetro, el color y la formacion del agua unidos dentro de una ley, enlazados con idénticos lazos que los unen los movimientos de los astros; ¡extraños caprichos de la madre Naturaleza, que no establece más que diferencias de número entre sus vibraciones! Esa misma cuerda de que el artista saca deliciosos sonidos puede quemar sus dedos y cegar sus ojos con vivísima luz y volatilizarse y, convertida en otro cuerpo, vibrar en la más lejana nebulosa y formar parte de un mundo; todo depende de la velocidad de la vibracion, todo es efecto de los estados que vaya tomando, segun la cantidad de fuerza viva que se le comunique; por eso, todos los fenómenos naturales no son otra cosa que armónicas notas, acordes perfectísimos, música divina ejecutada en diverso ritmo, porque diferencias rítmicas son las distinciones que entre ellos la Mecánica establece.

El calor y la afinidad están constantemente presentes en nuestro espíritu cuando estudiamos las combinaciones químicas; consideramos, sin saber por qué, á la afinidad como

causa de la combinacion y la atribuimos condiciones especiales, de las que apenas nos damos cuenta; mas, si estudiamos los caractéres puramente físicos de la combinacion química, muy pronto notamos las aproximaciones y semejanzas entre los fenómenos físicos y químicos que pueden llegar á hacer nos admitir una unidad de medida para ambos, cuya unidad es el calor. No es, por tanto, este trabajo que llamamos calor, una causa que se opone á la afinidad y la destruye, como decian los atomistas, sino, por el contrario, es la medida de la fuerza de combinacion. El estudio de la persistente descomposicion de los cuerpos bajo su influencia, que puede apreciarse siempre como fuerza viva, rechaza toda hipótesis sobre fuerzas ocultas y desconocidas, tanto por su naturaleza, como por la unidad á que es preciso referir sus medidas; lo cual lleva á rechazar tambien todo concepto de afinidad como fuerza sustantiva y no deja reducido este concepto sino, todo lo más, á una propiedad especial de la materia, que designa únicamente el hecho de que unas sustancias pueden combinarse ó no con otras, dadas ciertas condiciones perfectamente definidas.

Para comprender toda la importancia de estas opiniones, que son hoy el fundamento de todas las teorías químicas, es preciso establecer el concepto mecánico de la combinacion, tal como nosotros lo entendemos.

La combinacion química es un *cambio de estado*, semejante á la trasformacion de un sólido en líquido ó viceversa. A poco que se estudie la manera cómo los cuerpos cambian de estado, podrá observarse que sólo dos modos tienen de hacerlo; por absorcion de fuerza viva ó por desprendimiento; en el primer caso se encuentra la liquefaccion de los sólidos y la evaporacion de los líquidos, y en el segundo la liquefaccion de los gases y la solidificacion de los líquidos. El efecto del primer cambio es la produccion de gran cantidad de calor, que mide el trabajo ejecutado, y por el contrario, se caracteriza el segundo por una absorcion grandísima, que produce un enfriamiento considerable. ¿Cuáles son las causas que determinan estos fenómenos de absorcion y desprendimiento de calor? Fijémonos un momento en los mecanismos de los

cambios de estado. Supongamos un cuerpo sólido; en él está toda la forma determinada y no admite ni variación de ella, ni de su volumen sin cambiar de estado; en una palabra, él, por su propia potencialidad, no es apto para nada, ha llegado á su última determinación; sin embargo, en él se cumplen los dos trabajos ó movimientos que hemos señalado, uno de toda la masa, el otro de cada una de sus partes que vibran con un ritmo determinado; si aumentamos estas vibraciones, si comunicamos al sólido una cantidad de fuerza viva, se altera el ritmo, el movimiento se hace más rápido y damos origen á un trabajo, que apreciamos como calor, en la elevación de temperatura del cuerpo, efecto que corresponde al trabajo interior, porque el exterior se determina en el fenómeno de la dilatación; aumentando la cantidad de fuerza viva el sólido se transforma en líquido, cuerpo que á su vez convertimos en gas, usando un procedimiento análogo.

En todo este trabajo no se hace otra cosa que cambiar el ritmo del movimiento; es como si á una cuerda, que da una nota cualquiera, la estirásemos mucho y la hiciéramos dar una nota más alta, correspondiente á un número mayor de vibraciones en el mismo tiempo.

Imaginad ahora el caso contrario; pensad en una cuerda que se afloja, ó en un gas que se comprime y enfria; las vibraciones de la cuerda serán ménos y el tono de la nota bajará; así el ritmo de los movimientos interiores de la masa será otro, la fuerza viva se desprenderá; absorción de calor y, por tanto, enfriamiento y determinación de forma será el efecto de todo esto, y el gas, pasando por todos los estados intermedios, llegará al sólido, como la cuerda tirante al aflojarse, va dando, sucesivamente, todas las notas hasta llegar á aquellas, imperceptibles para el oído, en las cuales la amplitud de vibración es muy grande y no se conmueve el aire.

Una cosa semejante son las combinaciones químicas. Cambiad las condiciones de dos cuerpos en contacto, modificad el equilibrio de sus movimientos, aumentad la fuerza viva de ambos, el sistema de equilibrio se turbará, no habrá quietud ni reposo, hasta tanto que se desprenda ó haya absorción de calor y por tanto de fuerza viva; entónces ya el

equilibrio se establece de otro modo, ya el estado cambia, porque la fuerza viva gastada ó desprendida ha alterado todo el sistema dinámico y se determina en otro estado diferente, prueba de lo cual, es que si dais lo que habeis quitado á los cuerpos ó les quitais lo que les habeis dado, los restituís á su estado primitivo, como en los ejemplos que ántes hemos puesto; por tanto no es la combinacion sino un cambio de estado, un fenómeno puramente mecánico. Y así como el estado sólido, líquido ó gaseoso era como la resultante de las acciones ejercidas sobre los cuerpos y la nota dada por una cuerda, la resultante tambien de sus trabajos con las moléculas elásticas del aire, de igual manera la afinidad, eso que mantiene unido lo que es cuantitativamente diferente, no es otra cosa que la resultante de todas las acciones que tienen unidas las partes de los cuerpos compuestos, y como esta accion, igual á la de los fenómenos del cambio de estado y del sonido, no es otra que un efecto de la fuerza viva, medible como calor, de aquí el que desterremos para siempre esta nocion de afinidad como fuerza sustantiva, y coloquemos la combinacion entre los efectos generales de los cambios de estado, que por manera tan maravillosa se encierran dentro de la ley mecánica la nota musical y la combinacion química, vibracion al fin de esa energía inmutable y eterna, que se agita en el seno de los mundos y en las profundidades del pensamiento, en donde á veces se quiebra produciendo la dulcísima poesía, y otras se agita en terribles convulsiones, que trascienden á la constitucion general de las sociedades y de los pueblos.

Insistamos aún más sobre este concepto de la combinacion. Al modo que cada uno de los estados de la fuerza tiene sus caractéres propios y determinados; pues no de otra cosa dependen que de la variacion de la resultante de todas las acciones y movimientos que sobre el cuerpo se ejercen, así las propiedades de los diversos cuerpos que la Química estudia no dependen tampoco de otra cosa más que de la cantidad de calor ó fuerza viva absorbida ó desprendida en el acto de la combinacion. No debe ocultársenos que esta tendencia á referir el fenómeno químico á los cambios de estado

podrá parecer todavía muy poco fundada por la misma complejidad del hecho; necesitamos, por esto, extendernos en este mismo orden de consideraciones, á fin de llegar al principio de la Termoquímica, que se puede plantear despues de establecidas estas relaciones del calor con la afinidad.

Dos puntos esenciales abraza esta cuestion fundamental de todo el sistema de la Química que vamos á exponer en este trabajo: el primero se refiere á investigar la naturaleza y origen del calor que interviene en las combinaciones, y el segundo al estudio y exámen de los trabajos producidos en ellas.

Es evidente que toda accion mecánica produce calor, y que éste, á su vez, se trasforma en movimiento, segun un principio de equivalencia muy sencillo; en el caso de la combinacion no hay inconveniente en admitir que el calor resulta de la accion mecánica del choque de las moléculas, precipitándose unas sobre otras, y de aquí el que las diferencias de calor desprendido ó absorbido tengan su origen en la intensidad del choque de las masas moleculares, de lo cual, áun puede deducirse, y esta es la consecuencia final á que hemos de llegar, que la afinidad química es una fuerza perfectamente definida, que puede medirse en unidades de calor.

Para llegar á esta conclusion es necesario tener en cuenta que hay una relacion constante y definida entre las cantidades de calor desprendidas ó absorbidas en la combinacion química, relacion perfectamente análoga á la que existe entre las masas de los cuerpos que se combinan, de igual manera que existe una relacion fija entre la masa y la velocidad de un cuerpo que se mueve. Por esta razon, al lado de la ley de las *proporciones definidas* que se enuncia diciendo: *los elementos químicos se combinan segun relaciones de peso absolutamente invariables para cada compuesto definido*, que constituye la base de la Química de las masas, se coloca esta otra que dice: *para una combinacion química la cantidad de calor que interviene es siempre la misma; pero varía de una combinacion á otra*, que constituye la base de la Química de las velocidades. Esta ley se ha deducido del estudio de la hidratacion del áci-

do sulfúrico y del exámen detenido de los compuestos orgánicos de fórmula análoga; así, por ejemplo, en todos los hidrocarburos de la fórmula $(C_2H_2)^n$ pudo notarse, en todos los casos, que siempre que reaccionan con otro cuerpo hay una disminución constante de calorías; reaccionando los elementos de un carburo de esta forma ($C_2H_2 = 4$ volúmenes) siempre son absorbidas 37,5 calorías. Una observación debe hacerse respecto á este punto, que no carece de importancia, y se refiere al estado particular del cuerpo. Los clásicos trabajos de Berthelot sobre la isomería demuestran que el estado particular, la forma del cuerpo, es causa de alteraciones notables en la cantidad de calor que interviene en la combinación; de igual manera que un móvil animado de igual velocidad puede recorrer trayectorias diversas, así las masas químicas, animadas de un movimiento igual, pueden describir diversas curvas, de donde nacen ó toman origen los estados isoméricos diversos. Esto demuestra que en las propiedades físicas y químicas de los compuestos influyen, no solamente la naturaleza de los elementos que reaccionan, sino también del estado particular de éstos.

Según esto, podemos decir que la afinidad es una fuerza perfectamente medible como calor, porque al fin nos encontramos con un trabajo ejecutado, que representa cierta cantidad de fuerza viva gastada ó desprendida; de este modo, determinando los pesos de los cuerpos que entran en una reacción y su estado particular y el calor desprendido ó absorbido, puede saberse la fuerza con la cual se verifica una combinación dada, de igual manera que en Mecánica se determina una especie cualquiera de movimiento tomando los dos estados final é inicial, con lo cual queda reducido el fenómeno químico á un hecho puramente mecánico.

Examinando todavía más de cerca lo que pasa en las reacciones químicas, puede probarse aún mejor y reconocerse con más claridad el origen mecánico de la afinidad.

Colocándonos en el caso de las combinaciones que desprenden calor, debemos admitir que la mezcla íntima de masas desiguales y animadas de velocidades diversas, produce: primero, un estado de libertad, y después una nueva agrega-

cion, cuyo resultado es la formacion de un nuevo compuesto; por tanto, un exceso de fuerza viva queda libre, y como no puede extinguirse, origina un movimiento total de la masa que se aprecia como calor; claro está que este calor ha de estar en relacion directa con el estado inicial de los cuerpos que reaccionan, y como es constante para cada combinacion, de aquí que pueda servir de medida á la fuerza que la produce. Aquí, pues, tienen perfecta aplicacion las fórmulas mecánicas de las fuerzas vivas; partiendo de que una reaccion es un sistema de cuerpos y que la fuerza viva de cada uno de estos es igual á la mitad del producto de su masa por el cuadrado de la velocidad, podremos representar el trabajo de la combinacion por la suma de todas las fuerzas vivas de este modo:

$$\Sigma \frac{m v^2}{2} = \Sigma C$$

si llamamos C al trabajo total de la combinacion.

Supongamos ahora que la fórmula que antecede representa el estado inicial de una mezcla de cuerpos que han de reaccionar; podemos demostrar perfectamente la constancia del trabajo, apreciado siempre como calor, que cada combinacion desenvuelve. Usaremos para esto las mismas fórmulas que Berthelot emplea, tomadas de Rankine.

Tomemos tres estados cualesquiera, en los cuales representamos la suma de las fuerzas vivas por $\Sigma \frac{m v^2}{2}$, $\Sigma \frac{m v_0^2}{2}$

y $\Sigma \frac{m v_1^2}{2}$ y representamos el trabajo pasando del primer

estado al segundo por ΣC_0 y de este al tercero por ΣC_1 ; evidentemente tendremos entre estos términos una série de relaciones, que podremos expresar de este modo: el trabajo ejecutado en el paso del primer estado al segundo será igual á la suma de las fuerzas vivas del segundo, ménos la misma suma del primero:

$$\Sigma C_0 = \Sigma \frac{m v_0^2}{2} - \Sigma \frac{m v^2}{2}$$

Por la misma razon el trabajo del segundo al tercero será

igual á la suma de las fuerzas vivas de éste, menos la misma suma del estado inicial, de esta manera:

$$\Sigma C_1 = \Sigma \frac{m v^2}{2} - \Sigma \frac{m v^2}{2}$$

de donde se deduce por diferencia

$$\Sigma \frac{m v_1^2}{2} - \Sigma \frac{m v_0^2}{2} = \Sigma C_1 - \Sigma C_0$$

y de aquí resulta precisamente la constancia de la energía total de cada sistema y el principio mecánico de la conservación de la fuerza.

$$\Sigma \frac{m v_1^2}{2} - \Sigma C_1 = \Sigma \frac{m v_0^2}{2} - \Sigma c_0 \text{ (constante).}$$

Aplicando estas fórmulas mecánicas al caso especial de la combinación química, podremos decir que el calor desprendido en ella es una cantidad constante para cada combinación, igual á la suma de dos energías, una potencial, representada por todos los trabajos que se cumplen desde que se ponen en contacto los cuerpos, ó sea desde el estado inicial, hasta que se verifica el cambio de estado, cuya energía hay que tomar con signo contrario, y la otra actual, que no es más que la suma de las fuerzas vivas que pueden gastarse en diferentes trabajos.

La suma de las fuerzas vivas de dos ó más cuerpos que se combinan, tomados con su estado inicial, se altera en el acto de la combinación y pueden suceder dos cosas: ó bien el trabajo ejecutado es menor que la suma de las fuerzas vivas y en este caso queda una cantidad de éstas disponible, ó es mayor, y en este caso se hace necesaria la absorción de más fuerza viva. De aquí se deducen precisamente los principios fundamentales de la Termoquímica que nosotros deseamos plantear con toda claridad.

Si la fuerza viva es una cantidad mayor que el trabajo de la combinación, entónces ésta tendrá lugar con desprendimiento de calor; si la fuerza viva es menor, entónces habrá absorción de calor, de donde pueden clasificarse en dos gran-

des grupos todas las reacciones de la Química. En el punto que á esto hemos llegado, ya podemos mirar á los fenómenos químicos como una fase particular de la trasformacion de fuerzas; en efecto, así como un móvil, al cual se ha dotado de cierta energía, si no la consume toda, devuelve la sobrante, en forma de calor, así las reacciones químicas no hacen otra cosa que trasformar aquella fuerza viva, que poseen los cuerpos que se combinan en todos los trabajos que se cumplen durante la reaccion, y si de ella sobra algo, lo devuelven en forma de calor. Al modo que una masa pesada, levantada del suelo y dejada caer, restituye, en forma de calor la parte de energía que no se ha invertido en vencer las resistencias que se oponian á la caída, y este calor mide perfectamente la energía gastada en elevar la masa, así dos cuerpos que se combinan, son dos móviles animados de cierta velocidad inicial; para vencer las resistencias que á su movimiento se oponen gastan parte de esa energía, llegan á cumplir su objeto y queda un resto de aquella que se manifiesta como calor; ahora bien, si nosotros medimos la fuerza viva inicial y el calor desprendido ó absorbido, podremos averiguar y venir en conocimiento de la energía invertida en la combinacion, pues el calor, en más ó en ménos, sumado con la fuerza viva invertida en el trabajo ejecutado desde el estado inicial al final (que conocemos porque es la diferencia entre el calor que medimos al final de la reaccion y la suma de las fuerzas vivas en el estado inicial), debe ser precisamente igual á las fuerzas vivas del primer estado.

La segunda cuestion que debemos tratar es la del trabajo producido durante el acto de la combinacion; este trabajo se refiere á dos especies diversas de energías, unas físicas y otras químicas, á cuyas energías debe referirse el calor desprendido ó absorbido.

En cuanto á las primeras, ó sea á las energías físicas, deben referirse á ellas todos los cambios acaecidos, todas las trasformaciones llevadas á cabo, siempre que las propiedades del cuerpo resultante no sean exactamente las de una simple mezcla. Berthelot coloca dentro de esta categoría el calor absorbido ó desprendido en los cambios de estado, en

las variaciones de volúmen y calor específico, en las variaciones de fluidez y tension de los vapores, en los cambios de forma cristalina, y en una palabra, en todos aquellos trabajos que pueden hacer variar las condiciones físicas de los cuerpos, teniendo en cuenta que las cantidades de calor que intervienen en todos estos cambios son siempre muy pequeñas; pero no por esto ménos dignas de tenerse muy en cuenta y atender mucho á sus medidas.

No pasa otro tanto con los trabajos debidos á las energías químicas. Aquí ya no se invierten cantidades mínimas de calor, sino por el contrario, bastante considerables, lo cual parece probar que no es un trabajo puramente físico el origen del calor desprendido ó absorbido en las combinaciones. Para demostrar esto, acude el autor de la Mecánica Química á la comparacion del calor específico de los elementos gaseosos con el del compuesto á que su union dá origen, tomándole en el mismo estado de gas. Aun á riesgo de parecer algo fatigoso y pesado, debo ocuparme de las opiniones emitidas respecto á esta cuestion por el sábio químico. Hay que distinguir, en las combinaciones gaseosas, las que se verifican sin condensacion y las en que este fenómeno tiene lugar; en las primeras la suma de los calores específicos de los componentes es precisamente el calor específico del compuesto, por donde no puede atribuirse á desigualdad de calor específico el calor desenvuelto en la combinacion; ejemplos de gases cuyo calor específico obedece á esta regla, son: el bióxido de nitrógeno, el ácido clorhídrico y el óxido de carbono; pero en los gases compuestos que se forman con condensacion, se observan variaciones en el calor específico que son, en cierto modo, funcion de la temperatura, porque, á partir de ciertos límites, el calor específico de los gases compuestos aumenta. En este punto, permítase una observacion.

Nadie ignora los trabajos que en el dia se hacen sobre la determinacion de las densidades de los gases y vapores y las controversias que esto origina; yo pienso que en esa cuestion de las densidades debe haber algo de lo que pasa en los calores específicos; en una palabra, que deben ser funcion de la temperatura.

Volviendo á nuestro asunto estamos ya en el caso de decir que no solamente en las diferencias de calor específico, que influyen bien poco, sino en la constitucion misma de los cuerpos, hemos de buscar el origen del calor debido á los trabajos químicos; porque la diferencia de calor específico no la hay entre el ácido clorhídrico y la suma de los calores específicos de sus componentes, y no obstante, su descomposicion produce + 22.000 calorías, ni en el bióxido de nitrógeno que al descomponerse produce + 43.500 calorías. De aquí se deduce que no es solamente la fuerza viva comunicada á los gases por medio del calor quien produce una energía tan considerable, y que, por lo tanto, es necesario otro manantial de fuerza viva; nosotros, en este punto, debemos opinar con Berthelot, cuando dice: «los fenómenos termoquímicos pueden ser atribuidos á trasformaciones de movimiento, á cambios de posicion; en fin, á pérdidas de fuerza viva, que tienen lugar en el momento en que moléculas heterogéneas se precipitan unas sobre otras para formar compuestos nuevos.»

Es tiempo ya de reducir á principios generales y leyes fijas, cuanto hemos dicho de las relaciones del calor con la afinidad.

De un modo semejante á lo que pasa en los cambios de estado, la combinacion química toma origen por un desprendimiento ó absorcion de fuerza viva y así como en aquellos esta fuerza viva, apreciada como calor, es la medida de la energía invertida en el cambio de estado, *el trabajo de afinidad tiene por medida el calor desprendido por las trasformaciones químicas llevadas á cabo en el acto de la combinacion*. Por otra parte, cuanto hemos dicho de la aplicacion de las fórmulas referentes á las fuerzas vivas nos lleva á admitir este otro principio: *la cantidad de calor, desprendida en una reaccion cualquiera, mide la suma de los trabajos físicos y químicos llevados á cabo en esta reaccion*; en cuyos dos principios se contiene la Termoquímica, porque son como la síntesis ó ley general que comprende todos los hechos y en la que se contienen todos los fenómenos químicos hasta el dia conocidos, segun veremos más adelante.

Fáciles son de prever las consecuencias de esta concepción enteramente dinámica del fenómeno químico; por de pronto, se destierra de la ciencia todo concepto de afinidad como fuerza sustantiva, desaparecen con esto una serie de nociones atómicas que dificultan la interpretación de las reacciones, quedando éstas reducidas á meros problemas mecánicos. Mas todo esto no es sino consecuencia del principio general de la transformación de fuerzas y de la equivalencia de trabajos, en tan buen hora establecido por la Termodinámica. Este principio lo contiene y abraza todo; en su virtud puede escribirse, en simbólicas fórmulas algebraicas, el eterno cambio de las cosas, el movimiento incesante de mundos que se destruyen y mundos que se forman, la vida de un sér y la peregrinación de una molécula inorgánica, y el enlace y la unión de la naturaleza viva con la naturaleza muerta. Sólo una cosa falta determinar: la fuerza viva gastada en producir la obra de arte más bella, el trabajo más fecundo y ordenado; el pensamiento.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Continuará).





UN CRÍTICO CRITICADO.

CARTA Á UN CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA.

I.

SR. D. GREGORIO NARANJO, *Canónigo de Málaga.*

MUY señor mio y de todo mi respeto: Por haber estado en el extranjero desde Agosto de 1878 hasta Enero de 1880, ó por cualquier otra causa que ni conozco ni tengo empeño en conocer, es lo cierto que, hasta hace poco, el 31 de Julio de 1880, día de San Ignacio de Loyola, no habia oido hablar siquiera del *Discurso sobre la Historia de la Teología en España*, leído por usted «en la solemne apertura del curso académico de 1878 al 79, en el salon general del Seminario Conciliar de San Sebastian, de la ciudad de Málaga.»

Gracias á la bondad de un amigo, ya he tenido la satisfaccion de ver y leer su tan notable disertacion histórico-crítica. Hablándole con toda ingenuidad, aseguro á Vd. que me ha gustado. Vd., separándose de lo acostumbrado en estos casos, convierte una gran solemnidad académica en arma de descrédito, y sin necesidad, sin oportunidad, sin razon y áun,

contra toda razon, por mero capricho, habla de mí en términos tan injustos como poco benévolos; pero, ¿qué importa esto? Yo, olvidándome por completo de mí mismo, pensando sólo en el bien general, me alegro muchísimo de que un sacerdote católico *escriba*, y me felicito al ver que un seminarista malagueño prueba de una manera tan evidente que en el Seminario de Málaga, que es mi Seminario, se estudia y se aprende á *escribir*.

No debo ocultar tampoco, que de la gloria que Vd. adquiriera, y deseo que sea mucha, acaso me corresponda alguna parte. Como Vd. tiene excelente memoria, no habrá olvidado que, cuando, siendo aún muy jóven, casi un niño, entró en el Seminario, su tio de Vd., D. Juan Barea, á la sazón vicerector y catedrático, me honró, escogiéndome entre muchos, para que estuviese al lado de Vd., si no como Mentor, al ménos como estudiante más antiguo. Creo que en el tiempo que vivimos juntos y en una misma habitacion, que no fué poco, no aprendió Vd. de mí nada que entónces ó despues haya podido perjudicarle, y, por el contrario, dada la influencia del ejemplo, acaso adquiriese los hábitos de trabajo, la aficion al estudio y el amor á la sana doctrina, que tan útiles le han sido despues.

Como este es el único beneficio que hasta ahora he podido hacer á Vd., supongo que éste habrá sido mi único pecado. ¡Cómo ha de ser! Esto no obstante, no crea Vd. que me arrepiento. Cuando se piensa en Dios, se cierran los ojos para no ver la mala correspondencia de los hombres.

Vd. al censurarme, como me ha censurado, tan sin razon, con tanta inoportunidad y en términos tan ásperos y tan inconvenientes, ha hecho una cosa que es, á la vez, mala y fea. *Mala*, porque, como ya verá, es contraria á la verdad y á la justicia, y *fea*, porque no tiene, ni puede tener, otro nombre, un ataque por la espalda, en una solemnidad académica, esencialmente pacífica, en la cual, por ser imposible la defensa, hasta la *urbanidad* excluye todo linaje de provocaciones.

Sin embargo, aunque la conducta de Vd. no merezca grandes elogios, yo, que no me separo de la línea que el Santo

Evangelio me traza, voy á contestar á Vd., respondiendo *stulto juxta stultitiam suam*; pero siempre devolviendo bien por mal. Vd. ha intentado desacreditarme ante mi propio Seminario, y yo, ejerciendo la obra de misericordia, que consiste en enseñar al que no sabe, voy á darle una leccion, que si hoy le parece dura, mañana, de seguro, le será muy útil. Me atrevo á afirmar que en lo sucesivo se mirará Vd. mucho ántes de censurar, como lo ha hecho ahora, con suma *ligereza* y sin el suficiente estudio. Ya se persuadirá Vd. de que el *ódio gratuito* no es nunca buen consejero.

En su *discurso*, página 16, *nota 2*, dice Vd. lo que sigue:

«*Muchos* teólogos extranjeros, como Juenin, Gazaniga y otros, y áun el mismo Perrone, tratando la cuestion histórica del *Filioque*, aunque *confiesan* que tuvo su origen en España, creen *equivocadamente* que fué en el Concilio III, celebrado el año 589 con motivo de la conversion de los godos: es muy cierto que en este Concilio, los Padres cantaron el Símbolo con la partícula *Filioque*; pero no la establecieron, sino que ya estaba establecida *desde el año 400*, en el Concilio I.

»El erudito abate Gaume, en su tratado del Espíritu Santo, publicado recientemente, *incurre en otro error* de la misma índole: *supone* que el *Filioque* tuvo origen en un Concilio celebrado en Toledo (no dice cuál) de orden del Papa San Leon, el año 447, presidido por el obispo de Astorga, Santo Toribio: la historia *no nos habla* de semejante Concilio, que sin duda ha confundido este autor con el que debió celebrarse por esa misma época, de orden de San Leon, en alguna Iglesia de España, pero no en Toledo, cuyas actas no han llegado hasta nosotros; todo lo cual prueba *cuán desconocida es para los extranjeros, áun los más eruditos, la verdadera historia de nuestra Iglesia española*.

«*Ménos disculpa merece* la LIGEREZA de un teólogo español de nuestros dias, el presbítero D. Miguel Sanchez, que en este punto *se separa más aún de la verdad histórica que los mismos extranjeros*. En su obra *Cursus Theologiæ Dogmaticæ*, página 431, tratando la cuestion histórica del dogma de la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, despues de citar los Concilios de Nicea y de Constantinopla,

pasa al Concilio VIII de Toledo, celebrado en 653, *como si nada se hubiese hecho en los Concilios anteriores al VIII, especialmente en el I, en el que, como es sabido, se estableció y se usó por primera vez el Filioque.* Así lo refieren Florez, Aguirre, Villanuño, La Fuente y otros muchos historiadores.»

Esto, y sólo esto, es lo que Vd. dice. No añade Vd. ni una autoridad, ni una razón, ni un hecho, ni siquiera una palabra más. Lo advierto para que los que no hayan leído el folleto de Vd., no se figuren que es imposible que se haya Vd. contentado con tan poco para refutar y aún maltratar á tantas gentes. Es preciso que conste, que lo que atribuyo á Vd., aunque parezca hasta inverosímil, es completamente verdadero.

De lo que Vd. dice, que es lo ántes copiado, se deduce que Vd. cree y afirma:

1. Que muchos teólogos extranjeros se equivocan al creer que la palabra *Filioque* no fué adoptada en el primer Concilio de Toledo, celebrado el año 400.

2. Que el mismo Perrone no se libra de este *error*.

3. Que el erudito Gaume incurre en otro *error* de la propia índole, al *suponer* que el *Filioque* tuvo origen en un Concilio celebrado en Toledo, de orden del Papa San Leon, el año 447, presidido por el obispo de Astorga, Santo Toribio.

4. Que la historia *no nos habla de semejante Concilio*, que, «sin duda, confunde Gaume con el que debió celebrarse por esa misma época, de orden de San Leon, en alguna iglesia de España, *pero no en Toledo*, cuyas actas no han llegado hasta nosotros.»

5. Que todo esto prueba «cuán desconocida es para los extranjeros, aún los más eruditos, la *verdadera historia* de nuestra Iglesia española.»

6. Que «*ménos disculpa* merece la *ligereza* del teólogo español, presbítero D. Miguel Sanchez, que en este punto *se separa más aún de la verdad histórica* que los mismos extranjeros.»

7. Que este teólogo español, al tratar la cuestion presente, despues de citar los Concilios de Nicea y Constantinopla, pasa al Concilio VIII de Toledo, «como si nada se hubiese hecho en los Concilios anteriores al VIII, especialmente en

el primero, en el que, *como es sabido, se estableció y se usó por primera vez la palabra Filioque.*»

8 y último. «Que así lo refieren Florez, Aguirre, Villanuno, La Fuente y otros muchos historiadores.»

Tales son las proposiciones que Vd. sienta y que yo, una por una, voy á examinar. Espero que si lee Vd. mi *Carta*, como yo he leído su *Discurso*, se convencerá de que no imito á Vd. en lo de juzgar sin estudiar ántes, ni siquiera en lo de hablar con poco disculpable *ligereza* de una *ligereza* que, gracias á Dios, no existe sino en la imaginacion de Vd. Verá usted en mi defensa la justicia, la verdad y la calma, que la lógica y la moral de nuestro angélico maestro, Santo Tomás, exigen, y no la ignorancia, la ligereza y acaso tambien la pasión, que tanto brillan en su tan antiteológica como anticrítica censura.

No obstante mi deseo de no lastimar á Vd., quizá en alguno que otro caso puedan parecer algo fuertes mis palabras. No lo extrañe Vd. He sido injustamente atacado y necesito hacer ver que el ataque es injusto ó que tengo razon y no me equivoco, y que, por el contrario, mi censor carece de razon y se equivoca. Así y todo, esté Vd. persuadido de que no iré sino hasta donde me permita ir el derecho de la propia defensa, sin olvidar nunca el *moderamen inculpatæ tutelæ*.

Me contrista el pensar que los discípulos de Vd., al leer mi *Carta*, que leerán, acaso se persuadan de que Vd. afirma como cierto lo que no es cierto, censura sin justicia y habla con indisculpable ligereza; pero, ¿qué quiere Vd.? Yo he sido injustamente provocado y ya sabe Vd. que la responsabilidad cae toda entera, no sobre la víctima inocente, sino sobre el injusto agresor.

La Sagrada Escritura nos dice: *Curam habe de bono nomine*, y añade que *melius est bonum nomen quam divitiæ multæ*.

Yo, pues, cumpliendo con un sagrado deber, defiendiendo mi *bonum nomen*, y, si mi defensa lleva en pos de sí algun inconveniente, *illud sibi imputet* quien con su tan injusta como extraña provocacion lo ha hecho de todo punto indispensable. Por mi parte, me quedaré muy tranquilo, exclamando siempre: *Omnia si perdas, famam servare memento*.

II.

Las proposiciones sentadas por Vd., segun el órden mismo con que Vd. las sienta, como ya hemos visto, son las que siguen:

Proposicion I.—«*Muchos teólogos extranjeros se equivocan al creer que la palabra Filioque no fué adoptada en el primer Concilio de Toledo, celebrado el año 400.*»

Esto es lo que Vd. afirma, por supuesto, sin decir por qué lo afirma. Por el contrario, Florez, que habia estudiado mucho y conocia bien esta tan antigua y acaso tan insoluble cuestion, hablando de la parte atribuida al Concilio I de Toledo, en que se encuentra la palabra *Filioque*, ó de lo que se llama la *Regla de Fé*, dice lo siguiente: «No sólo se duda si fué *accion* del primer Concilio de Toledo, sino que suele darse por sentado entre los autores *clásicos* y *no clásicos*, *domésticos* y *extranjeros*, que no se hizo en el Sínodo del año 400, sino en otro muy posterior al tiempo de San Leon.» (1)

Sigue el P. Florez: «En cuanto á la palabra *Filioque*, convienen los más ilustres escritores modernos (2) en decir que no es *de aquel tiempo* (del año 400); mas yo quisiera que pusieran pruebas.» (3)

Prescindiendo por ahora de lo que se refiere á las *pruebas*, fijándonos sólo en la cuestion histórica, conste que, segun Florez, la primera proposicion de Vd. es su primera equivocacion. En efecto, Vd. supone, con no disculpable ligereza, que se *equivocan* muchos teólogos extranjeros, y lo que dice la historia, la verdadera historia, es:

(1) *España Sagrada*, tomo 6.º, disertacion I, párrafo 5.º, núm. 70, página 79.

(2) Alude á Baronio, Pagi, Tillemont, etc., etc.

(3) Lugar citado, núm. 110, pág. 94.

1. Que se duda si la *Regla de Fé*, en la cual está la palabra *Filioque*, es del primer Concilio de Toledo.

2. Que los *más ilustres escritores modernos*, de los siglos XVI, XVII y XVIII, convienen en decir que se equivocan los que hablan como Vd. ó que la palabra *Filioque* no es del año 400, como Vd. supone ó cree, al parecer, á ojos cerrados.

3. Que estos *más ilustres escritores modernos*, que suelen dar casi por sentado que la *Regla de Fé* no es del Sínodo del año 400, sino de otro muy posterior al tiempo de San Leon, no son únicamente *extranjeros*, como Vd. supone porque quiere, sino *extranjeros y domésticos ó nacionales*, como dice el P. Florez y veremos despues.

Mal principio, Sr. Naranjo. Como Vd. no ha tenido presente que para volar se necesitan alas, su primer salto ha sido su primera caída. Y, ¡ojalá fuese la única! Pero, ¡es tan peligroso el terreno de la erudicion y de la crítica! ¡Se necesitan tanto estudio y tanta meditacion para poder recorrerlo con alguna, sólo con alguna seguridad! ¡Hay tanta diferencia entre murmurar donde el viento se lleva las palabras y juzgar en letras de molde, para que lo dicho quede siempre dicho! Crea Vd. que le tengo verdadera lástima.

Proposicion II.—«El mismo Perrone no se libra de este error.»

¡De este error! ¿Cuál? Lo que dice Perrone, que Vd. se guarda bien de copiar, es lo que sigue: «Lo que atañe á la otra cuestion, relativa á la adopcion de la palabra *Filioque*, es cosa igualmente *incierto*, tanto quanto al *autor*, como quanto al *tiempo*.» (1)

Y, ¿dónde está aquí el error? ¿No es quizá *incierto* lo que Perrone y casi todos los autores, *extranjeros y no extranjeros*, que tratan de propósito esta cuestion, afirman que es *incierto*? ¿Sabe Vd. con certeza *cuándo y por quién* se adoptó por primera vez la palabra *Filioque*? Y si no lo sabe Vd., ¿dónde estará

(1) Res pariter incerta est, sive quoad auctorem, sive quoad tempus. *Praelectiones Theologicae*, tomo 2, Tract. *De Trinitate*, cap. V, núm. 333, edicion de Madrid, 1846, páginas 516 y 517.

el error? ¿En Vd., que dice lo que se figura, ó en Perrone, que repite fielmente lo que la historia y la crítica enseñan?

Añade Perrone: «Parece cosa de todo punto cierta que en las iglesias occidentales, y principalmente en la de España, prevaleció la costumbre de cantar en la misa el Símbolo con la adición de la palabra *Filioque*, cuando los godos, abjurada la heregía de Arrio, profesaron la fe católica, el año 589, en el tercer Concilio de Toledo.» (1)

Aquí, como se ve, Perrone, que por sistema huía de lo dudoso, prescinde de la cuestión histórico-crítica, que acaso sea insoluble, y se limita á exponer un hecho que todo el mundo tiene por completamente cierto. ¿Es esto, quizá, un *error*? Lo erróneo es lo contrario á la verdad. Y, ¿á qué verdad se opone lo que Perrone dice?

Pero, ¿ha leído Vd., ha fijado Vd. bien la atención en las palabras de Perrone? No extrañe Vd. la pregunta. Como la erudición de Vd., no grande, por cierto, es además de segunda ó tercera mano, casi casi pudiera suponerse que se ha dejado Vd. impresionar demasiado por una muy conocida advertencia de D. Vicente de la Fuente. En efecto, este erudito historiador, en una obra escrita siendo muy jóven, y publicada por última vez hace veinticinco años, en 1855, dando por resuelta una cuestión, que no se ha resuelto aún, indica ó dá á entender que Perrone no muestra bastante españolismo, y excita á los catedráticos de teología españoles á que vean si conviene explicar la teología de una manera, por decirlo así, más española (2).

¿Será esto lo que Vd. copia ó repite? ¿Estará aquí el origen de la equivocación de Vd.? La verdad es que, si Vd. ha leído y meditado el texto mismo de Perrone, no puede ni concebirse cómo se expresa en los términos en que se expresa. ¡Censurar á Perrone porque no examina una cuestión crítica, que no tenía obligación de examinar! ¡Asegurar que yerra, nada

(1) Lugar citado, *immediate post*.

(2) *Historia Eclesiástica de España*, tomo I, cap. 5, párrafo 31, edición de Barcelona, 1855, pág. 92, nota 4.

ménos, porque no confunde lo cierto con lo dudoso, ó porque sienta, como debe, que lo dudoso es dudoso y que sólo lo cierto es cierto! ¿Qué filosofía es la de Vd.? ¿Es, como dice y repite, la tomista? Pero, ¿dónde enseña Santo Tomás que *yerra* el que no tiene por cierto lo que sólo es incierto ó dudoso? Sr. Naranjo, ¿qué *tomismo* es el de Vd.?

Proposición III.—«El erudito Gaume incurre en otro *error* de la propia índole, al *suponer* que el *Filioque* tuvo origen en un Concilio celebrado en Toledo, de orden del Papa San Leon, el año 447.»

Lo que Gaume dice, y Vd., por supuesto, no copia, es:

1.º Que el Papa San Leon escribió á Santo Toribio, obispo de Astorga, una carta, en la cual, tratando del Espíritu Santo, se dice expresamente: *Alius qui DE UTROQUE PROCESSIT.*

2.º Que se celebró un Concilio en Toledo, en el cual, para cortar el mal de raíz, y preservar al Occidente de todos sus errores, se decidió ingerir en el símbolo de Constantinopla *la palabra misma del Vicario de Jesucristo*, que con tal precisión definía que el Espíritu Santo procedé del Padre y del Hijo. *De utroque processit* (1).

Además, Gaume, que al expresarse así, seguía una opinion muy comun entre los autores, para mayor seguridad, cita á un historiador eclesiástico moderno, de grandísima erudicion y, como suele decirse, de voz y voto en la materia (2).

¿Vé Vd. ya, Sr. Naranjo, que Gaume no incurre en ningún *error*, porque no afirma nada que conste que sea falso? ¿Ve Vd. ya que Gaume, por sí, no *supone* nada, sino que se limita á exponer una opinion, cuya probabilidad nadie pone en duda? ¿Ve Vd. ya que Gaume, léjos de hablar por hablar, como suele Vd. hacer, se apoya en el testimonio de Bataglini, que es testigo de mayor excepcion? En fin, ¿ve Vd. ya que Gaume confirma su aserto, citando en francés, y hasta

(1) *Tratado del Espíritu Santo*, tomo II, cap. 6, traduccion del Sr. Torres Asensio, pág. 61.

(2) Bataglini, *Istoria Universale dei Concilii*, Q. 217 y 218.

en latin, el texto de la carta del Papa San Leon á Santo Toribio, obispo de Astorga, texto del cual, no sé por qué, Vd. nada dice?

¡Ah, Sr. Naranjo! ¡Cuánto se aparta Vd. de la lógica tomista, al proceder así! El sistema de Vd. podrá ser muy cómodo; pero tiene consecuencias funestísimas.

Proposicion IV.—«La historia no nos habla de semejante Concilio (1), que, sin duda, confunde Gaume con el que debió celebrarse por esa misma época, de orden de San Leon, en alguna iglesia de España; pero no en Toledo, cuyas actas no han llegado hasta nosotros.»

Vd., pues, sabe, y lo sabe con certeza, que la historia no nos habla de semejante Concilio, y que Gaume, sin duda, lo confunde con otro, que debió celebrarse en alguna iglesia de España; pero no en Toledo. ¡Cuántas cosas sabe Vd. que la historia ignora por completo!

¿No recuerda Vd. que, como dice el P. Florez, en Toledo hubo Concilios *numerales* y *extranumerales*? ¿Ha olvidado Vd. que, segun el mismo Florez, ántes y despues del primer Concilio Toledano se celebraron otros Concilios, no *numerales*, en Toledo (2)? Y si esto es así, si Vd. no sabe ni puede saber cuántos Concilios se celebraron en Toledo, ¿cómo osa Vd. afirmar que el Concilio, de que habla Gaume, no se celebró en Toledo? ¿No sospecha Vd. siquiera que se necesitan más datos y un exámen muy tenido para poder negar rotundamente lo que dice Gaume, esto es, el eruditísimo autor de la *Historia de la Familia, La Revolucion, El Catecismo de la Perseverancia*, etc., etc.? Aunque Vd. sea un David, lo cual no consta, ¿se figura Vd. acaso que Gaume es un Goliat?

El cardenal Gotti, dominico y tomista verdadero, tratando esta misma cuestion, dice: «Esta confesion de fé (la que contiene la palabra *Filioque*), se atribuye por algunos á otro

(1) Del mencionado por Gaume.

(2) *España Sagrada*, tomo VI, disertacion I.

Concilio de Toledo, celebrado entre el primero y el segundo.» (1)

Baronio, el célebre autor de los *Anales Eclesiásticos*, opina que, por orden de San Leon, se celebraron en España dos Concilios, uno en Toledo y otro en Galicia. Y añade que la *Regla de Fé*, aprobada en estos dos Concilios, por error del colector, fué unida al Concilio toledano I (2).

Natal Alejandro, historiador eruditísimo, dice: «*La Regla de Fé*, unida á los mencionados cánones, no pertenece al Concilio Toledano I, sino á otro posterior, reunido en tiempo de San Leon, el año 447 ó el siguiente, en Toledo ó en otra ciudad de España.» (3)

Añade Natal Alejandro: «La sola mencion que se hace del Papa San Leon, indica que esta *Regla de Fé* no pertenece al Concilio Toledano I, sino á otro celebrado á lo ménos cuarenta años despues.» (4)

Y concluye este historiador: «Estas palabras (*Beatissimus Papa Urbis Romæ Leo... cujus etiam præcepto*, etc.), demuestran claramente que la *Regla de Fé*, unida al Concilio Toledano I, no se redactó en este Concilio, sino en otro celebrado en tiempo de San Leon.» (5)

Tillemont, de erudicion tan inmensa y tan respetado en esta clase de cuestiones, opina que ni áun los 20 cánones del Concilio Toledano del año 400, son de este Concilio, sino de otro del tiempo de San Leon (6).

Florez, á quien Vd. cita, y en quien Vd. pretende apoyarse, dice lo que sigue: «En el exordio de la *Regla de Fé* se nombra al Papa San Leon (*cum præcepto Papæ Urbis Romæ*

(1) Alteri Synodo Toletanæ, mediæ intèr primam et secundam. *Theologia Scholastico-Dogmatica*, tomo I, tract. 7, *De Deo Trino*, Quæst. 6, dub. 1, parte 4, núm. 28, edicion de 1781, pág. 384.

(2) *Annales*, ad ann. 447, núm. 15, et sequentibus.

(3) *Historia Eclesiástica*, Sæculo 5, cap. 5, art. 1, edicion de 1742, tomo 9, pág. 348.

(4) Lugar citado.

(5) Lugar citado, pág. 349.

(6) *Memoires pour servir á l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, tomo XV, art. 19, edicion de 1693 á 1712, en 16 volúmenes.

Leonis), que no ocupó la silla de San Pedro hasta el año 440. A vista de esto añaden, *no sin fundamento*, los Autores, que esta parte (*la assertio fidei*) es del Concilio tenido en tiempo de San Leon.» (1)

Villanuño, también citado, aunque no sé si leído por Vd., tratando cabalmente «del Concilio hispano general, reunido contra los priscilianistas, por excitacion del Papa San Leon, el año 447,» esto es, del Concilio del cual, según Vd., no habla la historia, dice: «Nada queda de este Concilio, si se exceptúa la *Regla de Fé*, transcrita arriba, al fin del primer Concilio Toledano.» (2)

Añade Villanuño: «No tengo averiguado en qué lugar se celebró este Concilio.» (3)

Ya vé Vd., Sr. Naranjo, que, contra la tan gratuita asercion de Vd., la historia *habla de este Concilio*, y los historiadores no aseguran que *no se celebró en Toledo*. ¡Con cuánta ligereza escribe Vd., Sr. Naranjo! ¿No comprende Vd. que no se debe juzgar sin conocimiento de causa?

Proposicion V.—«Todo esto prueba cuán desconocida es para los extranjeros, áun los más eruditos, la *verdadera historia* de nuestra Iglesia española.»

No niego que los extranjeros á veces se muestran poco justos con España; pero, ¿se mostrarán benévolos al leer la *Nota*, que examino, del *discurso* de Vd.? ¿Qué efecto les producirá lo que Vd. dice? ¿Los llenará de admiracion ó los moverá á lástima? ¿Qué dice Vd. que no conozcan los críticos extranjeros, á quienes Vd. censura? ¿Cita Vd. algun documento original y auténtico, ántes desconocido? ¡Vd. no piensa en semejante cosa! ¿Da Vd., al ménos, alguna explicacion ingeniosa, que presente la cuestion bajo un nuevo punto de vista? ¡Ni aún esto hace Vd.! Lo que Vd. dice, que es todo vulgar, no arroja luz sobre nada.

Vd. dirá acaso: «Es que yo soy modesto y no salgo de mi

(1) *España Sagrada*. Lugar citado, núm. 72, pág. 80.

(2) *Summa Conciliorum Hispaniæ*, Tomo I, edicion de Madrid, 1785, pág. 182.

(3) Lugar citado, pág. 184.

humilde esfera.» ¿Modesto? ¿Humilde esfera? Entónces, ¿cómo se atreve Vd. á refutar á Gaume, á Perrone y á los *muchos* teólogos extranjeros, de que habla? Se comprende que hubiera Vd. podido impugnarme á mí, sin salirse de su humilde esfera; pero, ¿puede Vd. continuar hablando así, después de haber osado encararse con Perrone y Gaume, con Tillemont y Pagi, con Natal Alejandro y áun con el mismo Baronio? Cuando se toca á las armas de Orlando, es preciso probar que no faltan fuerzas para moverlas.

Los historiadores extranjeros, á quienes Vd. censura, conocen lo escrito por nuestros grandes críticos, Loaisa, Carranza, Aguirre, Villanuño, Florez, Tejada y Ramiro, etc., etc. ¿Les dice Vd. algo que no sea lo que ya saben? ¿Les demuestra Vd. que ignoran algo de lo que ya se ha dicho, ó que pecan por falta de diligencia, no leyendo lo que en nuestro favor se publica?

¿Quiere Vd. que los extranjeros sean más españoles que nosotros, ó que sepan lo que nosotros mismos no les decimos, porque lo ignoramos? En vez de criticar á los extranjeros, lo que ha de hacer Vd. es facilitarles los datos que necesitan y que con tanta avidez buscan. Déjese Vd. de repetir lo que todo el mundo sabe; sepúltese en nuestros antiguos archivos, revuélvalos una y cien veces, encuentre en ellos alguna perla no conocida, muéstrela al público, y ya verá cómo se lo agradecen los eruditos de España y del orbe entero.

Pero, ¿es esta la ocupacion de Vd.? ¡Quiá! Vd. ha escrito una *Nota* y un *discurso*. La tal *Nota* ya se va viendo lo que es. En cuanto al *discurso*, básteme indicar, que además de estar lleno de..... *equivocaciones*, como las de la *Nota*, deja Vd. vacíos tan numerosos como notables. Lea Vd. la *Historia de los Heterodoxos españoles*, del Sr. Menendez Pelayo, y ya verá cuántas cosas ha dejado de decir que podría y áun debería haber dicho en su *Discurso sobre la Historia de la Teología en España*. Aunque Vd. no escribía un libro, omitiendo datos inútiles y observaciones vagas, que no escasean, hubiera tenido espacio, más que suficiente, si no para decir cosas nuevas, al ménos para indicar muchísimas cosas importantes, que no indica.

En su discurso de Vd., página 12, se dice lo siguiente: «En ese gran cuadro del *desarrollo histórico del dogma*, de la disciplina y de la *moral*, etc.»

¿Qué es esto? ¡*Desarrollo histórico del dogma y de la moral!* ¡Desarrollo de lo que no es humano, sino divino y revelado por Dios! Ya sé que Vd. peca aquí, no por malicia, sino por falta de exámen; pero, aunque así sea, permítame Vd. decirle que este *lenguaje evolutivo* podrá ser de la escuela hegeliana ó del *transformismo* de Haekel; pero no de Santo Tomás ni aún del célebre teólogo malagueño, Sr. Benitez. Crea Vd. que hablando del *desarrollo histórico del dogma*, no convertirá fácilmente á los Perrone y los Gaume, los Pagi y los Baronio. La locucion que rechazo, que podrá verse con frecuencia en libelos racionalistas, no puede oirse nunca en las cátedras del Seminario de Málaga. Si, como Vd. mismo dice, «es verdad que su *discurso* fué escuchado con marcadas muestras de satisfaccion y juzgado tan favorablemente, etc.» (1), seria porque, ó Vd. dejó de leer la frase evolutiva señalada, ó su respetabilísimo público, los superiores, catedráticos y alumnos del Seminario, por estar cansados ó distraidos, de seguro no la oyeron. En las escuelas verdaderamente tomistas no hay *desarrollos históricos del dogma*.

Una pregunta para terminar este punto. ¿Si será muy antiguo y muy español eso del *desarrollo histórico del dogma y de la moral*? ¿Si estará tambien esta *fórmula evolutiva* ó darwinista en la *Regla de Fé* del primer Concilio de Toledo?

Proposicion VI. — «*Ménos disculpa* merece la *ligereza* del teólogo español, presbítero D. Miguel Sanchez, que en este punto *se separa más aún de la verdad histórica* que los *mismos extranjeros.*»

Aquí, Sr. Naranjo, me pinta Vd. como hombre que se separa bastante de la verdad, y hasta como no buen español. Pero, ¿qué razones tiene Vd. para pintarme así? ¿Es que usted pinta como quiere? Pronto lo hemos de ver.

Yo, haciendo lo que los teólogos suelen llamar *brevis sy-*

(1) *Discurso*, página 5.^a, dedicatoria.

nopsis historica, al tratar de la adopción de la palabra *Filioque*, cité el Concilio de Nicea de 325, el Constantinopolitano I de 381, el Toledano VIII de 653, el Lateranense de 1215, el Lugdunense de 1274 y el Florentino de 1439 (1).

¿No es esto suficiente? ¿Se necesita más? ¿Estaba yo obligado á escribir una larga disertación histórico-crítica, como la de Florez, por lo ménos, en la cual se planteasen, examinasen y resolviesen todas las cuestiones relativas á la palabra *Filioque*? ¿Olvida Vd. que mi obra no es sino un compendio? ¿No comprende Vd. que si me hubiese detenido tanto en la palabra *Filioque*, hubiera tenido que hacer lo propio al tocar el turno á las palabras *Consustancial*, *Theotócon*, *Hypóstasis*, las dos naturalezas, las dos operaciones, etc., etc., con lo cual hubiese tenido que aumentar muchísimo el volumen de mi obra? ¿Cómo, pues, me exige Vd. lo que con razón no puede exigirme?

Por otra parte, Vd. que por tan tomista se tiene, ¿cree acaso que el mismo Santo Tomás fué en esto más explícito que yo? Aunque Vd. hace tantos alardes de *tomismo*, por si, como temo, no ha leído á Santo Tomás, voy á recordarle lo que dice.

Examinando el santo doctor la cuestión presente, se expresa en estos términos: «Como en la época de los antiguos Concilios (2) no había nacido aún el error de los que decían que el Espíritu Santo *no procedía del Hijo*, no fué necesario que esto se declarase explícitamente» (3).

Y, esto sentado, añade Santo Tomás: «Pero después, habiendo aparecido el error de algunos, en cierto Concilio reunido en las partes occidentales (4), se expresó con la autoridad del Romano Pontífice» (5).

(1) *Cursus Theologiæ Dogmaticæ*, parte 3.^a, trat. 8, punt. 9, pág. 431.

(2) *Tempore antiquorum Conciliorum*.

(3) *Non fuit necessarium quod hoc explicite poneretur. Summa Theologica*, 1.^a part. 3.^o, quæst. 36, art. 2.^o, ad. 2.^o

(4) *In quodam Concilio in occidentalibus partibus congregato*.

(5) *Expressum fuit auctoritate Romani Pontificis. Lugar citado, immediate post.*

Ya ve Vd. que Santo Tomás, nuestro angélico maestro y sol de nuestras escuelas, habla sólo *de las partes occidentales* y ni siquiera nombra á España. ¿Dirá Vd. por esto que Santo Tomás es extranjero ó mal español? Lo único que Vd. y yo debemos decir, es que la Teología ó la Ciencia de Dios no es española, ni francesa, ni italiana, sino católica ó de la Iglesia entera.

Gotti, teólogo tan clásico y de tanta autoridad entre los tomistas, dice: «Lo que como más probable se cree, es que la palabra *Filioque* fué añadida al Símbolo por primera vez en la Iglesia de España, al fin del siglo VI.» (1)

Natal Alejandro, también tomista y muy erudito, se expresa así: «Se refiere (*legitur*), que la palabra *Filioque* fué adoptada por primera vez en España, en el Concilio Toledano III, celebrado el año 589.» (2)

En fin, San Alfonso de Liguorio, á quien Vd., en estilo del Sr. Cascallana, no del Sr. Benitez, llama el *Benjamin de los Doctores de la Iglesia* (3), al tratar de la adopción de la palabra *Filioque*, cita los Concilios generales y *ni siquiera menciona* los particulares ó de Toledo (4).

¿Creerá Vd., quizá, que San Alfonso de Liguorio no conocía los Concilios Toledanos? ¿Supondrá Vd. que era poco afecto á España este santo doctor, que tan exento estaba de toda clase de malas pasiones, que tanto amaba la verdad y la justicia, que con tanta rectitud y tanta imparcialidad juzgaba, y que, por añadidura, además de tener en mucho á los teólogos españoles, parecía discípulo y hasta comentarista de nuestros célebres Salmanticenses? (5)

Ya ve Vd. que mi pecado ante Vd. consiste en haber tratado la cuestión presente como la tratan los grandes teólogos

(1) Lugar citado, dub. 2.^o, par. 3.^o, núm. 13. pág. 368.

(2) *Historia Ecclesiastica*. Sæculo 4, dissert. 37, art. 3.^o, edic. de 1742, tomo VIII, pág. 183.

(3) *Discurso*, pág. 32.

(4) *Istoria dell' Eresie*, tomo III, confutaz. 4, par. 1.^o, núm. 10, edicion de Bassano 1838, págs. 76 y 77.

(5) Véase mi *Prontuario de la Teología Moral*. Prólogo.

Perrone y Gaume, Natal Alejandro y Gotti, y los doctores de la Iglesia Santo Tomás de Aquino y San Alfonso de Ligorio. Con tan buen escudo, las censuras de Vd., autor *in fieri*, no han de hacer mucho daño.

Vd. dirá quizá que yo no halago la vanidad española. Si así fuese, si Vd. dijese esto, tendría muchísima razón. La teología es para defender la verdad católica, no para halagar vanidades de ninguna especie. La falsa teología, que se dedica á halagar vanidades nacionales, si halaga la vanidad galicana, lleva al *galicanismo*, que tanto mal ha hecho á la Iglesia católica; y si halaga la vanidad española, da lugar al *hispanismo*, que tantas veces ha intentado levantar la cabeza. Los Concilios Toledanos son importantísimos; pero, como Vd. no debe ignorar, los que les dan más importancia de la que tienen, no suelen proceder con muy sana intención. Vd. no ha visto bien esto, y, por no haberlo visto bien, muestra excesivo entusiasmo, al hablar del primer Concilio de Toledo.

Vd., que se jacta de ser discípulo de Santo Tomás, debería recordar que, según nuestro angélico maestro, el Concilio occidental ó español, fuese el que fuese, no adoptó la palabra *Filioque* sino *por autoridad del Sumo Pontífice* (1). Diciendo esto, que es la verdad, se conjura todo peligro; por el contrario, suponiendo, como Vd. lo supone, que un Concilio particular, el primero de Toledo, por sí y ante sí, resolvió una cuestión de dogma, además de suponer lo que no es cierto, se abre una brecha por la cual la vanidad y la soberbia pueden hacer entrar muchas cosas.

Gaume, cabalmente en el pasaje que Vd. le censura, se limita á decir que el Concilio Toledano de 447 no hizo otra cosa que aceptar y reproducir la fórmula que, en su carta á Santo Toribio, había dado el mismo Papa San León. Esto, aunque haya sido reprobado y aún calificado de erróneo por Vd., es muy fundado; y, por añadidura, está enteramente conforme con la doctrina de Santo Tomás.

Proposición VII.— «Este teólogo español, al tratar la

(1) *Summa Theologica*. Prima parte, Quæst. 36, art. 2, ad. 2.

cuestion presente, despues de citar los Concilios de Nicea y Constantinopla, pasa al Concilio VIII de Toledo, *como si nada se hubiese hecho* en los Concilios anteriores al VIII, especialmente en el primero, *en el que, como es sabido* (1), se estableció y se usó por primera vez la palabra *Filioque*.»

Sr. Naranjo, ¿está Vd. seguro, tan seguro como aparenta, de que en el primer Concilio de Toledo, celebrado el año 400, *se estableció y se usó por primera vez* la palabra *Filioque*? ¿Ha meditado Vd. bien lo que dice?

Santo Tomás, nuestro maestro, sentando un principio que, por lo visto, Vd. no tiene presente, dice: «Cada Concilio ha redactado un Símbolo especial, correspondiente al error que condenaba.» (2)

San Alfonso de Liguorio, declarado Doctor de la Iglesia por Pio IX, proclamando el mismo principio de Santo Tomás, dice: «La Iglesia no forma definiciones de fé, sino cuando nacen nuevos errores.» (3)

Segun este principio, que, como Vd. ve, es de Santo Tomás y de San Alfonso de Liguorio, para que el primer Concilio de Toledo hubiese podido adoptar la palabra *Filioque*, era necesario que ántes del año 400 hubiese existido la heregía de los que negaban que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Y ¿se atreverá Vd. á afirmar que esta heregía existia ya á fines del siglo IV?

El mismo Santo Tomás asegura que este error no era conocido *en el tiempo de los antiguos Concilios* (4). Y ¿no era el año 400 el tiempo de los antiguos Concilios?

El cardenal Gotti, tan competente en la materia, afirma

(1) ¿Quién lo sabe?

(2) In quolibet Concilio institutum fuit Symbolum aliquod propter errorem aliquem, qui in Concilio condemnabatur. *Summa Theologica*, Prima parte, Quæst. 36; art. 2, ad. 2.

(3) La Chiesa non forma difinizioni di fede, se non in caso di errori nascenti. Lugar citado, párf. 2.º, núm. 14, págs. 78 y 79.

(4) *In tempore antiquorum Concilium nondum exortus fuerat error*. Lugar citado.

que «no están conformes los historiadores al señalar el primer autor de este error.» (1)

Ha habido quien crea que el primer autor de esta heregía fué Macedonio, de fines del siglo IV; pero Frassen, teólogo muy respetable, citado por Gotti, dice que el fundamento de esta opinion es una carta de Justiniano, obispo de Sicilia, á Pedro obispo de Antioquía, *que se lee en el quinto Concilio general*, en cuya carta, por equivocacion material, se lee *spirat*, donde segun algunos varones doctísimos (2), se deberia leer *separat*. Gotti, que acepta esta explicacion, advierte que la cree muy conforme con el error de Macedonio; que los autores que han hablado de este heresiarca, no le han atribuido el error de los que dicen que el Espíritu Santo procede de sólo el Padre, y que, en fin, él, Gotti, consultando las actas del Concilio V general, no ha encontrado la carta mencionada (3).

Otros historiadores, como Cabasutti (4), opinan que el primer autor de este error fué Nestorio (5). En este caso, la heregía en cuestion no pudo ser condenada en el Concilio Toledano del año 400, por la sencilla razon de no haber nacido sino muchos años despues, ó del 420 al 430.

Por último, Gotti sostiene que la opinion *más probable y más verdadera* es que el primer autor de este error fué Teodoreto, que si primero fué condenado con Nestorio en el Concilio de Efeso, más tarde se retractó y fué proclamado católico en el Concilio Calcedonense, el año 451 (6). Admitiendo esta opinion, la más probable y más verdadera, segun Gotti, el error de que se trata, tampoco pudo ser condenado en el Concilio I de Toledo, como Vd., Sr. Naranjo, afirma, porque cuando se celebró este Concilio, el año 400, Teodoreto, que habia nacido el 387, no tenia más que *trece años*.

(1) Non conveniunt historici, in assignando ejus erroris primo auctore. *Theol. Schol. Dogm.*, tomo I, trat. 7, quæst. 6, dub. 1, parte 1, núm. 1.

(2) Quidam viri doctissimi.

(3) Lugar citado, *immediate post*.

(4) *Notitia Conciliorum*.

(5) Gotti, lugar citado, núm. 2.

(6) Lugar citado, núm. 3.

San Alfonso de Ligorio, Doctor de la Iglesia, como San Agustín y San Jerónimo, asegura que «los eruditos no han averiguado aún quién fué el primer autor de esta heregía.» (1)

No sabe, pues, nadie, y por lo tanto, ni Vd. tampoco, cuándo comenzó la heregía, á la cual ahora me refiero. Y si ignora Vd. cuándo comenzó, si no sabe si existía ya el año 400, ¿cómo se atreve Vd. á afirmar que fué rechazada en un Concilio de Toledo, celebrado en dicho año? ¿Osará Vd. negar el principio sentado por Santo Tomás y San Alfonso de Ligorio, según el cual, como ya hemos visto, «la Iglesia no forma nuevas definiciones de fé sino cuando nacen nuevos errores.» ¿Va Vd. ya comprendiendo, Sr. Naranjo, que mi *ligereza* consiste en no afirmar *ligeramente* lo que de un modo tan *ligero* afirma Vd.?

Por otra parte, Sr. Naranjo, Vd. habla del primer Concilio de Toledo y de sus actas, con algo más que excesiva seguridad. Si Vd., en vez de afirmar con tanta facilidad lo que no puede afirmarse, consultase, por ejemplo, á Nicolás Antonio, que era eruditísimo y además español, vería que hasta se duda si el Concilio mencionado se celebró en Toledo ó en Galicia (2).

El mismo Florez, que tanto se esfuerza por defender el primer Concilio de Toledo y sus actas, como era verdaderamente erudito, haciendo justicia á la opinion contraria, dice: «De lo que resulta que, no sólo no consta lo que se actuó en el Sínodo del año 400, hizo que puede dudarse si se tuvo *en Toledo.*» (3)

El P. Mariana, tan respetado en todas partes como historiador y como teólogo, al tratar del Concilio I de Toledo y de lo que en él se hizo, no menciona siquiera la palabra *Filioque* (4).

(1) Non si e appurato sinora dagli eruditi chi sia stato l'autore di questa eresia. *Historia dell'Eresie*, lugar citado, pág. 67.

(2) *Bibliotheca Vetus*, lib. 2, desde el núm. 150.

(3) Lugar citado, núm. 33, pág. 61.

(4) *Historia de España*, lib. IV, cap. XXI.

En cambio, el mismo P. Mariana, poco después, asegura que en el Concilio III de Toledo «por expresas palabras se dice que el Espíritu-Santo procede del Padre y del Hijo.» (1)

Bellarmino, el célebre Bellarmino, dice que la *Regla de Fe*, en que se halla la palabra *Filioque*, fué indebidamente añadida al Concilio Toledano I (2).

Baronio, el autor de los *Anales Eclesiásticos*, nada menos, cree que la indicada *Regla de Fé*, por error, fué atribuida al Concilio Toledano del año 400 (3).

Del propio dictámen es Bataglini, historiador y crítico de grandísima autoridad y competentísimo en esta materia (4).

Si no bastan á Vd. estas citas, ó estos testimonios, puede consultar aún á Pagi (5), Tillemont (6) y Natal Alejandro, ya varias veces citado.

¿Dirá Vd., quizá, que estos historiadores son *extranjeros*? Esto sería hasta absurdo; pero, por si acaso, como todo es de temer, citaré autores no extranjeros ó españoles. Para no extenderme demasiado, no citaré sino los autores que Vd. cita. Así se verá con cuánta *ligereza* cita Vd. y con cuánta cautela deben leerse sus citas. ¡Cita Vd. tan á ojos cerrados!

Para mayor claridad, examinaré una por una las citas de autores españoles que Vd. hace. De esta manera, siendo cada cita de Vd. objeto de una proposición especial, nada será tan fácil como el ver la diferencia que hay entre lo que los autores citados por Vd. dicen, y lo que Vd., por *ligereza*, no por otro motivo, les hace decir.

Observará Vd. también que, si Vd. se limita á nombrar á los autores, yo, haciendo lo que la lógica y la crítica exigen, lejos de contentarme con nombrarlos, lo cual sería muy fá-

(1) Lug. cit., lib. V, cap. XV.

(2) *De Concilio*, lib. II, cap. VIII, ad. 11.

(3) *Annales*, año 447, núm. 15 et sequentibus.

(4) *Istoria Universale dei Concilii*, q. 217 y 218.

(5) *Crítica historico-chronologica in Annales Baronii*, in hunc locum.

(6) *Memoires pour servir a L'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*. tomo XV, art. 19.

cil, me tomo la pena de señalar la obra, y hasta la página en que se pueden ver mis citas, lo cual es bastante más trabajoso. Yo adopto este sistema, porque es el que siguen los críticos que de veras huyen del error y buscan la verdad. *Qui bene agit non odit lucem.*

Proposición VIII.—«Florez refiere que en el Concilio Toledano del año 400 se estableció y usó por primera vez la palabra *Filioque.*»

Esto es lo que Vd. hace decir á Florez; lo que realmente dice Florez es:

1. Que «el colector de las actas del primer Concilio de Toledo, en la conformidad que hoy las tenemos, escribió al fin del siglo V.» (1)

2. Que esta es una materia «en la cual, no sólo el todo, sino cada parte está cubierta de tales dificultades y ofuscada con tantas complicaciones, que, no sólo no se tiene por cierto que todas fuesen Acciones del Concilio I Toledano, sino que, dando casi por supuesto no ser suyas las más, culpan al colector, por haber juntado en uno lo que afirman pertenece á diversos Concilios.» (2)

3. Que, como en el exordio de la *Regla de Fé* se nombra al Papa San Leon (3), que no ocupó la Silla de San Pedro sino el año 440, «á vista de esto añaden los autores que esta parte (la que contiene la palabra *Filioque*) es del Concilio tenido en tiempo de San Leon.» (4)

4. Que «esto procedía bien, si el documento fuera puramente original; pero él mismo declara no ser así, sino interpolado por un colector del fin del siglo V, el cual añadió de suyo algunas cláusulas.» (5)

5. Que «resta otra grave dificultad, porque así como es lo más comun de los autores el remover del Concilio I de

(1) *España Sagrada*, tomo VI, Disert. I, núm. 10, págs. 53 y 54.

(2) Lugar citado, núm. 32, págs. 60 y 61.

(3) Cum præcepto Papæ Urbis Romæ Leonis.

(4). Lugar citado, núm. 72, pág. 80.

(5) Lugar citado, núm. 93, pág. 88.

Toledo esta *Regla de Fé*, tambien lo es el que la palabra *Filioque*, se ingirió *por mano más moderna.*» (1)

¿Ve Vd. ya qué es lo que realmente dice el eruditísimo padre Florez? ¿Comprende Vd. cuánta diferencia hay entre lo que Florez *refiere* y lo que Vd. le hace *referir*?

Vd. dirá acaso que Florez se esfuerza por demostrar que su *opinion*, favorable á la de Vd., no carece de sólidos fundamentos; pero, ¿niega, como niega Vd., los fundamentos de la opinion opuesta? ¿Dice que están en un *error* los que, como Gaume y Perrone, no afirman que la palabra *Filioque* se adoptó en el Concilio I de Toledo? En fin, ¿asegura, como usted, que proceden con ménos disculpable ligereza y se separan más de la verdad histórica los que, como yo, no admiten como cierto lo que es incierto?

El P. Florez, que era muy erudito y que conocia bien la cuestion, no podia dejar de conocer y confesar sus dificultades. Por esto no habla con la *ménos disculpable ligereza* con que ha hablado Vd.

Proposicion IX.—«Aguirre *refiere* que la palabra *Filioque* se estableció y usó por primera vez en el Concilio Toledano del año 400.»

Lo que dice el doctísimo cardenal Saez de Aguirre es lo siguiente: «Si alguno, siguiendo á Baronio, creyese que la *Regla de Fé* no fué propuesta en este Concilio (en el de 400), sino mucho despues, en tiempo de San Leon, no será absurdo *ni el concederlo ni el negarlo.*» (2)

Como Vd. ve, Sr. Naranjo, Aguirre no resuelve la cuestion ó no *refiere* lo que Vd. con bastante *ligereza* le hace referir.

Proposicion X.—«Villanuño *refiere* que la palabra *Filioque* se estableció y usó por primera vez en el Concilio Toledano del año 400.»

(1) Lugar citado, números 107 y 108, pág. 93.

(2) Si quis vero cum domino cardinali Baronio velit, *Regulam* illam non fuisse propositam in hoc Concilio Toletano I, sed longe postea, tempore Sancti Leonis, nihil absurdi erit in eo concedendo, sicuti neque in negando. *Collectio maxima Conciliorum Hispaniæ*, tomo II, dissert. 5, *nota in Concil. Tolet. I*, núm. 28, edicion de Roma 1693-94, pág. 149.

Lo que en verdad dice ó *refiere* Villanuño es lo que sigue:

1. Que «Loaisa publica una *Regla de Fé* que los padres españoles (1), segun se dice, enviaron á Balconio, obispo de Galicia, *con precepto del Papa Leon*. Pero, conviniendo todos los eruditos en que este Concilio fué el primero de Toledo, celebrado en el primer año del consulado de Stilicon, el 400, *no pudo esta Regla de Fé ni redactarse ni enviarse con precepto del Papa Leon, que no ocupó la Silla de San Pedro, sino despues del año 400.*» (2)

2. Que, «como en todas las colecciones la *Regla de Fé* sigue al Concilio Toledano I, él, Villanuño, la coloca tambien en este lugar.» (3)

3. Que «nada es tan glorioso para nuestros padres (*Patribus nostris*) como la palabra *Filioque*, que se lee en la *Regla de Fé.*» (4)

Nótese bien que dice *Patribus nostris* y no *Patribus toletani primi*. Esta diferencia es bastante esencial.

4. Que «debe tener presente el lector que tanto la *Regla de Fé* como la *sentencia definitiva* (que se encuentran en las actas) fueron compendiadas por no sé qué colector del siglo V, que imprudentemente mezcló algunas cosas, *posteriores al Concilio*, que han molestado no poco á los críticos.» (5)

5. Que Florez «describe con tanta minuciosidad las *acciones* del Concilio Toledano I, como si hubiese asistido á tan venerable asamblea como secretario encargado de redactar sus actas.» (6)

6. Que Florez, «habiendo vivido trece siglos despues del Concilio y no presentando ningun documento contemporáneo, ni de época posterior, que le sea favorable, sufra con

(1) *Hispaniæ Patres.*

(2) *Summa Conciliorum Hispaniæ*, tomo I, *Concil. Tolet. I*, núm. 20, edicion de Madrid, 1785, págs. 146 y 147.

(3) Lugar citado, núm. 20, págs. 147 al fin.

(4) Lugar citado, *Nota A.*

(5) Lugar citado, págs. 183 y 184.

(6) Lugar citado, pág. 151. *Nota A*, al fin.

paciencia que no hagamos caso de su descripción, por no emplear palabras más duras.» (1)

Tenemos, pues, que Villanuño no sólo no *refiere* lo que Vd., Sr. Naranjo, le hace *referir*, sino que hasta refuta, y con bastante energía, por cierto, al P. Florez, que tanto se esfuerza por llevar adelante su opinion. ¿Había Vd. leído á Villanuño, al citarlo? ¿Con cuánta precipitación lo leería Vd.! ¿Lo citó Vd. sin haberlo leído? ¿Cuán poco disculpable ligereza! ¿Citar así en un discurso que se había de dedicar nada ménos que al rector del Seminario de Málaga!

Proposición XI y última.—«La Fuente *refiere* que la palabra *Filioque* fué adoptada por el Concilio Toledano I.»

Esto es verdad; pero falta añadir:

1. Que La Fuente (D. Vicente), escritor católico de grandísimo mérito, dijo esto, siendo muy jóven y sin examinar de propósito y detenidamente la cuestión.

2. Que se apoya sólo en la *Regla de Fé*, que aparece entre las actas del Concilio Toledano I, *Regla* que, como ya hemos visto, en cuanto á su fecha, no es cosa cierta, ni muchísimo ménos.» (2)

De lo cual resulta, que la única cita exacta que Vd. hace, no prueba nada, por no ser sino una aseveración, hecha como de paso, con suma brevedad, y no confirmada con razones sólidas ni autoridades respetables.

III.

Sr. Naranjo, ya he molestado á Vd. mucho y voy á terminar. Omito bastantes cosas; pero no todo se ha de decir de una vez. Si Vd. continuase hablando *ligeramente* de una

(1) *Patienter ferat, illius descriptionem nos procul amandare, ut á duriori verbo temperemus.* Lugar citado, pág. 150. *Nota.*

(2) La Fuente, *Historia Eclesiástica de España*, tomo I, cap. 5, párrafo 31; edición de Barcelona, 1855, pág. 92.

ligereza que, gracias á Dios, no existe, ya continuaria yo mi tarea, hasta conseguir curar á Vd. de una enfermedad moral que le está haciendo no poco daño. Punto, pues, por hoy y..... hasta otra, si Vd. lo quiere.

Yo no hubiese pensadò siquiera en contestar á Vd., porque lo que Vd. dice contra mí, como ya le he demostrado, vale bien poco; pero si Vd. reflexiona algo, advertirá muy pronto que mi contestacion no es para Vd., sino para dos líneas de su discurso, en las cuales se asegura que su publicacion *ha sido ordenada* por el rector del Seminario de Málaga (1).

Esto, Sr. Naranjo, es imposible, de todo punto imposible. En este punto, como en muchos otros, su memoria no le es del todo fiel. Vd., sin duda, escribe dedicatorias, como cita canonistas é historiadores, esto es, dejando correr la pluma ó con no disculpable *ligereza*.

Vd. se equivoca. El seminario de Málaga no tiene fondos para costear impresiones, y, aunque los tuviese, no aceptaria jamás, como suya, una disertacion en la cual hay notas tan absurdas y tan inconvenientes como la que acabo de examinar.

Verdad es que, segun se me asegura, hay motivos para dudar si Vd. leeria su famosa *Nota*, al leer su discurso. Si así fuese, se explicaria lo que de otro modo seria hasta inconcebible. Admitida esta tan racional suposicion, pudiera creerse que Vd. no leyó ni hizo ver su *Nota*, hasta que pudo mostrarla en letras de molde. La censura no hubiese podido aprobar nunca una *Nota*, como la de la página 16, tan llena de falsedades y cosas inconvenientes.

Concluyo haciendo á Vd. una advertencia, que pudiera serle útil. Ya habrá Vd. visto que no he refutado las 35 páginas de su *Discurso*, sino única y exclusivamente 23 líneas de la página 16. Lo demás lo dejo, no porque no tenga vacíos, que pudieran llenarse, sino porque no me proponia sino defenderme, rechazando una agresion, que acaso sea única en su género.

(1) *Discurso*, pág. 6.

Dispéñseme Vd., Sr. Naranjo, la molestia que le ocasiono,
y considéreme siempre como su seguro servidor y afectísimo
capellan, Q. S. M. B.,

MIGUEL SANCHEZ,

Presbítero.

Madrid 7 de Agosto de 1880.





POLYSTORIA.



Al entrar en un estudio se suscitan mil problemas, y en su desarrollo, las dificultades frecuentemente acrecientanse con pesadumbre injente al ánimo sintetista; si esto sucede en los estudios que por algun concepto tienen carácter determinado, al tropezar con una tesis, cual representa el título de estas líneas, sube de punto, pues no es el recuento de leyendas mitológicas ni ménos la divertida y amena digresion de novelas que interesen á la imaginacion con sus episodios brillantes; tampoco la agradable reflexion por un curso paulatino de las diversas manifestaciones de un sér; es, más que todo eso, la meditacion sobre mil distintas concepciones de la vida en un período intrincado de la historia, es el juicio que trata de ajustarse como fallo del juez severo, que se sienta en la sede Pitónica y juzga los pueblos como Anfiction, dirige sus miras como el Areópago, y sanciona como la historia universal de todas las gentes, toma el premio que les dan sus divinidades, el consejo que les dictan los sábios, y su vida la desenvuelven para eterno lauro y leccion constante de los hombres.

Nada para su exacto conocimiento como delinear el con-

cepto que mereció á algunos la sucesion de los actos, los hombres y pueblos en ese escenario inmenso que constituye el teatro sucesivo de las edades, la razon de los acontecimientos que en la esfera social concitan y la viva contemplacion de todo el estro que á unos inflama, de enardecimiento artístico que inspira á los más, de ese estímulo que lleva á tantos á referir y perpetuar, con las grandezas de su estilo y de su genio, la concepcion típica de la generacion que representan. En este concepto y en atencion al curso de las ideas, de conformidad con la época, ver en ligero bosquejo, cómo los contemporáneos al siglo XVII presintieron la historia, cómo la concebían, y luego ver cómo los ingenios se han aplicado para darnos un espejo fiel de la misma edad, una historia verídica del citado siglo, es un cuadro difícilísimo que se llena de atractivo como de enigmas, al que no puede examinar todas las fuentes, y ha de tomar por lo tanto algunos juicios de los estéticos, siguiendo determinado sistema.

I.

Siempre que se habla de los pueblos extremos de Europa, se les designa con un nombre genérico cardinal, y al llegar á Dinamarca, Suecia, Rusia, Holanda, parece que todos se armonizan en distinguirlos con la denominacion Norte. En este concepto han agrupado los escritores pueblos de grande historia, de grande memoria militar, de grandes esfuerzos y heroismo por su independendencia, por su cultura y civilizacion. Por esta razon, sin duda, no titubeó un juicioso escritor (1) al describir la ilustracion de varias naciones, llamarlas tambien del Norte, y como lazo que las mantenía en cierto modo unidas, presentar un rasgo característico en la vida de sus historiadores, que llegó á ser un hecho notable, la tendencia

(1) Maxmier. Du mauvement des Etudes historiques dans le Nord.

uniforme, nacional, que han seguido en sus obras y en la que se han inspirado tanto, en la que tanta erudición llegaron á reunir, y por la que, penetrando con una paciencia infinita en los dédalos de las antiguas tradiciones, llevó tras sí las emociones todas, no sólo de los historiadores, sino también de los poetas, encadenando por el único sentimiento de nacionalidad, sus recuerdos más hermosos.

Este carácter, como en otros pueblos, nótese, sobremanera, en Dinamarca desde sus principios; pero dejando ese larguísimo período, que antecede al siglo XVII, vemos que Cristiano IV se alienta en los grandes sentimientos de su patria, y deseando reproducir sus glorias nacionales, nombró por sí mismo ocho historiógrafos reales, por desgracia, ninguno de ellos capaz de escribir un libro de historia en danés: Pontanus y Meursius, extranjero, profesor de Leyde, dotado de una gran erudición, siguió en tan altos estudios: nombrado profesor en Soroe por Cristiano, dió una obra notable, *Historiæ danicæ* (1): como también escribió ántes en danés, con algun resultado, Witfeld, quien, si no perteneció al noble cuerpo de historiógrafos privilegiados, dió á su pueblo, por sus Anales, mayores servicios que todos los otros juntos (2): hombre muy docto y muy instruido, escribió, como dijo un crítico moderno, transcribiendo sus propias palabras: *simplici calamo*, impulsado por un vivo sentimiento de honra para su patria, escribió los Anales también, por el deseo de hacer se supieran y apreciasen las acciones memorables, más que movido por la esperanza de adquirirse un nombre ilustre. Su importante libro, del que Gram ha sacado notable mérito, indicando algunos errores en que el autor había incurrido, puede ser contado en el número de las obras históricas más importantes que hay en Dinamarca. Tuvo para este resultado grandes recursos; como canciller del Estado, tenía entrada libre en todos los archivos reservados del público, y merced á los muchos datos que pudo adquirir en ellos, retrató con

(1) Amsterdam, 5 vol, fól. 1638.

(2) Damarkis Regiskraenike, 1604.

grande esmero los actos oficiales, piezas auténticas, y razonándolas prudentemente, publicólas con sus textos.

Todas las historias danesas de la Edad Media tomaron á Saxo por modelo y le siguieron en sus teorías, y es de notar que, no obstante de esta afición, no tratara la historia de remontarse con preferencia á la fuente, en la cual Saxo habia bebido su ciencia, hasta el punto de no estudiarse ni el lenguaje ni la literatura de Islandia, una de las más importantes: para que se desarrollaran estos conocimientos, fué preciso llegar al siglo XVII. Entónces *Clausen* tradujo en danés la obra de Snorre; Arngrim Johnson trabajó en recoger los documentos históricos de Islandia: Ole Worm estudió los antiguos monumentos daneses y fijó las bases de la arqueología del Norte. Bartolin escribió su libro acerca de las antigüedades danesas y Torfesen sometió á una crítica severa las Sagas: comparó una con otra, separó el hecho real, el hecho histórico, y los colocó despues por órden cronológico; pero se observa que muchos de los actos que establece como ciertos, no son más que hipótesis sostenidas y fundadas en razonamientos de meras probabilidades. Su *Historia de Noruega* y su *Série de Reyes de Dinamarca*, han sido ya, sobre muchos puntos que expresan, vivamente combatidas por los sábios. No obstante, es el primer historiador que ha llevado el blando de la crítica á los recitados frecuentemente ficticios y confusos de los Sagas; éstos, pues, han repasado por la extension de sus investigaciones la línea de sus antepasados, y á la vez manifestaron el camino esplendoroso que habian de seguir sus sucesores. Tal es la grande inspiracion de los historiadores, cuyo movimiento, Maxmier confiesa que es muy bello; y á la verdad, volviéndose el pueblo sobre su historia lejana, como los héroes ennoblecidos por sus hazañas, recuerda en sus dias de expansion sus mejores alegrías; así reproducen y narran su propia vida, transmitida en generaciones valiosísimas, describen la vida de sus padres y la siguen con interés en todas las fases de la gloria y en todas sus horas de borrasca.

Los reyes de Dinamarca reanudaron por sí este movimiento intelectual é histórico de la nacion: Torfesen tradujo los do-

cumentos irlandeses ante la presencia de Federico III, que frecuentemente asistía á presenciar sus estudios; los obispos de Skalholf y de Hoolnm tenían órden de enviar á Copenhague todos los manuscritos que pudieran recoger, y Cristiano V eligió un anticuario real, y le confió la mision de compulsar los principales documentos, de traducirlos y de redactar una Historia de Islandia. Esta distinguida proteccion, sostenida por los reyes, triunfa, y aparte de los grandes trabajos del coleccionista Arne Magunssen, quien á juicio de prudentes críticos, completó la obra de sus predecesores, recogiendo de pueblo en pueblo, y visitando cuantos veneros pudo hallar de riqueza literaria, reunió todos los manuscritos y documentos necesarios para fletar una fragata con sus colecciones, que dió un manantial inextinguible á estos estudios.

Con estos precedentes llegamos á la más bella y fecunda época científica de Dinamarca, y Gram publica sus observaciones críticas sobre la historia del Norte; Schoening escribió la historia antigua de Noruega; Schlegel refiere el advenimiento al trono de la casa de Oldembourg; Holberg, viajero incansable é investigador detallado, recorriendo toda Europa como un estudiante llevando á sus espaldas el legado de familia, este poeta entusiasta en quien el Olimpo depositó la gracia de todas las musas, una imaginacion rica y una palabra abundante y cómica, escribe con verdadero conocimiento y un tacto exquisito toda la historia de Dinamarca. Es verdad que los comienzos de esta historia dejan mucho que desear, con relacion á los principios de la sana crítica; pero una vez pasados los primeros tiempos, tan confusos, á pesar de hallarse ya tan debatidos, los hechos parecen más claros y los nuevos se explican mejor. Holberg posee el talento de la exposicion, con la cual conmueve sus personajes como si realmente obedecieran á un impulso material; apenas se nota en su trabajo esfuerzo ni embarazo; su recitado es claro, sencillo, sembrado de documentos textuales, sóbrio de reflexiones, y aparte de algunos detalles débiles ante una ligera crítica, la historia escrita por Holberg es todavía la mejor que posee Dinamarca, aún sin exceptuar la de Maflet; dicha obra fué muy aplaudida desde su aparicion, y

todo lo que se ha escrito despues no le ha hecho perder su popularidad.

No es posible sustraerse al conocimiento de otros escritores en la historia de este país, un poco más tarde, porque esa série que ha precedido deja al aire su hilo, merced á los embates del viento: por esa razon vemos tan unidos á los historiadores citados otros nuevos, y éstos, en parte, completan el pensamiento capital que alienta esa noble nacion: el siglo que dió á Dinamarca más gloria, ostenta en Langebek y Sulm sus creaciones importantes, que dieron á la ciencia, como al arte, un notable impulso, dotado, para ello, el primero de una sencillez antigua, de una modestia sublime y de una paciencia á toda prueba consistente; Sulm fué en Dinamarca el rey de la ciencia, como Goethe seria despues en Alemania el rey de la poesía; pobre, teólogo, Langebek, cuyo amor al estudio le impidió terminar su carrera, apartado de la sociedad y léjos del bullicio de la córte por el plácido curso de las letras, mereció solamente desdenes y olvidos, á que se resisten su mérito y cuesta sufrimiento describir; colocado en una situacion precaria, y con extremada modestia, no podia naturalmente pedir satisfaccion á su mayor necesidad, y aunque en su *Megasin danois* se opone á los *Annales Ecclesiae danicae diplomatici*, dió á su patria con esa publicacion una importante obra histórica, cuyo valor aumentó despues con otra principal de *Esriptores rerum dannicarum medii ævi*, que es un monumento completo. Sulm, rico, generoso, amigo de las artes y viajero, formó de su casa un centro para los hombres de estudio, ayudando además toda empresa literaria, de la que oia y se convenció fué útil: abrió su biblioteca al público, cuyo bibliotecario estaba mejor pagado que el del rey, que entre los hombres más instruidos, lo fueron Thorkelin, Sandwig, Nyerup: mas, cuando perdió su hijo, quedando sin herederos, adoptó una vida espléndida, de sábio y de príncipe, rodeándose cada dia de los más renombrados escritores, de los extranjeros más ilustres, y siempre vivia trabajando sin cesar. Con todos estos elementos pudo formar su *Historia de Dinamarca* en catorce volúmenes, en cuarto, en la que se ve más conocimiento, más saber que crítica, sin adoptar

juicio alguno, con un respeto profundo á lo pasado, á la tradición, á la fábula popular, al canto del poeta: su libro, pues, no es una historia, sino un riquísimo conjunto de materiales históricos, una fuente abundante, en la que podían fijarse los historiadores futuros. Por último, ésta respira, en general, una dulce y amable filosofía, un amor profundo á la humanidad y una bondad y sinceridad de corazón, que hacen amar al que la ha escrito. A estos historiadores siguió un movimiento histórico de erudición y crítica, que se ha continuado por los siglos XVIII y XIX, en los que cada vez se arraiga más la idea y afición á los textos y publicación de los documentos íntegros.

II.

Mas al pasar de esa region á otra hermanada con la precedente por tantos puntos de vista é interés recíproco, ofrece especial contraste. Ya en el reinado de Cárlos IX revivían en Suecia las letras hasta el punto de que el mismo rey era poeta, y acerca de su vida, compuso una crónica rimada, que si bien no es de gran mérito, manifiesta aficiones estudiosas.

En la minoridad de Gustavo Adolfo, el Gobierno estableció un comité de anticuarios encargado de estudiar los anales primitivos del país, y nombró algunos historiógrafos, de los que fué uno Arnold Messenius, hijo del valiente poeta Juan Messenius, que á pesar de sus viajes y procesos, compuso una historia general de la Scandinavia, *Scandia illustrata*, ó sea *Chronologia de rebus Scandiæ*; esto es, *Suecia, Daniæ, Norwegæ, Islandiæ, Groenlandiæque tam ecclesiastici quan politicis á mundi cataclysmo primum, edita*, en Stocolmo (fól. 1.620), en la misma época en que Juan Soccenius publicó su historia de los reyes de Suecia, cuyas obras han sido consideradas durante mucho tiempo como las únicas fuentes á que podían acudir los extranjeros para estudiar la historia de Suecia.

Los reinados de Gustavo Adolfo, Cristina y Cárlos XII. dieron un tiempo de gloria, de prosperidad y desenvolvi-

nimiento á esta hermosa region; entónces los suecos habian salido de su país y entrado en relacion con las poblaciones de Alemania, uniéndose á sus cruzadas religiosas, que les dieron ideas completamente nuevas y nuevas fuentes de instruccion. Cristina habia hecho de su córte una especie de academia en la que solia presentarse y en la que se invitaba tambien á los sábios extranjeros: iba frecuentemente á Upsal, asistia á los cursos de entendidos profesores, y á la vez alentó el arte, la ciencia, la poesía y la erudicion. Estos testimonios de proteccion que en tal número concedió á los hombres de talento, no podian ménos de excitar á su derredor una grande emulacion, y fué el tiempo en que los suecos comenzaron á estudiar los nombres históricos de Islandia, continuándose así despues por más de medio siglo.

Entre las primeras publicaciones de los documentos antiguos hubo uno ante el cual los sábios sintieron cierta conmocion eléctrica, que sacándoles de su indiferencia, les hizo conocer todas las riquezas de sus archivos scandinavos, tanto tiempo olvidados. Entónces, Olaf Verelius y Olaf Rudbeck tradujeron algunos de los principales Sagas. Salanus Olofsson los imita, Bivernes se les semeja en sus *Nordiska Kaempadater*, los cuentos guerreros y romances del Norte. Pirings-Kiold publicó la *Heimskringla* de Snorre, y Goeransson se ensayó en traducir el Edda: desgraciadamente tales estudios, empezados con tanto celo, no fueron dirigidos como se debia; se adoptó sin dificultad las Sagas, que ciertamente no merecian el mayor fundamento; se publicaron sobremanera incorrectos los manuscritos y se los tradujo incompletamente: despues, las teorías históricas de Juan Magnus habian llevado el fruto y las campañas gloriosas de Gustavo Adolfo se elevaron á la alta categoría que la Suecia hacia poco habia gozado, y que en sus últimas guerras arraigaron en el corazón de los suecos un sentimiento de fiereza nacional que se quiere y llega á justificar por su propia historia.

Así, llegóse á comenzar la historia de Suecia con la llegada de Odin, con demasiada modestia, y más bien que discurrir en estos anales por los godos y lombardos, prefirieron remontarse á los orígenes llegando al génesis. En este concep-

to, los genealogistas intentaron probar el parentesco de las familias notables con los héroes de las literaturas antiguas, y los anticuarios declararon que la monarquía de Suecia era tan antigua como el mundo. El obispo Bang escribió una historia eclesiástica en la que decía que los patriarcas anteriores al Diluvio ocuparon la Suecia: Goeransson estableció una cronología de reyes desde el año 2200 ántes de Jesucristo hasta llegar al siglo XVIII, y Rudbeck empleó sus tesoros de ciencia y erudición para demostrar que Suecia era la Atlántida de Platon. Tal es el paralelismo que se nota entre aquel y este período, íntimamente unidos por las aficiones históricas y tan distintamente influidos por la razón de su estudio.

Mientras que los sábios se aventuraron así en estas grandes cuestiones, no muy bien resueltas, algunos hombres ménos ambiciosos se limitaban á relatar los hechos más recientes: Tegel escribió luego la historia de Enrique XIV, Wervirng la de Juan III, Norberg la de Carlos XII, Archenholt publicó las memorias de Cristina, y Puffendorf unió á su introducción general, la historia de Suecia, siguiendo para los tiempos antiguos el sistema de Magnus y de Soccenius, y puede decirse que hasta entónces no habia una historia de Suecia seguida y completa. Dalin emprendió esta obra importante; habia escrito un poema sobre la libertad sueca que produjo bastante sensación, y los brazos del Estado, viéndole disertar tan fácilmente acerca de las épocas de absolutismo y en las de Constitución, nada creyeron tan oportuno como confiarle el cargo de escribir su historia, asistiéndole en su trabajo con una pensión de 2.000 ducados. En sus continuados estudios propúsose poner en claro la situación primitiva de Suecia, concitando una cuestión ruidosísima en este punto y destruyendo con sus cálculos geográficos las fabulosas teorías de los anticuarios del siglo XVII: á este concepto llegó la historia en dicho tiempo para ser tan corregida en el XVIII: por lo demás, el prudente historiador hizo su recitado de fácil y de amena lectura, elegante, escrita con pluma de poeta, pero muy ligero y superficial; las gracias de estilo le granjearon cierta popularidad; los nuevos estudios históri-

cos, más serios y más profundos, las censuras de Botin. Olaf Celsius, contemporáneo de Dalin y de Lagerbring, escribió una historia de Gustavo Wassa y de Enrique XIV, historia completa, exacta y sin pretensiones, estimada del público y que todavía se la ve frecuentemente en manos de los eruditos; mas Lagerbring, aunque dotado de gran mérito, no llegó á concluir su obra.

Después, todos estos estudios históricos y otros muchos comenzados tardíamente, han obtenido grande desenvolvimiento: en los últimos tiempos, ocupan un lugar principalísimo los siglos XVI y XVII, que constituyen el siglo de oro, puede decirse, y secuela inmediata; luego Dinamarca y Alemania, tan relacionadas por un mismo orden de ideas, de conocimientos y simpatías religiosas y científicas, dieron el ejemplo de la crítica aplicada á la erudición; Suecia les ha seguido. Los filólogos han renovado los trabajos emprendidos por otros con antelación á los suyos, y la publicación de los textos ha sido desarrollada con mayor método y rectitud.

Los anticuarios modernos fijaron sobre base firme la interpretación de los monumentos, y Suecia es el punto del Norte en que se hallan más monumentos tumularios de inscripciones rúnicas; el podium de los dioses era la *Upplande*, y cuando se recorre esta provincia, cuando se mira desde la cima de este monte sacro y se observan en el valle las piedras sepulcrales levantadas en medio de sillares eternos, se diría que todos los guerreros depositaron allí sus glorias como trofeos gloriosos de sus sepulcros, ornamento idealizado para estar más cerca del Dios que los guió en el campo de batalla.

Con todo, se ve que en la historiografía no fueron las aficiones históricas más desarrolladas, las que podían servirles con mayor utilidad de lección práctica con la propia y próxima experiencia, dejando correr su pluma por los intrincados orígenes de la épica nacional primitiva, y aún teniendo á Siveburg, que publicó una preciosa colección de estos monumentos antiguos (1), Fryell, Strinnholm y Geüer, que

(1) *Sanlingerfoer Nordens Jornaelskare*, 1822.—Stock.

como Fryell tenia las cualidades de escritor grave, y cual Strinnholm la erudicion adquirida por muchos estudios, el lauro y aplauso de la córte y de la nacion toda, Suecia aún no tiene su historia completa (1). Por más que Dinamarca, Suecia y Noruega han dado ocasion y elementos (2) para formar esa necesaria y oportuna historia.

III.

En vano es buscar un fundamento racional á la historiografía del siglo XVII en los países Slavos; compuestos de muchos Estados distintos, pero unidos entre sí, no pueden buscar un ideal comun á todos ellos, una concepcion de la vida, ni una aplicacion de esas ideas siquiera que tanto impulsaron á Tácito en la edad antigua á presentar la suprema inspeccion, cuando ménos en ejemplo de los demás: no se puede estudiar, pues, la vida de estos pueblos en todo su detalle y cual es deseable, porque son escasísimas las fuentes que pueden examinarse. Hay que prescindir de este punto y ver si alguno de los historiadores posteriores se ocupa de la misma época con mayor amplitud de miras.

Aparte de algunos que nos han conservado los búlgaros, y entre ellos Drinof, procedente de la universidad de Moscou, y profesor en la de Kharkof; Stvianof, que nos dejó algunos trabajos históricos como tambien sus memorias, Panaiot é

(1) Podria citar varias obras como las Memorias de lo más notable ocurrido en Suecia desde 1645 á 55, por Linaje de Vanciennes Cologne, 1677.—Historia de Gustavo Adolfo, compuesta sobre los sucesos de la época, por Mr. Archenholtz, Amsterdam, y otras varias de este período.

(2) Etat present du Danemark, par Molesworth, London 1694.—Kong-Christian deu IV historie, sammeskreven af Niels Slangog forbeder af Haus Gram Kopenh: 1749.

Snorri. Historia Regum Norvigiae, etc.—Hannie, 1777, y otras varias de este estilo.

Hitof, los slavos sérvios sobresalen por buen número de historiadores del siglo XVII; puede llamarse á Banduri, autor del célebre *Imperium orientale* (publicada en 1711); Krijaniez, que por amor á su raza, dió en Moscou, durante el reinado del Tzar Alejandro, un libro acerca de la Rusia y de los slavos (1); continúa luego estos estudios en 1792, Raiez con su historia de los pueblos slavos, y sobre todo de los croatas, de los búlgaros y de los sérvios. Despues J. Shafafik, celebrado por sus antiguas crónicas sérvias. Pablo Jovanovicz, que dejó una historia de los acontecimientos más importantes de la historia de Sérvia desde 1459 al 23 de Setiembre de 1813, y Paulovicz su *Vida de los reyes sérvios*, ilustra en algun modo los recuerdos de esos pueblos tan poco estudiados, sin duda, porque son muy poco conocidos: todos historiadores modernos relativamente, pero estudian en detalle tambien la vida del siglo XVII, y á los que á falta de otros, en el precitado siglo es preciso acudir con buena fé.

La Croacia puede ocupar un alto rango, é ir al frente de los países slavos para los estudios históricos y filológicos, puesto que á ella se debe, sobre todos los otros Estados, que la enseñanza superior sea en el idioma nacional: cuenta hoy con publicaciones históricas de varios siglos, y aparte de la Academia de Zahreb, que publica sus memorias con el título de *Rad ingoslavenske Akademié Zuanosti i umietnosti*, una coleccion de antigüedades reunidas por notables colaboradores, tambien su *Vetera monumenta slavorum meridionalium*, y los monumentos de los archivos venecianos, con otras publicaciones históricas, entre las que no es ménos importante la notable coleccion que fundó en 1856 Konkoulieviez; los archivos de historia yugo slava, en todas las que ofrecen curiosísimos detalles de ese período, del que apenas se cuidaron los contemporáneos en decir nada á sus sucesores.

La literatura Tcheca (Bohemia), nada dice en esta época, durante un período de más de siglo y medio: un silencio mortal reina sobre este desgraciado país, y la parte más ilustrada de

(1) El Imperio ruso en el siglo XVII, publicada en 1859 por primera vez.

la nacion se refugiaba en el extranjero; sobre todo acudia á Holanda ó continuaba sometida en sí, sin que las obras literarias tuvieran medio alguno por donde pudieran llegar al corazon de Bohemia, tanto que, considerándose el pueblo abandonado, un ilustre escritor dice que se entregó á la desesperacion, y entónces se oyó aquel célebre *Nemeie ted' Vsudy panem ezech uj nic vice neplati*. El aleman es el señor de todo, el tcheca nada vale; pero si no entónces, hoy tenemos la historia del pueblo Tcheca, de Palacky, muy estimada y curiosa, si bien no llegó al siglo que refiero: otras publicaciones dan á este pueblo activo é inteligente su esplendor, como la *Chronologische geschichte Bohmens* (Historia cronológica de Bohemia), comenzada por Tubiezka, á quien los Estados generales confiaron esta mision, nombrándole en recompensa historiógrafo de Bohemia y académico en la Sociedad Real de Ciencias, y lo mismo en la Academia de Ciencias de Praga. Gindeley, compañero y continuador del célebre Palacky, aparte de su interesante estudio, Rodolfo II y su siglo, escribió una obra que le ha dado una autoridad europea, su historia de la guerra de los treinta años, que sin duda alguna es de las mejores que se refieren á ese tiempo.

Otros, como Constantino Jreczek, han venido á reproducir la vida del pueblo búlgaro, con una historia del mismo, que llegó á formar acontecimiento en el mundo de los slavistas, y á llenar una laguna que desde muy antiguo existia en la historia de los slavos meridionales; en ella discurre el autor por un detallado estudio de la antigua literatura búlgara, pasando despues á la conquista turca y examinando luego las tendencias panhellenicas del *faner*.

Los mejores capítulos son aquellos en que trata de la geografía descriptiva de la Bulgaria, de la vida interior de este pueblo, de su historia bajo el yugo turco, desde el siglo XVI al XVIII y del clero *fanariote*; sin embargo, no ha podido sobreponerse al exámen de la crítica, y ésta le ha señalado algunas omisiones y errores.

Los sérvios Loujitché que habitan á un extremo de Sajonia y del Brandebourg, que parecian tan germanizados como los otros slavos, ignoraron durante mucho tiempo su exis-

tencia; no obstante esta tierra innota tuvo un pastor *Ienez*, que publicó su historia de los reyes sérvios y la historia del lenguaje y de la nacionalidad sérvia, en la que con gran talento estableció los títulos históricos que dan á los sérvios el derecho de tomar su puesto entre los demás pueblos slavos.

Los escritores de la pequeña Rusia comprendieron mejor que los slavos la tarea que les cupo, y estudiaron la historia de su país, la vida del pueblo, y no se desdénaron en escribir libros, aunque fueran elementales; pero Zubricki publicó la historia del principado de Galicia, cuyo asunto trató también Petruszewiecz. Indudablemente había ya entonces en Polonia cronistas, pero no levantaban la historia á un alto rango; Wapwsky, Kromer y Strikowski, son de un mérito muy inferior á Duglosz: mas los jesuitas se apoderan del movimiento de las ideas, le amparan y sostienen, y siguiendo los impulsos tradicionales de las familias, levantan la genealogía y la heráldica al puesto que jamás tuvo; desgraciadamente no pudieron cortar su ascendente vuelo, y se vió que en alas de ilusiones más bien fingidas que reales, todas las familias ostentaban un abolengo histórico cada vez más exagerado, hasta llegar á los tiempos bíblicos; así no es difícil ver á la historia escrita por historiadores mal alentados en los principios de esta ciencia, no hicieran nada por el desarrollo de la misma, sino, según la oportunidad del momento, un panegírico convencional; este defecto capital casi invade á todos, pero no de tal modo que la anule por completo, pues hállanse en algunas, preciosas enseñanzas; tales son las Armerías de los caballeros polacos y de Paprocki, y la Korona polska del jesuita Niesecki. Por lo demás, las Memorias de Pasek fueron objeto de la indiferencia más completa.

Atendidas las inclinaciones de aquella sociedad, muy llevada por el deseo de emparentar con los héroes de la épica antigua, la vida desordenada y turbulenta, exigíales una tensión incesante de espíritu y de nervios, que dió lugar á la exhibición de las individualidades; entre tanto, la crónica desapareció para dar lugar á las Memorias, de las que las más curiosas son las de Pasek, y sobre todo de Matuszeéwicz,

descubiertas y publicadas por el profesor Pawinski (Varsovia 1876).

Es Pasek el tipo perfecto del Szlachcic, del soldado gentil que ha hecho las campañas en Suecia y Rusia, y que en las dietas estaba siempre dispuesto á beber y á jugar; pero apenas se leen, sino con tristeza, ciertos detalles, como por ejemplo, la descripción del encuentro que tuvo lugar entre las tropas confederadas de Lubomiski y las del rey, ó bien la elección de Miguel Korybut, hecha por fuerza de armas con detalles bien humillantes. Las de Matuszewien arrojan sobre todo una viva luz acerca de las intrigas de los grandes, divididos entonces en dos partidos, los que tenían por aliado al ruso y los que seguían la alianza francesa; este escritor parece se empeña con todo el interés de uno de los bandos, intrigante, enemigo de los czartoryski, y partidario de la corte y del Branicki.

Todas estas diversas Memorias ofrecen numerosos materiales, que es necesario consultar cuando se quiere estudiar, bajo todas sus fases, esta época tan complicada de intrigas íntimas en el país, cuyos orígenes son quizás, como los de las mismas familias, muy antiguos. Por fin, este pueblo, deshecho por sus propias aspiraciones individuales y las ingerencias de los poderes extraños, separando preciosas porciones de la gran masa de un imperio poderoso, llegó á contar con Naruszeswicz, que fué no solamente un satírico, sino un grande historiador. Quería referir la Polonia á la monarquía absoluta, tal cual existió en los primeros siglos, y esta convicción política le llevó á estudiar la historia primitiva de su país, condensando los resultados de sus estudios en una historia *Narodu Polskiego*. Esta obra, escrita con grande cuidado, donde todo sucede y pasa por el crisol de la crítica justa, y para la que el mismo rey mandó recoger los materiales necesarios y existentes en los archivos del Vaticano y principales cortes de Europa, mereció para su autor el sobrenombre de *Padre de la Historia*, y es, por último, la que puede considerarse como la escuela en la que debían formarse los historiadores polacos del siglo actual.

Son muchos los diarios que de Pedro el Grande se han es-

crito y muchas tambien las Memorias que por nacionales y extranjeros nos retratan los caractéres de ese siglo tan parco en historiadores. No obstante de esta carencia entónces, hoy contamos con grandes elementos de consulta, y seria convertir estas líneas en un catálogo si se reseñaran las obras que en trozos ó períodos más ó ménos largos historian el siglo XVII de esa preciosa region del Norte de Europa.

IV.

Atendidas las condiciones y circunstancias en que la vida colocaba á los holandeses, no se puede ménos de justificar su situacion literaria en algunos géneros: no facilitaba mucho la eterna guerra de tantos Estados unidos por vínculos íntimos, al desarrollo de los estudios históricos, cuando se les ve desenvolver toda su actividad para ganar su independencia; pero obsérvase al hálito de ese pueblo vigoroso, extenderse por distintas comarcas, ganar la amistad de los demás pueblos, enseñarse y amaestrar su espíritu con la experiencia y la victoria, extendiendo su comercio y sus armas á su más alto vuelo, y en pos de esa vivaz contienda, sostenida á todo trance, disputar á las demás potencias el mar y la tierra; no otra cosa demuestra de sí, y consiguió un lauro grande debelando contra el poderoso imperio; harto premio obtuvo, y á no ser por sus cortos límites naturales, su carácter peculiar, la historia habria tambien seguido el curso de las armas, más difícil cada vez en la revuelta sucesion de tantos Estados, y ménos conocida por los extraños; olvido que siguió más tarde aún despues del llamamiento que en tantos sentidos podia hacer ese pueblo heróico en la competencia de Europa, generalmente atraida por una antigua diplomacia, por la importancia de los acontecimientos que nuevamente la ofrecian y el móvil de aquellas guerras, mitad civiles y religiosas.

Lentamente se forman las sociedades como crece despacio el individuo humano, y cuando merced á los escritos escogidos contaba ya el idioma un escritor como Felipe Marnix, pudo formarse en Amsterdam un núcleo de literatos distinguidos al derredor de dos hombres que eran entónces el alma de la sociedad literaria, Coornhert y Spieghel, presidente de la Cámara que ostentaba el lema *In liefde blae yende*, aparecía como el hogar donde surgía la regeneración política de tanta fuerza y vigor cual fué necesario para llegar á Hooft.

Peter Corneliszon Hooft, aficionado á las letras hasta merecer el título de fundador de la literatura holandesa, poeta lírico distinguido, versado en los negocios de Estado, testigo de luchas gloriosas que habían levantado á su patria de una existencia casi indiferente, entusiasta de la grandeza política y de las victorias marítimas de las provincias unidas, algo asombradas por una nube de sangre, emprendió y llevó á cabo con un talento eminente la exacta descripción de la reforma é independencia de su patria en su obra *Nederlandsche históricas*: ya en el primer tercio del siglo XVII contaba con buen número de ensayos históricos, muy notables algunos, y despues de amaestrado en estos estudios, consagró el resto de su vida (1647) para formar un conocimiento acabado á costa de un trabajo increíble. Para ello se asesoró del consejo que podían inspirarle sábios é inteligencias especiales como Wytz, su amigo Huygens y algunos otros diplomáticos que tuvieron gran parte en las negociaciones internacionales de la época que describe. Llaman notablemente la atención estas obras por su aspecto verídico, grandeza y magestad histórica, si bien no puede considerarse tampoco al autor despegado de las propensiones y de las influencias literarias á cuya lengua contribuyó sobremanera con este monumento literario. Por otra parte, el estudio de los autores clásicos le era muy familiar y contaba con recursos extraordinarios, valiéndose de todos los elementos escogidos prudentemente y le fueron necesarios para proseguir y realizar un gran pensamiento: dióla forma algun tanto nueva con que deseaba rehabilitar el estilo y las letras de su patria; pero también la imitación de lo antiguo ha empañado algo su pro-

pia originalidad, á lo ménos, se la busca todavía tan deseable en un historiador primitivo.

Las cualidades, pues, de Hooft y sus defectos como historiador, aparecen de la lectura de la misma obra: energía, concision y gravedad ornan sus estudios; cierta énfasis, frases escogidas, rebuscamiento de expresiones, y sobre todo una imitacion á Tácito, á quien tradujo: se le señalan como defectos, y aunque sea Hooft el primer historiador y uno de los más notables escritores de Holanda, deja todavía ese pequeño vacío, que tanto se echa de ménos en escritores más sencillos: seria preferible, pues, que hubiera visto su tiempo y su país al través de sus acontecimientos naturales, más bien que de su impresion individual, como un eco real de su época, que como un espejo de la antigüedad, efecto, sin duda, tambien debido á sus grandes sentimientos patrios.

Grotius, más conocido por sus escritos de teología y política que por sus Anales, apenas estudiados en el extranjero, forma parte de la grande obra literaria é histórica: cristiano sincero, fué el apologista más sábio de la revelacion; Leibnitz decia de su escrito, acerca de la verdad de la religion cristiana, que era un libro de oro; però en el corto espacio que los misterios tenían en sus creencias, en su fé, más moral que espiritual, se reconoce la proximidad del reinado de la filosofía. Atacó la predestinacion calvinista con tal vigor, que sus correligionarios le acusaron de socinianismo; en sus trabajos exegéticos, fué el precursor de Ernesti, y en su tolerancia fué tan lejos, que los católicos le creyeron de los suyos. El comercio de los antiguos habia, por otra parte, desarrollado en él un vivo sentimiento, unido á su piedad, que daba á su espíritu una claridad, calma é imparcialidad que resalta en cada página de su historia (1): se muestra émulo de Tácito, su autor favorito, del que participa, si no el talento de la narracion, á lo ménos la penetracion y rectitud del juicio, que sobrepasa con mucho por

(1) *Annales et historiæ de rebus belgicis*, 1657.

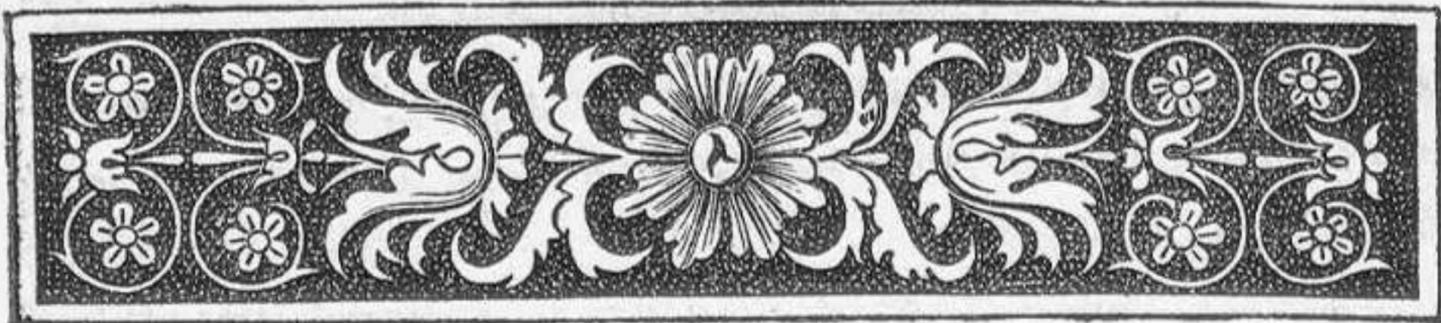
su confianza en Dios y en la verdad. Tal es la idea que del citado escritor hizo también Mably.

Mas en la concepción general de la historia, antes que Grotius, Justo Lipsio propuso en 1600 una nueva división de la misma; y el Oriente, Grecia, Roma, los Bárbaros, olvidados por algunos años, renacen en las clasificaciones históricas, y fué seguida después por un discípulo de Schelling; recibió luego la sanción de Hegel y concluyó por predominar sobre todas las otras clasificaciones desarrolladas posteriormente. Ya que no discurra por este vastísimo campo de la retórica histórica, he de mencionar á Gerhard Vossius, muerto en 1649, autor de la Teología Gentilis, de quien se publicó después un tratado sobre el arte histórico, verdadero libro del renacimiento, en el que en vano hay que buscar algunas vías bíblicas ni otras teorías nuevas sobre los destinos de la humanidad; su obra puede reducirse al conjunto de consejos excelentes, pero tomados de los griegos y latinos. Hooft, Wangenear y Bilderdijk son los tres historiadores principales de Holanda; el primero en el siglo XVII; los otros dos son posteriores; sus esfuerzos fueron notables, y la historia de esa región habría llegado á más alto vuelo si el llamamiento del Gobierno hubiera encontrado eco á su tema *acerca del mejor método para escribir la historia nacional*.

VICENTE TINAJERO.

(Se continuará.)





EL PRIVILEGIO DE LA UNION.⁽¹⁾

CAPÍTULO XVII.

EN QUE UN PERRO DA OCASION Á QUE EL REY HAGA GUARDAR Á SU MANERA UN SECRETO Y SE DICEN OTRAS MUCHAS COSAS.

I.

CUANDO entraron los sorprendió un espectáculo conmovedor; un enorme perro mastin, grande como un asno mediano, estaba echado junto al judío, y parecía como pretender confortarle y transmitirle su calor. Era el perro del guarda del hostal. Cuando entraron levantó la abultada cabeza, fijó en ellos la inteligente mirada, gruñó de una manera dulce, y luego, levantándose sobre sus manos, se puso á lamer el semblante de Abi-Jonatham.

—¡Por el rabo del diablo!—exclamó Cantoncillo:—hé aquí un perro cristiano, cristianísimo, más cristiano que alguno de los que venimos aquí: mi amigo En *Pére*, cuéntale

(1) Véase la pág. 211 de este tomo.

esto á tu amigo el arzobispo de Tarragona, que puede ser que crea que en ese perro está escondida un alma humana, y se le ocurra bautizarle.

—¡Ah, maldito Dientes-de-acero!—exclamó irritado maese Dieguez, sin poder contenerse, á pesar del respeto pavoroso que le causaba el rey:—¡has roto la cadena y te has venido al olor del muerto!

En efecto, del fuerte collar de Dientes-de-acero pendia un pedazo de cadena rota.

El rey miraba de una manera extraña al perro con los ojos dilatados, en que aparecía una mirada abstraída.

—¿Qué es eso que llaman alma?—dijo para sí.

—¡Fuera, Dientes-de-acero!—dijo maese Dieguez, creyendo que complacia al rey alejando al perro.

Y se fué á él con la marcada intencion de darle con el pié.

—Guardaos de tocarle,—dijo el rey con acento grave y profundo,—porque tocariais á una cosa nuestra. En Artal, dadle á ese hombre lo que os pareciere justo por el perro, y que de hoy más este noble animal lleve nuestras armas, como de nuestra casa, y no se separe de Nos.

—¡Gran acto de justicia!—dijo Cantoncillo:—de cuando en cuando te encuentras de corazon, mi amado rey, si no es que has elegido por médico á ese perro.

—El instinto de los animales,—dijo el rey,—puede enseñar y ha enseñado á los más sábios doctores. Recuérdese al cuervo de San Elías, á la burra de Balaan y á los leones de Daniel.

—Sin dejar de meter en la cuenta á la bestia de la Apocalipsis,—dijo Cantoncillo:—aquélla que está siempre con las fáuces abiertas para tragarse lo que ha de nacer: Saturno, poco más ó ménos, el que devoraba á sus hijos.

—El entendimiento humano, el alma,—dijo para sí el rey,—da siempre en las mismas cosas: no las varía más que de nombre y de apariencia; el hombre ha sido siempre el mismo.

Y luego añadió alto:

—Estamos perdiendo el tiempo: los que han creído que mi buen médico Abi-Jonatham habia muerto, se han engañado.

—He tenido la honra de decir á vuestra señoría,—dijo En Artal de Gurrea,—que yo habia observado en los ojos turbios de ese desgraciado algo que se parecia á una vida dolorida.

—¿Y quién duda de que en él hay vida?—dijo Cantoncillo;—si no la hubiera, el perro no le lameria, ni se volveria á nosotros gruñendo dolorosamente y como pidiendo socorro.

—Désele, pues,—dijo el rey;—que se le traslade á un aposento y se le ponga en un lecho.

—Al punto sea,—dijo Cantoncillo;—echad una mano á las piernas de ese semimuerto, maese, y yo le levantaré por el cuerpo: dad para ello vuestro farol á ese caballero.

—Siempre vienen á mí los huesos roidos y hediondos,—dijo para sí maese Dieguez, dando, con las muestras del mayor respeto, su farol á don Artal.

Despues de esto y con una gran repugnancia (porque le irritaban los judíos y le espantaban los muertos), cogió á Abi-Jonatham por las piernas, que estaban rígidas y heladas, ni más ni ménos que cómo de cadáver.

—Y sea en uno de los mejores aposentos de vuestro hostal,—dijo el rey, á quien acompañaba algo retrasado á la izquierda don Lope de Luna.

El perro, arrastrando el trozo de cadena, que dejaba una larga señal sobre la nieve, ya muy alta en el corralon, que la nevada espesa continuaba, iba con la cabeza inclinada tocando casi los calcaños del rey. No parecia sino que el animal comprendia que el rey lo habia tomado para sí, que habia mejorado de amo y que debia seguirle y servirle.

Iba detrás En Artal, de todo punto indiferente y sereno, como si el rey no le hubiera hablado desembozadamente con recelo. El noble almogávar habia tomado su partido y afrontaba las consecuencias.

Seguia el grupo punzante compuesto por Abi-Jonatham, y el hostelero y Cantoncillo, que le conducian.

II.

El rey, que no pensaba descansar, no habia pedido un aposento, sino que se metió en la cocina, que como sabemos

habia sido despejada, y á cuya puerta, por la parte exterior, se habia puesto un guarda de almogávares.

—Si vuestra señoría lo permite,—dijo don Artal,—podrá ponerse á su antiguo médico en uno de estos aposentos que dan á la cocina.

—Sea,—dijo el rey,—y que venga al punto mi nuevo médico. Sentaos, don Lope,—añadió.

Y se sentó junto á la chimenea: aún no se hartaba de calor: se acercaba al fuego cuanto podia y temblaba. Don Pedro, en contraposicion con la fuerza de su espíritu, tenia la constitucion débil, y era extraordinariamente impresionable al frio y al calor.

III.

Se llamó á Ezequiel Malaquías, médico del rey y uno de sus áulicos que en más estima tenia: como que era un sábio, un doctor, que habia deglutido toda la filosofía que emana del Antiguo Testamento; conocia la astrología judiciaria, era un jurista eminente, y se sabia por las uñas á Averroes y á Avicena: se murmuraba, además, que en cuanto á las yerbas que causan enfermedades rápidas y mortales, era extremado. Habia quien se alargaba á decir que alguna vez habia servido de verdugo secreto al rey, y que como tal y por medio de una tisana, habia desembarazado al rey del estorbo y del peligro de su hermano el infante don Jaime, que el año anterior habia muerto, segun se habia dicho públicamente, de la peste que entónces reinaba en Barcelona; pero en realidad, por los *buenos oficios en servicio del rey*, de Ezequiel Malaquías: murmuraciones, sin duda, de la calumnia y cumplimiento del proverbio: *no hay muerte que venga que achaque no tenga*: verdad era que con la muerte del infante don Jaime, hermano del rey, se habia desconcertado la Liga de la Union, de la cual él era el pretexto y la principal cabeza, como heredero presunto de la corona y procurador general del reino, mientras el rey no tuviese sucesion masculina, dada la exclusion que los progenitores de don Pedro, especialmente don Jaime I, don Jaime II y su padre don Alfonso, habian he-

cho de las hembras para la sucesion á la corona: pero además de que entónces ardia en peste todo el litoral de Levante, repugna creer que el rey don Pedro diese en el infame y horrendo crimen del fratricidio. Emperrábanse, sin embargo, los rebeldes á don Pedro en esta opinion, ó más bien afirmaron sin pruebas, y aseguraban que el otro infante don Jaime, á quien los conservadores de la Union habian sacado de su convento de Montesa, no duraria mucho.

IV.

Mirábase, pues, con un cierto pavoroso respeto, doblado de ódio, al sábio médico Ezequiel Malaquías, y se conspiraba contra él por todos los medios para separarle de don Pedro. Sin embargo, todo salia vano y se estrellaba en el afecto que el rey tenia á su médico, favor que se explicaba de varias maneras: decian unos que Ezequiel habia levantado al rey figura y dádole bebedizos, por cuyos medios se habia apoderado de su voluntad: opinaban otros, apoyándose en la avaricia del rey, en que Ezequiel le tenia engañado, haciéndole creer que encontraria la piedra filosofal, y habia quien añadia que la verdadera causa del omnímodo poder de Ezequiel para con el rey, era su hija la hermosísima Salomé, la de las trenzas de oro.

Pero se engañaban en lo principal. El sentimiento autonómico del rey don Pedro era tal, que no permitia respectò á él influencias extrañas. Las influencias que determinaban su terrible actividad las tenia en sí mismo, y con tal exceso que no habia posibilidad de aumentar su accion por impulso extraño. Cierta era la ciencia que como botánico poseia Ezequiel; ciertísimo, asimismo, que con él trabajaba el rey y se quemaba las cejas procurando descifrar los misteriosos pasajes simbólicos de las Escrituras, para encontrar aquella prepotente palabra, aquella fórmula que sólo poseyó el rey Salomon, para hacer oro, principal agente del poder humano: no habia duda tampoco de que don Pedro con su médico, revolvia la astronomía judiciaria, la quiromancia, la geomancia, áun hasta la pavorosa nigromancia; no podia dudarse de que

muchas noches el rey, despues de haber contemplado largo rato las estrellas en un lebrillo lleno de agua, que reflejaba un pedazo del cielo á través de una abertura circular abierta en la bóveda de una torrecilla, despues de haberse tostado la cara sobre el fuego del hornillo, despues de haberse desojado sobre textos caldeos y egipcios, se salia por un postigo de la Aljafería rebozado, acompañado de Ezequiel y llevando por única guardia á Cantoncillo, y se iba á una cerrada y misteriosa casa de la Judería, donde descansaba de los trabajos de su ambicion y de su ódio en los dulces brazos de Salomé la Blonda. Privaba, pues, con el rey Ezequiel y se enriquecia, porque don Pedro, á pesar de su avaricia, pagaba espléndidamente la satisfaccion de sus pasiones y de sus vicios; pero entre esto, y la influencia incontrastable que se decia ejercia sobre el rey, habia un abismo, el de lo imposible, porque el rey no podia ser influido. El rey mandaba, Ezequiel obedecia, y para que le sirviese mejor y sobre todo para que Salomé se tratase como una infanta, y tuviese brocados y joyas y sillas de manos y literas y esclavos y ricos y frescos y perfumados apartamentos, para que fuera en fin una verdadera prenda de rey, don Pedro menudeaba los regalos espléndidos.

V.

Amparábase de esto Ezequiel, y hacia la gran persona y el omnipotente en la córte, y todos los ambiciosos que á ella acudian con pretensiones, le buscaban, le regalaban, le enriquecian, y él tenia la habilidad en dejarlos contentos á todos, atribuyendo á su influencia las mercedes ó el favor del rey á los que los obtenian y entreteniendo á otros con plausibles esperanzas. Era, en fin, Ezequiel un cortesano que sabia aprovechar el lugar que tenia junto al rey, y hacer ver con un extraordinario aumento lo que estaba muy léjos de ser tan grande como se creia.

En todos los tiempos, estos parásitos del trono han hecho mucho daño á los reyes, porque el vulgo, en donde nace y se extiende y se robustece la opinion pública, no juzga más que

por lo que aparece en la superficie: esto es, por lo que es necesariamente falso; porque la verdad, y aún así relativamente, no se encuentra sino en el profundo y oscuro fondo de las cosas; no se la vé, y es necesario sentirla.

VI.

Sobrevino Ezequiel Malaquías: era un viejuzuelo de exigua estatura, hasta el punto que parecía un niño que hubiese envejecido sin llegar á ser hombre: vestia con gran lujo, á la usanza hebrea, como si hubiera sido un príncipe de los de su casta, y llevaba siempre consigo pajes vestidos á la usanza hebrea, y un esclavo negro bozal, viejo ya, cojo, de tal manera, que su marcha era un continuo y violento balanceo; tuerto del ojo izquierdo, cruzado el rostro por cicatrices, que eran costurones, y concentrando en el ojo derecho en un fuego diabólico, la expresion repugnante de un perpétuo pensamiento infame y cruel. Iba cubierto con una larga túnica roja, sujeta por un cinturón, del que colgaba una pesada maza de armas; rodeaba su cuello robusto y musculoso, y como en señal de esclavitud, una argolla de oro, y á la espalda llevaba, sujeta por una bandolera de cuero bordada de seda de vivos colores, una gran caja de sándalo con incrustaciones de oro cobre, marfil y ébano. Aquello era á un tiempo un botiquin, y lo que podia llamarse entónces una caja de cirugía. Jamás se separaba de su amo, del cual podia decirse era el perro, ó más bien, el lobo guardian.

VII.

Cuando entró en la cocina Ezequiel Malaquías con su servidumbre y se acercó al rey Dientes-de-acero, que junto al rey se habia echado al amor del fuego, se levantó sobre sus manos, herizó su morro, gruñó de una manera potente y amenazadora, mirando al viejuzuelo judío, y dejó ver, regañando de una manera de momento en momento más hostil, sus blancos y agudos dientes y sus poderosos colmillos.

—¡Cuando digo yo que este can vale un tesoro!—dijo

Cantoncillo:—¡es un sábio! ¡y cómo conoce á las gentes!

—Mal os recibe nuestro nuevo vasallo, Ezequiel,—dijo el rey, sosegando al perro, que se volvió á echar, acariciado en el áspero morro por la mano de su real amo;—pero no temais, que ya haremos por poneros en paz y porque seais grandes amigos.

—Ese perro,—dijo tranquilamente Ezequiel,—es de los de la buena casta de Egipto, no está cruzado, y no sé cómo ha podido venir á España.

—España,—dijo el rey,—es una gran tierra de promision, á la que desde tiempo inmemorial acuden gentes de todas las partes del mundo, especialmente de Oriente: ¿no vino aquí Tubalcain? ¿No vino tambien el apóstol San Jaime y tantos otros? ¿No nos amenazan continuamente los sarracenos oriundos de la Siria? Pero quede esto para otra ocasion, y entrad y ved si puede esperarse algo del miserable estado en que se encuentra vuestro predecesor en el cuidado de nuestra salud, el sábio Abi-Jonatham, y tened en cuenta, Ezequiel, que nos importa mucho su vida.

Esto era una órden.

Ezequiel entró con sus pajes y su esclavo en el aposento á donde se habia llevado á Abi-Jonatham.

Sólo con la desaparicion de Ezequiel, se apaciguó Dientes-de-acero. Sin embargo, se quedó mirando receloso al aposento donde Ezequiel se habia metido.

VIII.

Entretanto, don Lope de Luna, que no por ser un gran personaje dejaba de tener estómago, se habia apartado á un lado y se habia hecho servir por uno de los de su cámara algun fiambre de los que llevaba particularmente de repuesto; pero como el rey, una vez despachado á su médico en socorro de Abi-Jonatham, se volviese á don Lope, éste se puso de pié y dejó de comer.

IX.

Parecia que le costaba un gran trabajo á don Lope dar públicas muestras de su vasallaje en materias menudas que

hacian este vasallaje más sensible, y el rey, que sabia bien hasta dónde llegaba la altivez de su noble pariente, le iba á la mano y le conllevaba, tanto por lo que don Lope en sí mismo valia, y le necesitaba, como por tener contentos en su persona respecto á su significacion, privilegios y exenciones á los demás barones y rico-hombres; que no eran los reyes tan absolutos señores como se creia, y muchas veces se veian obligados á *doblar la espina* más de lo que era justo, digno y cómodo.

X.

No le plació mucho al rey que su alto y poderoso vasallo se hubiese puesto á cenar sin su vénia en su presencia (por algo llamaban el Ceremonioso á don Pedro); pero haciendo de ello caso omiso, se sentó de nuevo junto al hogar y exclamó:

—Cosas están pasando por Nos esta noche bien extrañas; pero no dejes de cenar por Nos, don Lope, que si no os acompañamos es porque nos satisfacimos allá en la majada; y vos, En Artal,—añadió volviéndose á su capitan de almogávares que habia reaparecido,—decid á Martin (este era el cocinero mayor del rey) que provea, no sólo á los de mi casa, sino á los de la casa de don Lope, y á vos y á los almogávares que con vos estuvieren, y sea esto pronto para que toda la gente esté á punto, que no sabemos á dónde iremos á parar aún esta noche.

XI.

Salió En Artal y don Lope de Luna, despues de tener la vénia del rey, volvió á sentarse y á comer en una batea, que sobre un banco le habia puesto uno de sus pajes.

—En efecto, señor,—dijo,—hombre sin alimento, y cuando ya es entrado en años no aprovecha, y aprestados y fuertes debemos estar siempre, para servir á vuestra señoría.

—En mi ánima,—dijo el rey,—que reprenda á Martin, y aún le eche, que tal olor como el que me da de esa empanada que vos comeis, no le tenia ninguna de las que él aderezó para nuestra cena; y dad acá, paje, un trozo, que á fé que con tan buen olor, se me ha vuelto á abrir el apetito.

XII.

Don Lope sintió el golpe: don Pedro no dejaba ni por un sólo momento de ser rey. No el paje, sino el mismo don Lope, fué quien sirvió al rey, tomó la batea, y al presentársela al rey, dobló la rodilla.

El rey se apresuró á aliviarse, tomó la batea, y poniéndola de nuevo sobre el banco, dijo:

—¡Pardiez, que comamos juntos y en un mismo plato, como buenos amigos, parientes y compañeros!

Esto era unir al ejercicio de la autoridad real que obliga al homenaje, la honra y la merced que engendran el amor y la lealtad; y aunque enteramente don Lope no se diese por contento, que él conocía bien á su jóven señor, pareció como que se pagaba de la grande honra que le hacia el rey delante de sus servidores, y que tambien llegaba á éstos, porque les procuraba servir inmediatamente al rey no siendo de su casa.

XIII.

Comió el rey con tan buen apetito como si no hubiera cenado cumplidamente ántes, y conversando de muy buena manera, aunque de cosas de poca monta, con don Lope; que asuntos de interés no hubieran podido tratarse delante de los servidores, y al fin apareció Ezequiel Malaquías con el rostro nublado, lo cual hizo decir á Cantoncillo:

—Apostaría á que no se muere ese diablo de Abi-Jonatham, y que este otro está ya en ánsias de recelo.

Lo cual oído por el rey, dijo:

—No creo yo que al sábio Ezequiel le pese de que se salve otro sábio tal como Abi-Jonatham.

—Que Jehovah no me oiga en mis tribulaciones y me toque de lepra y desventura como á Job, si no salvare á mi buen amigo y pariente el venerable Abi-Jonatham.

—Pues la palabra os cogemos,—dijo el rey;—y oid vos,

En Artal: aquí os quedareis con algunos de vuestros almogávares, y con vos En Gombaldo de Ariza: nadie de los que ahora están en el hostal saldrá de él, ni á dos pasos fuera de la puerta, ni se recibirá en él á nadie: así mismo y con las mismas prohibiciones, os quedareis vos aquí, don Ezequiel, con los que os sirven, y sea esto en tal manera, que nadie pueda saber que En Abi-Jonatham, á quien se dió por muerto, vive. Nos, En Artal de Gurrea, os encargamos este secreto, y con tal rigor, que cualquiera de los vuestros que lo revelare, sea ahorcado, y descabezado vos si el secreto se descubriere. Y sús y á cabalgar, que ya nuestra presencia no es aquí necesaria.

Y con esto el rey, dejando en el hostal á todos los que habian podido tener noticia de que Abi-Jonatham no habia muerto, á excepcion de don Lope de Luna y de Cantoncillo, se puso de nuevo en camino, á pesar de que la tormenta continuaba en toda su braveza.

Habia que añadir á los que acompañaban al rey su nuevo servidor Dientes-de-acero, del cual no habia que temer revelase secreto alguno, si bien es verdad que á veces los perros han servido para esclarecer oscurísimos secretos.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)





BOLETIN BIBLIOGRAFICO. ⁽¹⁾

Enrique José Varona.—*Paisajes Cubanos, narraciones en verso.*—*Un tomo.*—*Poesías del mismo autor, otro tomo.*—*Impresos ambos en la imprenta de la viuda de Soler.*—*Havana.*

Se trata de dos libros diferentes, pero que por su analogía y por llevar ambos al pie la firma del mismo autor, nos proponemos examinar á un tiempo mismo.

Con el título de *Paisajes Cubanos*, designa el Sr. Varona varias narraciones en verso, en las que se revelan condiciones de poeta delicado y correcto. Sencillas en su conjunto, amenizadas con bellas descripciones, y no desprovistas ciertamente de dulzura y rasgos de verdadero sentimiento, no podemos ménos de confesar que hemos leído con mucho agrado estas composiciones, debidas al númen del Sr. Varona.

Para dar una muestra de sus condiciones, reproducimos á continuación esta estrofa, una de las mas correctas y gallardas que á nuestro juicio contiene el tomo:

Echada sobre el pecho
en una ovosa roca que limita
pedregoso repecho,
en medio del bosque estaba Rita,

mirando con sus ojos tan rasgados
el rio que hervidor se precipita
allá en lo bajo dilatado y hondo,
con reflejos azules y argentados.
De sus pupilas el brillante fondo
ya se enturbia y en rayos mil se en-
ya se apaga ceñudo, [ciende,
ya con vívida luz risueño esplende;
cual si en lenguaje mudo,
ya alegre, ya sombrío,
hablase la mestiza con el rio.

Este libro se compone de tres narraciones, que se titulan: *Dolores*, *Bajo la capa del cielo* y *¿Justicia ó venganza?*

Por lo que respecta al tomo de *Poesías* de este mismo autor, sólo diremos que en él resaltan todas las cualidades de poeta que hemos atribuido al Sr. Varona; pero de un modo mucho más claro y evidente. Y no es preciso hacer ningún esfuerzo para comprenderlo así. En estas composiciones sueltas, en que el autor puede exponer libremente sus pensamientos, dejando reflejar en cada verso una impresión de su ánimo, la espontaneidad tiene que ser más visible, puesto que la inspiración tiende su vuelo por el espacio, sin ligadura ni vínculo que logre detenerla en su carrera vertiginosa.

*
* *

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta REVISTA.

Ramon Lopez de Vicuña. — *Curso de Historia Universal.* — Un tomo. — Imprenta de Vicente Abad. — Coruña. — Precio, 24 rs.

Ningun otro estudio exige, tanto como el de la historia, la mayor claridad y método para que sean fácilmente comprendidos y bien interpretados los acontecimientos y las vicisitudes de las pasadas épocas.

Por otra parte, nada más difícil que conservar en nuestra memoria nombres, fechas y episodios, cuando todo esto no se hace, mediante un estudio asídúo y escrupuloso. Hé aquí una de las más sérias dificultades con que tropieza toda obra elemental y de texto. Por término medio, puede calcularse que sólo un seis ó un siete por ciento de los alumnos que cursan esta asignatura logran formarse una idea de lo que real y verdaderamente significa. Para los demás, la historia es un "Padre Nuestro" que diariamente rezan, sin comprender su sentido.

Razon sobrada tiene el Sr. Lopez Vicuña al asegurar que la historia es sencilla, amena é instructiva ó difícil, árida y de escaso provecho, segun el plan que se adopte y la forma en que esté escrita. Por nuestra parte, confesamos que nunca hemos podido aprender historia en esas obras interminables en que despues de muchos datos, casi siempre contradictorios, y que rara vez dan idea de lo que son las cosas, confiesa el autor que su opinion no está formada todavía, y que no sabe cómo dar solucion al problema. La historia no es la suma de acontecimientos que separadamente se sucedieron en una y otra parte, es el desenvolvimiento humano que debe estar sometido en lo posible á ciertos principios, á ciertas leyes que nos permiten formar un criterio determinado.

La obra del Sr. Lopez Vicuña satisface y aún supera por su método y sencillez las condiciones que deben reunir los libros de texto, pero del mismo modo que los demás de su índole, tiende principalmente al desarrollo de una sola facultad: la memoria.

De otro modo, no se concibe que ningun alumno pueda aprender la Historia universal en un tomo que no

llega á formar 300 páginas de lectura. Bien comprendemos que de esta falta no es culpable el Sr. Lopez Vicuña, ni ninguno de sus dignos compañeros, los profesores de Instituto; pero sea como fuere, es lo cierto que casi ningun alumno de segunda enseñanza sabe ni aún remotamente lo que debe ser Historia.

No obstante, dadas las dificultades de la empresa, justo es confesar que el autor de quien se trata ha dado todo el enlace posible á su obra, subordinando los acontecimientos á un principio de unidad que facilita su estudio, y sin omitir, como otros autores lo hacen, cierto género de comentarios que estimulen á los alumnos á meditar sobre lo que leen. La tendencia de este libro es, en tal sentido, excelente, y celebraremos que tenga muchos imitadores.

*
* *

Mariano Ramiro. — *Versos,* un tomo. — Imprenta de "La Propaganda Literaria." — Habana.

Al recorrer las páginas de este libro, hemos observado, con profunda satisfaccion, que no se trata de una de tantas colecciones de poesías como ven diariamente la luz. Ya que tantos pretendidos poetas buscan con tenaz empeño los aplausos del público, bien que sin lograrlo la mayor parte de las veces; ya que uno y otro día nos vemos en la triste necesidad de emitir francamente nuestro juicio aún á trueque de acarrearlos los ódios de ciertos autores, no podemos ver sin marcada satisfaccion que se nos presente una oportunidad, un momento favorable, para ser á la vez justos y benévolos, porque se trata de una obra en la que encontramos mucho que aplaudir y poco que censurar.

El Sr. D. Mariano Ramiro reúne, sin género alguno de duda, cualidades de poeta suficientes para que la crítica más severa encuentre en sus composiciones méritos nada comunes. Lástima grande que al reunir las que debían formar este tomo, no procediese con mayor cautela, evitándose de esta suerte que el conjunto desmereciera un tanto, como tiene siempre que suceder, si al lado de lo bueno y funda-

mental se encuentra lo pueril y lo insignificante, mezclado todo en revuelta y enojosa confusion.

El autor que nos ocupa nos dá pruebas de haber cultivado con éxito casi todos los géneros poéticos conocidos. Desde el epigrama y la letrilla, hasta la composicion de alto vuelo, nada falta en su libro para que nos sea dado juzgarle á nuestra completa satisfaccion. Empecemos por examinar al Sr. Ramiro como poeta tierno y apasionado. Una de sus composiciones, que lleva por título *Los Angeles de mi hogar*, nos viene que ni de molde para realizar este propósito. Hé aquí algunas de sus estrofas:

Dos hijas me otorgó el cielo
como supremo favor:
es Amparo la mayor;
es la más chica Consuelo.

Y es de ver con qué delicia
mi alma de padre se engrie
cuando Consuelo sonrie,
cuando Amparo me acaricia.

Por ellas vivir anhelo,
en ellas mi dicha fundo...
¡Qué bien me encuentro en el mundo
con mi Amparo y mi Consuelo!

Pero estos felices dias
con rapidez desaparecen,
que ellas crecen, ¡siempre crecen!
¡Mañana no serán mías!

Mis labios, ¡triste rogar!
no hay hora que á Dios no ofrezcan:
¡Que no crezcan! ¡que no crezcan
los ángeles de mi hogar!"

.....
.....
La versificacion resulta fácil y correcta. El sentimiento del autor se revela espontáneo y con lenguaje sencillo y natural; pero, á nuestro juicio, esta composicion hubiera ganado si el poeta la diese fin donde nosotros lo hacemos. Las redondillas que siguen quitan en gran parte el efecto, porque la idea resulta muy diluida. De todos modos, la composicion nos parece bastante buena.

Tambien se muestra el Sr. Ramiro aficionado á la sátira, como bien claro lo dan á entender los epigramas que ha coleccionado en su libro. Entre ellos encontramos algunos que parecen inspirados en los de Iglesias, de color muy subido.

En la poesia popular nos demuestra el Sr. Ramiro sus dotes de poeta, haciendo cantares tan bien sentidos y expresados como el siguiente:

"Me jurastes que eras mia,
y de otro fuiste despues.
¡Ay! mal pudo ser de nadie
quien suya no supo ser."

Condiciones notables reúne el señor Ramiro para ese género de poesia, humorístico en la forma, sin ser epigramático, en el que se puede hacer alarde de sencillez y naturalidad. Así lo demuestran las composiciones tituladas: *Mi situacion*, *Un tipo*, *¡Viva el ¡ujo!* y otras de la misma índole.

Quédanos ahora por examinar lo más interesante, lo de más importancia y trascendencia para un autor que escribe en este siglo en que tantas y tan buenas cosas se producen.

Tratamos de saber lo que es el señor Ramiro como poeta de fondo, que es lo que realmente llama, principalmente en nuestra época, la atencion del público inteligente. La poesia jocosa y epigramática no es la que más grandes honores alcanza en la actualidad.

La verdadera mision de un poeta no es hacer reir, ni mucho menos "profanar—como decia el gran Quintana—la noble profesion de escribir ni con la adulacion ni con la sátira." El poeta ha de cantar con mayor energía que ningún otro los grandes ideales, las nobles aspiraciones de un pueblo ó de una época, reflejando en sus frases llenas de calor y armonía, todos los sentimientos, todas las ideas de su siglo. Cuanto más elevados sean los móviles que le impulsen á escribir, cuanto más grande sea su entusiasmo y más levantadas y generosas las aspiraciones que embargan su ánimo, tanto más ha de resonar su acento poderoso, ora cante los triunfos de la virtud, ora las grandezas de la patria.

En el sentido de que hablamos dice el Sr. Suzaste, á quien ha sido encomendado el prólogo de esta obra: "solo tres producciones de carácter serio y elevado encuentro entre las que componen este libro, y todas son muy buenas: titúlense *Plegaria*, *Vivir muriendo* y *En la perpétua noche de mis dudas*. La primera y la última,

sobre todo, bastarian para dar á Ramiro el lauro de poeta, porque unen, á una versificación robusta, una entonación solemne y propia, altas y profundas ideas, arranque y unción. No se comprende que el que tantas facultades revela para brillar en la esfera más elevada de la poesía, haya intentado entrar en ella tan pocas veces, cuando le convidaba un éxito seguro."

Creemos en efecto, como lo afirma el autor del prólogo, que el Sr. Ramiro cuenta con excelentes facultades para llevar á feliz término tan difícil propósito, y en este sentido le invitamos á que cultive este género de poesía con mayor insistencia que hasta aquí.

*
* *

Alberto Delpit. — "*Le mariage d'Odette*," novela. — Un tomo de 322 páginas — París. — Precio 3 francos 50 céntimos.

El aplaudido autor de *El hijo de Coralía* ha dado á la estampa una nueva obra que seguramente ha de ser tan bien ó mejor acogida que aquella; pues así por el fondo como por la forma, creemos que ha de excitar en más alto grado la atención del público.

El problema consiste en presentar, con toda la exactitud posible, los efectos de la educación religiosa y de la atea ó libre-pensadora. Para ello se vale Mr. Alberto Delpit de unos cuantos personajes de la época y de un argumento tan sencillo como á propósito para excitar el interés.

Un sábio á la moda, llamado Francisco Lavignerie, es un ateo que solo rinde culto á la diosa razón. Este filósofo, ó como quiera llamársele, tiene dos hijas: Germana y Odette, que se quieren mucho, pero que no se asemejan en nada. Germana vive separada de su padre en compañía de Mad. Rozan, una parienta bondadosa que educa á la muchacha en los principios de la religión cristiana; pero el padre se reserva la educación de Odette y la retiene á su lado, porque la considera muy semejante á él, y por lo tanto, muy superior á su hermana, que es un vivo retrato de su madre.

¿Cuál fué la educación de la hija

preferida? La que podía esperarse de quien no juzgaba que existiese más verdad que la materia. Mr. Lavignerie enseñó á aquella infeliz criatura que el hombre es un sér meramente dotado de ideales científicos, haciéndola creer que eran absurdas preocupaciones lo que otros padres enseñaban á sus hijas.

Muerta Mad. Rozan, Germana vuelve á casa de su padre, donde tiene noticia de que un jóven llamado Pablo Trager, á quien conoció en Nápoles y ama con pasión, solicita casarse con Odette. Germana se sacrifica y calla para no impedir la felicidad de su familia, y el matrimonio se lleva á efecto como se había pensado.

Aquí empieza el verdadero interés del libro.

Pablo Trager es hijo de una señora que está casada en segundas nupcias con el pintor Claudio Sirvin, de quien estaba enamorada Odette ántes de celebrarse su matrimonio con Pablo. Léjos de tener en cuenta sus deberes de esposa, aquella naturaleza rebelde y sin freno que la domine se siente cada vez más enardecida, y se establecen criminales relaciones entre Mad. Trager y el pintor. El hecho resulta verdaderamente injustificable. No sólo Odette falta de este modo á sus deberes, sino que sus relaciones con el artista envilecido son casi incestuosas. Pero, ¿que contentivo podía encontrar aquella mujer desdichada?

No tiene religión, ni ha creído nunca en la moral más que como un poder independiente de toda ley divina. Su padre ha sido el primero que la ha enseñado á creer que "la criatura humana está fatalmente condenada á seguir su instinto." En su desesperación apela á Spencer, á quien se deben estas palabras: "La voluntad es impotente contra la naturaleza," y recuerda á Rousseau cuando dijo: "la sinceridad del sentimiento disculpa la falta cometida." Por último, y para completar el cuadro, cree ver delante de sí á su anciano padre repitiendo sin cesar: "después de la vida no hay nada."

Con semejantes ideas se necesita un temple de alma que con dificultad se encuentra en una mujer, para no ir rodando de abismo en abismo, hasta lle-

gar al último grado del envilecimiento. Por último Odette, abandonada por su cómplice y sorprendida por su esposo afrentado, no encuentra otro refugio que la habitación de Germana.

La entrevista entre las dos no puede ser más patética. Odette, presa de la desesperación más profunda, no habla más que de su desgracia, encontrando, como único medio de salvarse, el suicidio. Germana le habla de esperanza, perdón y arrepentimiento, y en este estado entra el padre en la habitación, y se encuentra con sus hijas.

La escena es altamente dramática. Una carta de Pablo ha puesto al filósofo al corriente de todo cuanto ocurre. Lívido, lleno de desesperación se dirige éste á su hija, y pregunta cómo pudo cometer tantos crímenes; pero entonces ella se vuelve á él y le echa en cara su educación y el modo que ha tenido de arrancar de su alma de niña los gérmenes de toda idea, de todo pensamiento de virtud.

¿Qué hace, en efecto, una mujer en las condiciones de la protagonista de esta novela?

¿Qué puede prometerse un esposo de la compañera de su vida cuando ésta se ha inspirado en los principios de una filosofía egoísta y atea?

Sola en medio del mundo, sin tener un freno que la contenga en sus extravíos de mujer y expuesta á continuas seducciones, no tendrá en su alma la energía bastante para conservar su virtud. ¿Y qué es la virtud? se preguntará luchando tímidamente contra lo que creará ley del *destino* y como tal ineludible. En su desesperación, acaso quede todavía en su espíritu un recuerdo de su virtuosa madre, pero su madre no está allí. No tiene nadie que venga en su socorro. Dirige sus miradas al cielo y sólo ve el vacío.

Quizá en tales circunstancias pueda

evitar una espantosa caída el mundo, que ha de censurarla y escarnecerla como se merece... pero ¿qué importa el mundo ni su moral, cuando no es bastante fuerte para tendernos una mano al vernos rodar por el precipicio?

Estas y otras muchas cosas dice Odette á su padre cuando éste viene á pedir explicaciones sobre su conducta. El desgraciado Lavignerie inclina su cabeza al escuchar las amargas frases de su hija, y ésta abandona la estancia, sin hacer caso de sus súplicas y de sus sufrimientos. Cuando Mr. Lavignerie dice: "Odette Odette, ¿dónde vas?" responde ella al salir sin mirarle siquiera: "Voy á donde van los desesperados como yo, cuyo honor se ha perdido y cuyo nombre está deshonrado; los que no creen en nada ni en el bien ni en el mal, ni en la virtud ni en la justicia. Voy á donde van las mujeres como yo educadas por hombres que las arrojan en el fango."

Esta obra es un espejo fidelísimo de la vida. Los personajes todos son una personificación de la sociedad actual. El drama que se desarrolla ante nuestros ojos produce grande impresión.

Mr. Alberto Delpit protesta de este modo, con toda la energía de su ánimo, contra ciertas ideas que no son el espíritu de las libertades ni del progreso, sino la negación de toda ley moral y de todo principio de justicia que ciertos hombres, cuya lógica es un misterio para todo el mundo, pretenden erigir en sistema para dar al traste con lo que ellos califican de necias y caducas preocupaciones.

Hasta aquí no han hecho más que libros y discursos. Tiempo es ya de que hagan ciudadanos honrados y buenas madres de familia.

H.





CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.



A famosa fusion, tan jóven y ya tan... desgraciada, no anda nada bien. El Sr. Balaguer, que, como es sabido, escribe con plumas de gazela, se fué á Valencia, con ó sin órden prévia de Sagasta, para aguar, como suele decirse, la fiesta, dando una gran campanada.

Lo que hizo ó por lo ménos intentó hacer, se reduce pura y simplemente á entonar el himno de Riego, estando convenida la marcha Real. Es la misma perfidia política que en 1854 varió el programa de O'Donnell, y en 1868 obligó á pasar por encima del programa de Serrano, Topete y áun de Prim. Madoz, que no habia estado en Cádiz ni en Alcolea, pronunció tres palabras, que fueron el nuevo programa de la revolucion. ¿Se queria ahora que Balaguer parodiase á Madoz? La cosa parece, por lo ménos, oscura.

Los sagastinos, que si son pocos, no están bien avenidos, no ven todos con iguales ojos la coalicion. Entre ellos hay quien la acepta de buena fé, quien la soporta con pena y quien no la mira sino como un *mínimum*, ó mejor dicho, cual un punto de partida.

Los sagastinos que aceptan la fusion de buena fé están ya desengañados, son casi conservadores, y no buscan sino una ocasion oportuna para romper con sus tradiciones revolucionarias y volver al campo del órden. Este grupo, no el más numeroso, pero sí el más autorizado, está unido de veras á *todo el directorio*; no hace guerra el general Martinez

Campos, y ni siquiera piensa en recibir órdenes secretas de Sagasta. Para este grupo, la jefatura está en todo el directorio, y no en un individuo sólo. Por esto protesta contra la... *salida de tono* de Valencia, y habla no se sabe cómo de Balaguer y de sus secretos consejeros.

Y decimos *de sus secretos consejeros*, porque no es para nadie cosa nueva que los constitucionales de la extrema izquierda, como ellos mismos se titulan, han hecho, están haciendo y harán cuanto puedan por absorber al general Martínez Campos, para anularlo ó empujarlo, hasta obligarle á perder tierra. Balaguer, que es de carácter frío, y además ya bien entrado en años, no se exalta con facilidad. Es demasiado ex-céptico para entusiasmarse con poco y dejarse arrebatarse por su entusiasmo al progresismo. De aquí deducen muchas gentes que su viaje á Valencia pudo no ser casual; que su discurso acaso no fuese de todo punto improvisado, y que quizá y sin quizá, no faltase quien lo conociese, aún ántes de que se pronunciase. ¿Representaba realmente Balaguer al grupo que desea anular al general Martínez Campos? Podrá no ser así; pero la verdad es, que juzgando por las apariencias, sería difícil no creerlo.

El segundo grupo sagastino, lo que llamaremos el centro, es el conjunto de los que no son de Sagasta ni de Martínez Campos, ni de nadie, ni de nada, sino de cualquier cosa que les dé el poder todo lo ántes posible. Esta fracción, que políticamente no representa sino el personalismo más impaciente, y no tiene ni admite otro programa que el de la nómina, no hará falta, de seguro, donde vea la bandera de la nómina.

Este grupo está con Sagasta, porque no ve otro árbol que por lo pronto le dé mejor sombra. Si desapareciesen sus esperanzas, no tardaría mucho en probar que para él todo se reduce á la cuestión de esperanzas. No quiere mucho á Sagasta, tiene miedo á Lopez Dominguez y hasta se resigna á soportar á Martínez Campos. Sagasta no es ya un ídolo, porque no dá resultados. Lopez Dominguez parece un peligro, porque, por una parte deja la nómina y por otra aumenta demasiado el número de los que aspiran á llenarla. Lopez Dominguez, además de dificultar el triunfo, en el caso de triunfar, se quedaria y dejaria á sus actuales amigos *á la luna de Valencia*. Por necesidad traeria dos ó tres planas mayores que pasarian muy por encima de lo que ahora se llama la plana mayor del *constitucionalismo*. Lo peor para este *partido*, llamémoslo así, es que por sí es muy poco, por no tener arraigo ni simpatías en el país, y aspira á serlo todo y apo-

derarse de todo. No puede volar sino con alas ajenas y se obstina en que sea sólo para él todo lo que volando con alas ajenas puede obtenerse: ¡Problema, en verdad, de solución difícil!

En fin, para este grupo el general Martínez Campos no es un ídolo, ni mucho menos; pero es un hombre influyente, que por el momento se soporta para que, al menos, abra puertas á Sagasta y no aumente el miedo que inspira la exaltación que se va detrás de Lopez Dominguez.

Y, ¿cómo comenta esta fracción, naturalmente excéptica y egoísta, el nuevo programa *valenciano* de Balaguer? Baste indicar que este grupo no se fija en el bien ni el mal, porque es excéptico y sólo piensa en si se acerca ó se aleja el poder, porque su lema es el más refinado egoísmo. Como no aspira sino á *llegar*, sea como sea y con quien sea, con tal que sea pronto, lo natural es que esté con Balaguer si *llega*, ó lo anatematice, si difiere el tan deseado *advenimiento*. Tal es la clave que lo explica todo.

El tercer grupo sagastino, el que constituye la extrema izquierda, del cual ya hemos dicho algo, no ve en la fusión sino un *minimum* de lo que puede aceptar y un *punto de partida* para emprender nuevas y desconocidas excursiones. Esta fracción no quiere al general Martínez Campos y sólo lo tolera como instrumento y mientras le pueda servir de instrumento. No lo rechaza todavía en público; pero en secreto, y aún sin gran secreto, lo maldice y le muestra el ódio inextinguible que le tiene.

Además, este grupo sagastino desconfía de Sagasta y teme que, al acercarse á Martínez Campos, pierda la energía revolucionaria y busque alianzas algo conservadoras. De aquí el que se excite á poetas políticos, como Balaguer, á que pronuncien discursos, que no están en el programa oficial, pero que á la vez empujen á Sagasta y comprometan á Martínez Campos. Esto pudiera explicarse con más claridad; pero acaso no convenga decirlo todo de una vez.

Conste, pues, que el *constitucionalismo*, por sí tan débil y tan poco numeroso, se divide en extrema derecha, casi conservadora, que acepta á Martínez Campos y teme á Balaguer; en centro, que acepta á todo el que acerque y rechaza á todo el que deje el poder, y extrema izquierda, que detesta á Martínez Campos, duda ya del propio Sagasta y busca alianzas en el campo revolucionario.

Baste esto, como prólogo, por decirlo así, al programa extra-oficial del Sr. Balaguer.

II.

Las palabras de Balaguer, como era de esperar, inquietaron no poco á los elementos conservadores y semi-conservadores de la fusion. Aunque, como diria Ciceron, se habian pronunciado á los postres ó *inter polula*, siempre podia suponerse que la cosa no era puramente individual. ¿Estaba sólo Balaguer? En este caso todo se reducía á un amigo ménos y un enemigo más. ¿Estaba, por el contrario, acompañado? ¿Era, no un individuo, sino una legion? En esta hipótesis, su actitud no podia ménos de llamar y bastante la atencion.

Y no era esto lo más grave. ¿Estaba Balaguer de acuerdo con Sagasta? ¿Había Sagasta autorizado á Balaguer para que variase esencialmente y por sí y ante sí el programa político de todo el directorio y aún de toda la *fusion*? Esta *perfidia política*, por ser perfidia, no se podia suponer; pero, por ser cosa política, no podia excluirse de la esfera de lo posible. ¡Qué revelacion para el general Martinez Campos!

Es cierto que hubo telegramas al general que no han tenido contestacion pública; cartas á Madrid y á los Pirineos, que aún no se conocen, y viajes de ida y vuelta, en número no escaso, cuyo objeto acaso se adivine, aunque no se explique. ¿Podía el general Martinez Campos resignarse á desempeñar el papel, poco honroso, es verdad, que el nuevo programa de Valencia le señalaba? ¿Podía cerrar los ojos y continuar formando parte de una coalicion, en la cuál él lo cumple todo y á él no se le cumpliese nada? El conflicto era horrible.

Por fin vino Balaguer á la córte y, hecho más ó menos cortesano, visitó al general Martinez Campos y, naturalmente, le daría algunas explicaciones; pero, ¿de qué índole? ¿Serian satisfactorias? ¿Dejarían la cuestion en pié? ¿La complicarían en vez de resolverla? Esto es lo que sabremos pronto. Hoy por hoy, sólo se sabe ó se cree saber que el general Martinez Campos no se resigna á dejarse arrastrar y que Balaguer no parece dispuesto á aceptar alianzas conservadoras. Sagasta, que está en medio, entre la espada y la pared, como si dijéramos, ¿con quién se irá ó con quién se quedará? Sagasta debe estar ya muy cansado de la vida revolucionaria; pero se ignora si tendrá ahora valor para romper con los Balaguer, como ántes lo tuvo para separarse de los Ruiz Zorrilla. A lo que parece, ya no es cuestion de voluntad, sino de que falte ó no falte la necesaria energía.

Dentro de poco, segun se anuncia, habrá junta magna de directores y *notables* y quizá tambien de *notabilísimos* en la frontera francesa. Allí, segun se supone, con ó sin la asis-

tencia del duque de la Torre, bajo la presidencia, más ó menos disputada y ya sólo tolerada de Sagasta, se reunirán los principales miembros de la coalicion para averiguar si la coalicion es una cosa formal ó algo que merezca diverso calificativo. Segun se cree, Martinez Campos, Jovellar, Alonso Martinez y los representantes de Posada Herrera y el marqués de la Vega de Armijo, exigirán que, por ahora, se re-pruebe el programa de Valencia y, para lo sucesivo, se convenga en que el directorio no es Sagasta, sino el conjunto de todos los directores.

Como se vé, ésta exigencia, que no sabemos si se presentará, no puede ser ni más justa, ni más conveniente, ni más necesaria. Los directores necesitan saber si son verdaderos directores, ó si no son más que humildes comparsas.

La explicacion de que se trata, acaso no se dé en público; pero, por más que haya secreto, por fuerza ha de hacerse pública. Aquí no hay medio. O predomina ó no predomina Sagasta. Si predomina Sagasta, Martinez Campos, Jovellar, etc., se anulan y la coalicion tomará al instante color revolucionario ó progresista. Si, por el contrario, Sagasta es vencido, ó se rompe y se disuelve la coalicion, ó por lo menos, se separan de ella los más fogosos ó más impacientes, que tanto la están perturbando.

En este último caso, Sagasta dejará de ser centro ó no será sino centro *constitucional*; ya no puede hacer sino lo que, segun las leyes, debe hacerse. ¡Qué dicha la de no poder hacer sino lo legal ó lícito!

Nosotros no hacemos vaticinios; pero no debemos ocultar que, dada la actual situacion de los ánimos, es difícil el hacer pronósticos favorables á la prolongacion del fusionismo. Mañana podrá haber arrepentimientos y reconciliaciones que varíen el aspecto de las cosas; pero, hoy por hoy, todo indica que la reunion de *notables* de San Juan de Luz pudiera no ser sino lo que suele ser una gran junta de médicos de cabecera. Nuestros abuelos solian decir que «á junta de rabadanes, muerte de oveja.» Nosotros, que no vamos tan léjos, nos atrevemos, no obstante, á insinuar, nada más que á insinuar, que las juntas de médicos no han desmentido nunca aquello de: *enfermedad larga, muerte al cabo*.

III.

El *retramiento* está tambien preocupando no poco á las huestes sagastinas. Los amigos de Sagasta, que, políticamente hablando, son poco influyentes, saben que por sí solos no pueden vencer y, para no hacer patente su debilidad,

no quieren ir sólo á la lucha. No es que quieran el retraimiento; es que lo toman como pretexto para aparentar que renuncian á lo que saben que no pueden obtener. El sagastismo, que ya no tiene fuerzas revolucionarias, y, naturalmente, no puede contar con las fuerzas conservadoras, está hoy en un verdadero vacío político. Por esto, y sólo por esto, se inclina ahora al retraimiento.

El general Martínez Campos y sus afines, que no están aislados, quieren y aceptan la lucha electoral; pero, ¿triunfarán? ¿Plantearán la cuestión de gabinete? ¿Serán vencidos en el seno del directorio?

Jovellar no quiere que se piense en actitudes ilegales. Posada Herrera no siguió á las minorías cuando no há muchos meses, por un capricho bastante raro por cierto, se alejaron de los Cuerpos colegisladores. Alonso Martínez, que nunca se declara francamente conservador, jamás se decide á adoptar medidas evidentemente revolucionarios. El marqués de la Vega de Armijo es conservador por ideas, sentimientos é intereses; suele, no obstante, dar pasos revolucionarios, por excitación de su temperamento bilioso-nervioso. Romero Ortiz quiere el orden y se figura que está perdido si deja de querer la revolución. En fin, Sagasta quisiera dar al traste con todas sus tradiciones revolucionarias; pero vacila ántes de decidirse á quemar lo que ha adorado.

¿Qué hará ahora? ¿Se separará de los nuevos Ruiz Zorrilla? ¿Creerá que no ha llegado aún el tiempo de abandonarlos? ¿Se mostrará *progresista enérgico* para tranquilizar á los muchos progresistas, que ya empiezan á dudar de su progresismo? ¿Dará por miedo ó debilidad una gran batalla en favor de su antiguo partido? La política *nerviosa*, no de convicción, como la sagastina, autoriza para hacer todo género de suposiciones.

Pero si Sagasta se muestra intransigente, ¿qué hará el directorio, cuya mayoría, como acabamos de ver, es relativamente conservadora? Y, haga lo que haga el directorio, ¿qué harán Jovellar y Martínez Campos, que no pueden contar sino con el ódio del progresismo? La respuesta es obvia.

IV.

La polémica, ya tan tristemente célebre, entre los periódicos carlistas ha terminado, al ménos por el momento. Ya volverá á reproducirse y aún á recrudecerse, porque las cenizas quedan muy mal apagadas; pero, por ahora, mientras se reúnen nuevos combustibles, está y estará en suspenso.

¿Por qué se ha acordado este armisticio ó se ha concedido

ó aceptado esta tregua? Esta pregunta no es ociosa ni muchísimo menos. La suspensión, sólo temporal, de las hostilidades puede atribuirse al cansancio que postra; al telegrama de Iparraguirre, que imperiosamente imponía silencio, en nombre de D. Carlos, y al oficio de Su Eminencia, el cardenal Moreno, que, además de calificar la polémica de escandalosa, ponía en juego toda la autoridad del primado de España para exigir que acabase el escándalo.

¿A quién, pues, se ha obedecido al dejar de pelear?

Los ejércitos combatientes, cuando llevan mucho tiempo de pelea, se rinden y necesitan reposo.

Los periódicos carlistas, que no son Titanes, ni siquiera Aquiles, llevan ya dos meses largos de lucha, y francamente, después de tanto tiempo de herir y recibir heridas, se suspira por una mediación cualquiera que permita, sea como sea, y cueste lo que cueste, algún descanso. ¿Explicará esto la *obediencia*, que tanto se pondera?

El Fénix no ha hablado del telegrama de Iparraguirre ó de D. Carlos. ¿Es que no lo ha recibido? ¿Es que Passy lo excomulga? ¡*El Fénix* excomulgado! ¡Excomulgado por atreverse á tener convicciones propias ó por hacer lo que se hacía hasta en los tiempos de Felipe II! ¡Excomulgado por haber osado exponer la doctrina católico-monárquica! ¡Excomulgado, en fin, por creer y confesar que los católicos no pueden admitir dos infalibilidades doctrinales!

Conviene advertir que la doctrina que ahora proclama *El Fénix* no es sino la proclamada en una exposición dirigida á D. Carlos por Aparisi y Guijarro, Canga Argüelles, Villoslada y el mismo Tejado, hoy redactor de *El Siglo Futuro*.

La Fé no habla del telegrama de Iparraguirre; pero aludiendo, sin duda, á él, dice que por estar el Sr. Vildósola fuera de Madrid y enfermo el Sr. La Hoz, su redacción había acordado poner término á la polémica.

El Siglo Futuro, más francamente cesarista, publica al frente de su número, ántes que el oficio del cardenal arzobispo de Toledo, el telegrama de Iparraguirre, y dice que espera instrucciones de... D. Cándido Nocedal.

¿Qué significa todo esto? ¿De qué obediencia se trata? ¿Se obedece de veras al prelado de la diócesis?

Más aún. Como el señor arzobispo habla de caridad y recomienda el perdón mútuo, conviene fijar la atención en la caridad que se ha mostrado y el perdón que se ha concedido ó pedido.

La Fé, publicando ante todo el oficio del señor cardenal, asegura que lo obedece, aunque ya había acordado hacer lo

que Su Eminencia le ordena. Por lo que atañe al perdón, calla y ni lo ofrece ni lo solicita.

El Siglo Futuro, que acaso se cree impecable, dice que perdona; pero no pide perdón. No puede llevarse más lejos el engreimiento.

El Fénix, ménos engreido ó más hábil, se muestra hasta místico y perdona y pide á su vez perdón.

Esta gradacion prueba lo que es la prensa carlista, y comenta la obediencia, más ó ménos artística, que nos sugiere estas reflexiones.

V.

La prensa no carlista está comentando el oficio de Su Eminencia el cardenal arzobispo de Toledo, mandando cesar la polémica. Nosotros creemos que estos comentarios se hubiesen excusado, si se hubiese meditado algo más y no se hubiese procedido con tanta precipitacion.

Los que extrañan la forma de tan respetable documento, deberian tener en cuenta que no se trata de una *calificacion*, hecha segun las reglas del Índice, ni mucho ménos de una sentencia canónica, dictada con arreglo á la Bula *Sollicita ac Provida*, de Benedicto XVI, que es la ley en la materia. Su Eminencia ha procedido sólo *gubernativamente* y contra unos periódicos que hacen continuos y públicos alardes de inclinarse por sistema ante la autoridad eclesiástica. El prelado de la diócesis deseaba que cesase un gran escándalo y ha dado un gran paso con el fin de hacerle cesar. No hay más ni ménos que esto. ¿A qué, pues, hablar de sentencias canónicas que no existen?

¡Que el oficio del arzobispo ha coincidido con el decreto telegráfico de Iparraguirre! Y ¿qué? ¿Hay acaso motivos para ver misterios en esta tan casual coincidencia? ¿No se recuerda que el cardenal Moreno en 1870, estando en Roma, acompañó á nuestro augusto soberano, á la sazón príncipe de Asturias? ¿Se ignora que Su Eminencia no ha ocultado ni disimulado siquiera su amor y firmísima adhesion á nuestro legítimo rey D. Alfonso XII?

¡Que Su Eminencia llama periódicos *religiosos* á los periódicos carlistas! Pero, ¿no daba el mismo nombre á *La España Católica*, que no era carlista? La calificacion de *religiosos* sólo significa que se trata de periódicos que se proponen dar gran preferencia á las cuestiones religiosas ó eclesiásticas.

Un periódico puede ser muy *católico*, y esto no obstante, no llamarse religioso ó eclesiástico, por proponerse tratar sólo cuestiones políticas ó económicas ó de agricultura.

Su Eminencia habla del *error* y la *perversidad*; pero, ¿no

habla también de un gran escándalo? ¿Se quiere que predique sólo á una parte? ¿No hay pecadores tanto en la derecha, como en el centro y en la izquierda? Los sermones alcanzan á todos y son para todos. ¡Que tiren la primera piedra, si se tienen por inocentes, los que deseen que sólo se clame contra una clase de pecadores!

Por otra parte, ¿de qué *error* y de qué *perversidad* se habla? ¿A quién se le dice que *yerra* ó que es *perverso*? El cardenal arzobispo no dice sino que *yerra* y es *perverso* todo el que se alegre de que haya grandes escándalos. ¿Quién, pues, osará darse por aludido, confesando así que se alegra de que se den escándalos?

VI.

Para terminar nosotros, por nuestra parte, diremos algo, como fieles cronistas, acerca de los principales documentos que durante la última quincena han visto la luz pública. Son los siguientes:

1. Dos artículos de *La Fé*, ya de dos años de fecha, en los cuales se dice que se aprobará lo bueno, aunque se haga por el Sr. Cánovas del Castillo. *El Siglo Futuro* aparenta escandalizarse de esto, y afirma que hablar así es conspirar contra el carlismo. ¡Qué aberración! ¿No se ve que entonces conspira contra el carlismo el mismo Papa, que, por medio de su secretario de Estado, el cardenal Nina, ha escrito al Sr. Cánovas del Castillo elogiándole por su adhesión á la Santa Sede y por lo que acaba de hacer en favor de los católicos del imperio de Marruecos? Lo que supone y quiere *El Siglo Futuro* es hasta ridículo.

2. Un artículo de *El Fénix*, en el cual se aglomeran muchos textos de teólogos antiguos y modernos, para probar que el *liberalismo* no es una forma determinada de gobierno ó que todas las formas de gobierno, por sí, son compatibles con el catolicismo.

El Siglo Futuro para impugnar este artículo alega dos razones, llamémoslas así, que son de verdadero pie de banco. Como que se limita á afirmar que el artículo de *El Fénix* no ha disgustado á los *liberales* y que la doctrina católica que contiene, si es católica en otros tiempos y lugares, hoy no lo es en España. Esto no puede ser más claro ni más significativo. La doctrina católica, acerca de las formas de gobierno, según *El Siglo Futuro*, hoy por hoy, *no es católica* en España. ¡Oh criminal insensatez!

3. Una carta del autor del artículo de *El Fénix*, señor Isern, dirigida á *El Siglo Futuro*, que este periódico, que perdona y *no pide perdón*, no se ha atrevido á insertar. Se

comprende bien. El Sr. Isern, que en este caso tiene razón, como está en lo firme, daña y no puede ser dañado. *El Siglo* sabe callar cuando tropieza con argumentos que son verdaderos argumentos.

4. La exposición que en 1871 dirigieron á D. Carlos los Sres. Aparisi y Guijarro, Canga Argüelles, Villoslada y Tejado, protestando contra el absurdo cesarismo, que ya entonces proclamaba é intentaba imponer al partido carlista el Sr. Nocedal. En este documento se expone la doctrina católica monárquica acerca del poder y su ejercicio para probar que la doctrina actual de Nocedal es anticatólica y peligrosísima para la monarquía. Inútil es advertir que *El Siglo Futuro* no ha osado decir ni una sola palabra acerca de este tan notable documento.

5. Una carta escrita por el Sr. Aparisi y Guijarro, el día mismo en que murió, en la cual se formulan cargos terribles contra D. Cándido Nocedal, por su cesarismo, su orgullo, su falta de respeto á personas muy respetables y su conducta durante las célebres elecciones de Navarra. El Sr. Aparisi concluye diciendo que no puede resignarse á que el Sr. Nocedal le apadrine, al entrar en la Academia española. ¡Tampoco habla de esto *El Siglo Futuro!*

6. Un extracto de una carta del Sr. Nocedal, en la cual este célebre abogado y hombre político, escribiendo al señor Aparisi, le decía que no creía en el derecho que pretendía tener D. Carlos, y que él, Nocedal, aunque se quedase sólo, jamás se olvidaría del juramento de fidelidad que había prestado á doña Isabel II. *El Siglo Futuro*, sin duda, no ha visto esto. Por esto no lo niega ni aún lo comenta. ¡Qué papel tan triste está desempeñando *El Siglo Futuro!*

Esto es lo más esencial de la polémica. No hablamos de otras cosas porque los insultos mútuos, que han sido bastantes, nos disgustan, y, además, no arrojan luz sobre las cuestiones que se ventilan.

Nosotros hemos examinado esta tan enojosa cuestión por el interés doctrinal é histórico que en sí tiene, no porque nos agrada el escándalo. Por el contrario, desde el principio, muy desde el principio hicimos constar que nos desagradaba el giro que iba tomando esta polémica, y que celebraríamos mucho que hubiese quien la pusiese fin. Hoy tenemos un gran placer en manifestar que ha terminado, y sentiríamos muchísimo vernos obligados á tener que tratarla de nuevo, porque de nuevo también se reprodujese.



REVISTA EXTRANJERA.



INGLATERRA.—La cuestion afghana, que parecia resuelta, ha vuelto á plantearse, y, por cierto, con grandes desventajas para la Gran-Bretaña. Por lo visto, el nuevo rey, elegido ó impuesto por la influencia británica, no ha sido aceptado, y, por el contrario, el antiguo ó destituido ni acepta su destitucion ni ha perdido por completo sus secuaces.

Lo cierto es, que el ejército inglés ha recibido un descalabro, que si no puede considerarse como una derrota, jamás podrá mirarse como cosa de escasa importancia. Malo es que los afghanes acaben de comprender que pueden ser soldados, y que los ingleses no son del todo invencibles. No puede perderse de vista que el ejército británico pelea con la inmensa desventaja de uno contra mil y en países ó territorios vastísimos, mal sanos, incultos y sin caminos, ni puentes, ni puntos seguros de escala, ni nada de lo que se necesita para facilitar y asegurar la comunicacion con la base de operaciones.

El revés de que se trata causó hasta alarma en los primeros momentos. El primer ministro inglés, Gladstone, se afectó tanto, que cayó enfermo y por algunos dias no ha dejado de inspirar temores á sus amigos. Ya ha entrado en convalecencia; pero todavía no está del todo bien, y los médicos le prohiben que, por ahora, piense demasiado en su cartera. No se debe olvidar que tiene ya 73 años, que acaba de sufrir una enfermedad grave, y que, por añadidura, la cuestion de la paz de la India es para él á la vez que gran cuestion na-

cional, una gran cuestión de amor propio. Había llegado á persuadirse que su amistad á Rusia sería suficiente para impedir que el Gobierno ruso continuase prestando auxilios á los afghanes, y su desengaño, que tan grande y tan terrible es, por fuerza le ha de inquietar y áun desvelar.

Y no es esto sólo. Gladstone, que todo lo sacrificaba á su deseo de evitar complicaciones en el Afghanistan, por complacer y desarmar á Rusia, adoptó en Turquía una política que tenía mucho más de moscovita que de británica. Si después de tantos sacrificios no logra granjearse la amistad del Gobierno de San Petersburgo, su situación no puede tener nada de lisonjera. Sus conciudadanos lo acusarán, por lo ménos, de ligereza, por haber concedido tanto, sin saber ántes con certidumbre que sus concesiones habrán de obtener recompensa.

El partido conservador dejó el poder sólo porque se le decía que Gladstone contaba con medios para evitar la guerra. El partido progresista, representado por Gladstone, se encargó del mando, únicamente porque decía y repetía todos los días y en todos los tonos imaginables, que no se equivocaban los que lo suponían capaz de librar á la patria de un conflicto espantoso, en el cual lo arriesgaba todo y no tenía ni áun probabilidades de ganar nada.

Ya se ha visto que las ilusiones de Gladstone no eran más que ilusiones. Esto lo sabían ya todos los hombres pensadores; pero bueno es que lo vean también las gentes que no piensan, que, por desgracia, tanto abundan en todas partes.

¿Qué ocurrirá, pues, ahora? Si se complica la cuestión, y la guerra, como es de temer, se enciende, ¿qué actitud tomará el partido conservador? ¿Cuál será la conducta del partido progresista? ¿Se retirará? Y si no se retira, ¿modificará al ménos su política en Grecia y Turquía? Si Rusia sigue siendo anti-inglesa en el Afghanistan, ¿continuará Inglaterra mostrándose rusa en Levante? No es siquiera de suponer. Por el contrario, no parece, ni dudoso, que el descalabro sufrido por el ejército inglés en el Afghanistan ha de obligar al Gobierno británico á volver á los caminos que seguía y las alianzas con que contaba el partido conservador.

Las pérdidas sufridas por el ejército inglés no dejan de ser considerables. Ha perdido varios cañones, muchos fusiles y municiones, y ha dejado no pocos centenares de cadáveres y heridos en el campo. Una división, ó por lo ménos una brigada, ha desaparecido casi por completo.

Añádese á esto que se sospecha, no sin graves motivos, que los afghanes estaban mandados por oficiales rusos y pe-

leaban con armas que les suministraba Rusia. Esto, que ántes se temia, ahora se tiene por casi cierto.

Se debe tener tambien en cuenta que el ejército afghan, hoy vencedor, ocupa montañas casi inaccesibles, que cortan la comunicacion entre la India Británica y lo que queda del ejército inglés, en el Afghanistan.

Se habla de socorros enviados, con toda la celeridad posible, de Europa y de la misma India; pero ¿llegarán á tiempo? ¿Serán suficientes? La verdad es que Gladstone ha perdido dos meses y se ha descuidado bastante, por confiar demasiado, como se ha visto, en sus esperanzas de paz. ¡Cuán funesta es siempre la política de ilusiones!

Francia.—Por fin han tenido lugar las fiestas de Cherbourg; pero como meras fiestas, y sin carácter agresivo de ningun género. Han asistido los presidentes de la república, del Senado y del Congreso; pero para contener, no para excitar á las gentes exaltadas. El mismo Gambetta, que no ha estado muy locuaz, ha pronunciado unas cuantas palabras con el sólo propósito de recomendar la prudencia y protestar que no quiere dictaduras y sólo piensa en la paz.

Fácil es comprender que esto es respuesta á las insinuaciones, más ó ménos disimuladas y eficaces, de la diplomacia prusiana.

Habia otra cuestion pendiente que se ha resuelto no se sabe cómo. El contra-almirante que manda en Cherbourg, que, por lo visto, es poco amigo de ruido, y ménos aún de entusiasmos exagerados, habia tenido una cuestion, al parecer no leve, con el municipio radical de dicha plaza. La prensa y los prohombres del radicalismo, no contentándose con agotar el diccionario de los calificativos fuertes, pidieron á voz en grito la destitucion inmediata del jefe de marina. Como no podia ménos de suceder, la cuestion fué al Consejo de ministros, y no dejó de tener abogados que la quisiesen resolver en sentido radical. Por fortuna, el ministro de Marina, haciendo la cuestion para él de gabinete, obligó á meditar y á no proceder con la precipitacion que se queria. Él contra-almirante, pues, al ménos por ahora, quedará en su puesto y los radicales disimularán ó buscarán otros pretextos para continuar declamando.

El telégrafo anuncia que el contra-almirante ha asistido á la comida oficial, dada por el ayuntamiento. Esto es todo lo ménos posible. Además, como la fiesta se ha distinguido por su mutismo, no puede inferirse nada de lo que se ha dicho en ella.

Los tres presidentes mencionados asistieron también á la comida; pero por mera ceremonia y sólo para llenar sus respectivos puestos. La cosa, pues, ha sido puramente *oficial* y sin *progresismo* de ninguna especie.

En el camino el presidente de la república, Grevy, contestando á un alcalde, aseguró que la religion católica no tenia nada que temer, porque estaba protegida por las leyes. No es poco asegurar. Los jesuitas, que acaban de ser expulsados, y las demás congregaciones religiosas, segun parece todavía bastante amenazadas, podrán decir si pueden confiar ó no en la tan ponderada proteccion de las leyes.

El obispo de Bajoux, que también dirigió una breve y muy oportuna alocucion al presidente de la república, no fué más afortunado. Sus palabras, en su parte más esencial, quedaron sin contestacion. Aunque el obispo aseguró que el clero no tomaba parte en la cuestion política ó de partido, Mr. Grevy se desentendió como para probar que esta era cuestion en la cual sus *deberes constitucionales*, tales cuales él los entiende, no le permitian entrar.

Segun se dice, el ministerio, que *temia* estas y otras interpelaciones, despues de deliberar, acordó *aconsejar* al presidente de la república que eludiese toda cuestion religiosa ó no contestase sino con toda la mayor vaguedad posible.

Se cuenta que cuando el obispo de Bajoux protestó que el clero no entraba en las cuestiones que dividen á los partidos políticos, Gambetta, despues de sonreirse, dijo por lo bajo: «Y, ¿qué me importa á mí? El clero, sea lo que quiera, para mí, mientras exista, será siempre el enemigo.» Si esto fuese así, ya se ve lo que puede esperarse.

El radicalismo francés.—La prensa radical francesa muestra cada vez más encono contra Gambetta y contra todos los gambettistas. Las huestes de Rochefort, formadas hoy por todos los descontentos, rugen materialmente al hablar de Gambetta. Para ellos no hay hombre más impopular, ni más perverso, ni más digno de la venganza ó de las iras del pueblo.

Gambetta es el autor de la amnistía; pero, ¿qué importa? ¿Quién ha dicho jamás que el viborezno puede ser agradecido á su madre la víbora?

Gambetta podrá decir lo que quiera; pero tiene un puesto que codician sus ex-amigos, y mientras conserve su puesto, sólo por conservarlo será el mayor criminal del mundo.

La cuestion religiosa.—No falta quien suponga que, como

en Bélgica, pronto se declararán rotas las relaciones diplomáticas entre el Gobierno francés y la Santa Sede. Ya se ha dicho que el embajador de Francia cerca de Su Santidad se preparaba para abandonar por tiempo indefinido su puesto, y ahora se dice que todo dependerá de lo que diga el Papa en la alocucion que debe leer en el próximo consistorio del 20 de Agosto. Se supone que si Leon XIII, al hablar, como se cree que hablará, de Bélgica y Francia, dice algo grave contra el Gobierno francés, esta será la señal de una ruptura, cien veces provocada por Francia y que ya, al parecer, no puede aplazarse por más tiempo.

Nosotros nada sabemos, y, por nuestra propia cuenta, nada decimos acerca de esto. La política de Leon XIII, como es sabido, consiste en no mostrarse jamás agresivo, sufrir todo lo más posible, llenarse cada vez más de razon y no romper hasta convencerse de que no se quiere la paz, con la cual brinda. Si en Francia, pues, se llega hasta el rompimiento, el Gobierno francés mismo se verá obligado á confesar que el Papa no le ha dado ni el más leve motivo de queja, y que, si no conserva la paz, es porque él, el Gobierno, por sus fines particulares, quiere á todo trance la guerra. Cuando se trata de una nacion católica, como la francesa, esta obstinacion puede tener un fin, que pudiera calificarse de *farahónico*.

Cuestion de Oriente.—Los periódicos franceses anuncian, no sabemos si por la centésima vez, que por fin ahora van á ponerse de acuerdo las potencias para obligar á Turquía á que ejecute lo pactado en Berlin ó á que haga el nuevo sacrificio que se le exige, privándose de varias provincias más. Esta noticia podrá ser cierta; pero, como procede de París, necesita confirmacion. El actual Gobierno francés se obstina en levantar á Grecia, y esta obstinacion le fuerza á agitarse y agitar demasiado. Acaso esta excesiva agitacion haya perjudicado y esté aún perjudicando á la causa griega.

Turquía ha sido ya condenada en dos instancias; pero, ¿lo será en la tercera? Fué condenada primero en el Congreso de Berlin, y ha vuelto á serlo en la conferencia que acaba de celebrarse tambien en la capital de Prusia; pero como falta la última sentencia, todavía no se puede asegurar nada.

La primera sentencia condenó á Turquía á ceder á Grecia una parte de su territorio; pero sin declarar cuánto territorio y por qué parte habia de cederse. Esta parte oscura, que dejaba la cuestion en pié, ha exigido más de dos años de discusiones y conferencias diplomáticas, que á nada han conducido. ¿Estaba esto previsto?

La segunda sentencia, la de la última conferencia de Berlín, condena á Turquía á ceder un territorio determinado; pero con la condicion de que, si se niega á hacer por sí este sacrificio, nadie puede emplear la fuerza para obligarla, *sin el acuerdo previo de todas las potencias* representadas en el tratado de Berlín. Y ¿podrá llegarse pronto á este acuerdo? ¿Es siquiera posible? Y aunque se llegue, ¿hasta qué punto querrá ligarse cada potencia?

Recuérdese lo ocurrido cuando hace años, en 1863, acordaron Francia, Inglaterra y España llevar á cabo una intervencion armada en Méjico. Se discutió, se convino *en todo*, se firmó el tratado, se organizó la expedicion y hasta se invadió el territorio mejicano. Pero ¿qué ocurrió? Inglaterra no queria más que castigar á Méjico, y en cuanto le castigó, se detuvo, resuelta á no pasar adelante. España aspiraba sólo á obtener satisfaccion de ultrajes recibidos, y como vió que habia quien fuese más léjos, como Inglaterra, se detuvo, protestando que no era esto lo pactado. En fin, Francia que, contra el convenio, tenia planes secretos, al ir á ejecutarlos, vió con pena que los ejércitos inglés y español se retiraban y la dejaban sola, entregada á su ambicion y á sus naturales consecuencias.

Hoy sucede una cosa muy parecida. Francia, como en Méjico, tiene grandes planes; pero, ¿podrá realizarlos? ¿Se convertirá Europa en su ciego instrumento?

Por lo pronto, nos parece que cuenta demasiado con el entusiasmo por el recuerdo de los discursos de Demóstenes y las estatuas de Fidias. La antigua Grecia, que con tan bellos coloridos se pinta, no conmueve á las masas ni mucho ménos. Como ya todo el mundo estudia la historia, son muy pocos los que ignoran que Grecia no era una nacion, en la cual todos los ciudadanos eran filósofos, como Platon, ó poetas, como Homero. Ya se sabe, y se sabe bien, que la Grecia sábia y artística, que tanto se pondera, se reduce, no á la Grecia real, compuesta, como todas las naciones, de unos pocos sábios y muchísimos ignorantes, sino á la Grecia pintada, en la cual no aparecen sino unos cuantos génios que florecieron en varios siglos.

Además, ya pudiera haber visto el parte, hoy dominante en Francia, que los Gobiernos europeos tienen ideas bastante poco homogéneas en lo que atañe á la cuestion griega. En efecto, se necesita estar ciego para no ver que Austria cede para no perder el derecho de protestar; que Italia ni por un momento ha cesado de poner veto; que Rusia quiere, no una Grecia libre, ni ménos una Grecia francesa, sino una Grecia

rusa; que Prusia se opone á todo lo que quiere Francia, y que, en fin, Inglaterra desempeña un doble papel, que consiste en aparentar que abandona á Turquía, para ver si así contenta y desarma á Rusia, que tanto daño le está haciendo en el extremo Oriente.

Como esto es así, pudiera suceder muy bien que Turquía se viese amenazada en público y hasta alentada en secreto. La verdad es que, á no ser así, no pudiera ni áun concebirse cómo la cuestion camina con tanta lentitud y sobre todo cómo el Gobierno turco, que tan débil es, puede resistirse tanto, mostrando siempre tanta confianza.

Sea de esto lo que sea, ahora, segun se dice, se piensa en una manifestacion naval contra Turquía, por el estilo de la anglo-francesa de 1859 contra Nápoles. Esto parece cosa acordada ya *en principio*. Ya no falta más que averiguar cómo, cuándo, por quién y hasta qué extremo ha de llevarse á cabo la tal manifestacion.

¿Se dará mucho tiempo al sultan para que se prepare y busque aliados ó protectores?

¿Qué naciones tomarán parte en la manifestacion?

¿Con qué fuerzas contribuirá cada una? ¿Llevarán todas fuerzas iguales para que ninguna prepondere?

¿Qué nacion tendrá el mando de todas las escuadras? ¿Lo tendrá una sola? ¿Cuál? ¿Lo tendrán muchas á la vez? ¿No seria esto aplazar la cuestion para las calendas griegas?

Y, áun en la hipótesis de que se resuelvan todas estas dudas, ¿cuál será el carácter de la manifestacion? ¿Se limitará á una mera amenaza? ¿Se llegará hasta el punto de romper el fuego?

Como se vé, todavía se ha de consumir mucha tinta y muchísimo papel ántes de llegar al acuerdo definitivo que sea la sentencia firme y ejecutoria contra Turquía. La república francesa, que tanto espera de la solucion de esta tan árdua cuestion, ó mucho nos equivocamos ó necesita ejercitar todavía bastante su paciencia.

L.